
LA PELICULERA
UNA NOVELA DE
CINEMA DE ATOCHA
FERNANDO MORA

Créditos

Titulo: **La peliculera**
Autor: **Fernando Mora Martínez**
Año: **1919**
Versión electrónica gratuita en el dominio público.
Edición de texto y diseño de cubierta: Artifacs.
Ebook publicado en marzo de 2022 en Artifacs Libros (artifacs.webcindario.com)

Licencia en el dominio público

Salvo por las modificaciones citadas abajo, el texto de esta versión es el mismo que el de la versión electrónica publicada en formato ePub de la página web de la Biblioteca Digital Hispánica, la cual fue digitalizada a partir de la edición impresa de 1923 que forma parte de los fondos de la Biblioteca Nacional de España.

Cambios en esta versión

- Se han corregido las erratas en el texto digital generadas durante el proceso de digitalización OCR (Reconocimiento Óptico de Caracteres).
- Se han actualizado la puntuación y los acentos gráficos (excepto en los diálogos) según las normas y recomendaciones vigentes de la R.A.E..
- Se ha añadido una breve reseña y biografía del autor (apartado de Extras).
- Se han añadido notas de glosario (apartado de Extras).

DEDICATORIA

Para mi fraternal amigo Francisco de Torres, uno de los hombres de más valía de España, que pierde su tiempo haciendo cositas para teatro, revistas literarias, casinos tan confortables y con cadenas de tal poltronería, que le impiden llegar a las altas gerencias para que ha nacido y que su capacidad y su genio abonan.

Quizá esta novela-película, un poco arbitraria y más que un poco imprudente, no sea digna de su valer, pero como no tengo, de momento, otra que ofrendarle, vaya en pago a las mil veces que en trances de melancolía me abrió sus brazos y su corazón, convenciéndome, ¡Alá se lo pague!, de que lo único serio en la vida es reír.

F. MORA

ADVERTENCIA DE IMPORTANCIA

Lector, amigo y cariñoso lector: Sobre mi mesa de trabajo tengo cosas tan heterogéneas y dispares como el dechado de elegancia intelectual que se titula *El abanico de lady Windermore*, *Juventud y Egolatría*, *Humor y bilis*, *Flor de fango*, que no pasa de ser un latiguillo de melodramática rebeldía, y esa genialidad morbosa en la que se adivina la panza de Baco, el coxis de Venus, las orejas de Midas, y que *Satiricón* se llama.

Ante ellas, que un poco indignadas me miran, escribo el titulo que pensé para esta novela, y que Lady considera escandaloso; Petronio, ocurrente y los otros, despreciable.

Hay un momento en que la duda me atenaza, y a punto estoy de rasgar la cuartilla en que campea el titulejo, pero no lo hago; la necesidad de distraerme escribiendo—porque yo, lector, escribo porque gozo—me lleva adelante en la empresa.

Bien sé que hay temas de candente actualidad a los que debiera prestar atención y aun comentario; pero aparte de que ya lo hice en

otras ocasiones, y ciertamente que con entusiasmo grandísimo, ocurre que hoy no me siento dómine; hoy tengo ganas de reír, de hacer cabriolas, de disfrutar con toninadas.

Hoy mi espíritu quiere vestir sedas chillonas que ostenten muchas, muchísimas fulgurantes lentejuelas.

No quiere esto decir, y no te alarmes, lector, que el libro que tienes frente a los ojos sea cosa de payasería; nada de eso: es, sí, un libro alegre, puede que un tanto dislocado, y quizás, dentro de su amoralidad, más moral que muchos de los que se publican con licencias y bendiciones.

Pues bien; luego de haberte dicho esto, que considero importante, quiero decirte otra cosa que me preocupa y me tiene como sobre carbones encendidos.

Es el caso que no bien hube terminado esta novela, que llamo bárbaramente *anticinica*, por ir contra el *cini*, me asaltó una duda, más aún, un miedo cerval a que me calificases de farsante, y aun de estafador, por si allá en tu fuero interno te creías engañado por quien no tuvo intención de tal cosa. Fue tanta mi inquietud, que a punto estuve de borrar el titulo...

Y le borré al fin.

La amistad lo quiso.

—¿Cómo te atreves a lanzar una cosa que se llame *El feto de la Chelito?* Eso no es decente—díjome uno.

Y otro, más práctico, me anunció:

—Con ese titulejo no venderás nada. ¿Quién se atreve a llevar un feto a su vivienda?

Y un tercero:

—Borra ya las cinco palabras que lo componen, y llama a tu libro, por ejemplo, De largo metraje; *En cinta...*; Por imitar a la Bertini...

Nada de aquello me convencía, no obstante comprender, desde mi

bolso, que aquello era verdad.

A *El feto de la Chelito* lo amaba con pasión, quizá insana, y me resistí a cambiarlo; pero vino luego mi editor, amigo y caballero como nadie, y tales argumentos expuso al mismo fin, que no tuve más remedio que matar al "feto" y enterrar a Chelito, poniendo sobre sus despojos este titulo: LA PELICULERA.

Así se llama el popular cuplé que mis amigos Sánchez Carrère y Romero hicieron para que Raquel lo cantara, y aun cuando comprenda que es justo, que encaja en la obra, yo no quiero olvidar al feto que parí, y de él te hablaré como si aún viviese.

Perdona esta manía, menos perjudicial que la de los sindicalistas barceloneses, o la de nuestras chulillas queriendo hacer de damas siendo manolas, y óyeme un poquito más...

Si has comprado esta novelilla por su título—anunciado ha tiempo y borrado ahora—, ya que lo de feto parece burla y lo de Chelito, desde luego, lo es, porque decir Chelo a quien Consuelo se llama, es tan cursi y ridículo como llamar Eva a una que se nombre Evarista, o Poli a un Hipólito, a no ser que tenga el título de policía honorario—que entonces sí que se le puede decir eso y algo que encierre más grave ofensa—, deja el lomo a un lado y perdona el que te haya hecho gastar lo que para una pipa, una corbata o unos mitones destinaste.

San Juan—a creer a Joaquín Dicenta, que, no obstante haber merecido y conquistado la gloria, no creo que la haya visitado en su último viaje—apunta en pizarra de alabastro, y con buril de oro, los pecados que por acá cometemos; así, pues, este pecadillo mío, que al octavo mandamiento debe sumarse, puede que me sea perdonado si tú, amigo, te callas y no me acusas; pues en el cielo—me lo ha dicho mi entrañable Pepe Varela, que borda talmente en papel de oficio—no se sigue causa contra nadie, como no sea a instancia de parte, y...

¿Vas a consentir tú, amable y generoso, que el Santo antes dicho apunte algo que me impida llegar adonde los crios, las beatas y los idóneos se congregan?

Si eres remiso a escuchar, si aún te duelen las pesetas desembolsadas, déjame que razone ante tu indignación, y luego de oírme, mándame adonde mejor te plazca, que yo, por servirte, iré, aunque sea andando y sin dinero.

Escucha:

Este cuentecillo, que algo tiene de historia y debiera intitularse *El feto de la Chelito*, no está escrito con el fin de mortificar a la niña de doña Antonia, que la pobre bastante mortificada está con sentirse carne de falda ante los que, acudiendo a verla, braman, rebuznan, sueltan coces y son después, en sus hogares, tan exigentes como aquel viejo sablista madrileño llamado Don Gómez, que luego de recrearse en Lhardy, acudía a la tienda-asilo a deglutir su ración de lentejas y a jurar contra el cocinero que las condimentaba.

Yo no quiero que tú seas como Don Gómez ha sido; no es carne lo que yo te ofrezco en este trabajo un poco burlón y un poco sentimental; la despensa de mi magín no guarda tan substancioso manjar; yo te ofrezco un plato modesto, si que bastante salpimentado, y que, si no alimenta, tampoco llega a empalagar, y mucho menos a producir vómitos.

Gusta de él y verás, al fin, cómo me lo agradeces.

Hablar de la Chelito artista, San Juan me perdone esta infracción del mandamiento numero ocho, puede que te irritara y obligara a usar la zarzaparrilla y el acónito, y hablarte de la Chelito hija del señor Ramiro, novia de Juan y esposa de Bernardo el aguardentero, a buen seguro que te sentará bien, que no son los más convenientes manjares aquellos más grasientos, sino los que, siendo más digeribles, acaban por resultar los más apetitosos.

Una novela contra las malas películas—malas éticamente—es esta novela.

Si eres observador, puede que de ella saques enseñanza a beneficio de tus hijas, tus hermanas o tu novia, y halles, si no lo eres, deleite en su lectura.

De uno o de otro modo, yo te dejo a solas con el proceso de mi

narración.

Así, pues, salud, alegría y un poco de misericordia para quien, como un bufón cualquiera, acude a diversionarte.

He dicho bufón, y no me arrepiento de haberlo dicho; que mejor quiero serlo de ti, que lees, que de aquellos monarcas, si buenos cazadores y muy esforzados militares, enemigos peligrosos de la letra impresa, invención del demonio, según creían o les hacían creer.

Y no va más, querido y amado comprador de mi mercadería; que un dios todo bondades y sonrisas y, a poder ser, que sepa bailar, como quería Nietzsche, te dé contento, salud y billetes de Banco. Y que a mí y a los míos no nos abandone en las garras de la justicia histórica, de la neurastenia reinante y de las cintas norteamericanas por series.

Al cine, pues, y ¡ojo con las obscuridades!...

F. M.

La peliculera

Fernando Mora

CAPÍTULO PRIMERO

EL CINE Y SUS SERVIDORES.—GUAPAS Y FEAS.—UN FORZADOR DE MONJAS.—LA FÁBULA DEL SAPO Y LA FLOR.

Pues, señor…

Nadie diría que el “Cinema de Atocha”, plebeyo rincón que asaltó la aristocracia a golpe de bocinazo, no obstante hallarse limitado al norte por la calle que le da título; al sur, por una plaza verduleril; al este, por la capilluca húmeda, fea y destartalada del Cristo de la Fe, y por un patio de vecindad, al oeste, iba a resultar un negocio tan importante y lucrativo.

Cuando el ex cacharrero Ramiro Pérez y su socio, el maestro albañil y en ratos de vagar revendedor en los teatros, Paco García, comenzaron a levantarlo, la gente de la barriada se burló o se alegró, según los temperamentos más o menos biliosos, de que el negocio fuese de cabeza…

—¿Un cine aquí?—preguntaba a voces uno que vendía sogas—. ¡La ruina a obscuras!…

—¡Según!—decía otro, pollero de oficio y gracioso por herencia, ya que su padre fue miliciano—. A fin de cuentas, como es grande el local, si falla el asunto, pueden dedicarlo a fábrica de obleas o de barquillos.

—¡O a depósito de camarones!

—¡O a torrefacción de cacahuetes americanos!…

Eso se decía y esto se deseaba; en tanto, el cine creció y creció y fue pintado y decorado con un gusto barroco-grecorromano-modernista que si no bello, vistoso y llamativo, sí que resultaba.

Pero las burlas de unos y de otros no pudieron impedir que el edificio se acabase y que una noche clara y fría se viese lleno de periodistas, gráficos y de los otros, que a cuenta de unas botellas,

varios cigarros y un surtido de bastante consideración y substancia, dijeran de él mas de lo que mereciera y mucho menos de lo que Ramiro y Paco desearan; pero es el caso que, el frío por una parte y una serie de películas escalofriantes por otra, llenaron la caja de los asociados, quienes; al finalizar junio, nueve meses de la inauguración; habían cubierto todos los gastos, no obstante haber hecho mejoras y rifado tres monedas de oro, que por *casualidad* correspondieron a tres amigos del revendedor, que era, del dúo social, el que más sabía de contabilidades y, por lo tanto, de trampas.

—¿Sabes tú—dijo entonces quien pocos meses antes se burlaba de la aventura—que la fábrica de obleas s'ha convertío en de billetes de a mil?...

—¿Camarones decía mi persona?—continuó el gracioso—. ¡Depósito sí que sí de buenos perniles aristocráticos!

No obstante esto, la mala intención, chulapona y exagerada, clavó su diente donde antes clavó su uña, y habló así por boca del carnicero, y la verdulera, y el tratante en lanas, y el vendedor de vinos:

—¡Vaya sesiones faisonables las que se dan las gachís[1] nobiliarias con sus amiguitos "bien"!

—¡Como que vender reconstituyentes a la salida—objetó un herbolario—puede que fuera hasta un negocio súper!

—¡Y como antes de dar la luz suena un timbre!...

—¡Y pasan dos minutos luego!

—¡Y se enciende una lámpara después!...

—¡Y pasan otros dos!...

—¡¡Y hasta pa bañarse y secarse dan lugar!...

En efecto, algo de eso acontecía en el "Cinema de Atocha", que, por otra parte, dicho sea en su elogio, era el más obscuro de Madrid.

Pero… advertimos que pasan cuartillas y más cuartillas y no llegamos a describir el local, que, siendo mudo y ciego personaje, es, sin embargo, el principalísimo de esta obra.

Vamos, pues, a presentarle con los honores que merece.

Ya dijimos, como los chicos ante el mapa de España, los confines del inmueble; pero lo que no dijimos sino muy a la ligera es su aspecto o traza.

Visto de lejos, por la blancura de la cal que lo reboza, sería para el funerario Ardavín:

Un montón de calaveras
por padre Sol calcinadas;
para Enrique de Mesa:
El agrio y hosco canchal
ensudariado de nieve.

Quizá el jocundo Belda (D. Joaquín)[2] lo calificase de “sábana arrugada y poco incólume de un lecho de amor”, y yo, que también tengo derecho a opinar, opino que de parecerse a alguna cosa, pareceríase a una tarta de *chantilly* con capiteles de bizcocho, frisos de caramelo y volutas de azúcar cande.

Veamos su detalle.

La entrada al establecimiento la da una puerta en arco bastante amplia y muy graciosa. (Y conste que lo de gracioso no va por el arquitecto constructor, sino por la colección de chistes que en forma de dibujos más o menos en relieve la decoran.)

Sosteniendo un arquitrabe, en el que una matrona de brazos carnosos y piernas más cortas que los brazos hacía escurrir por los dedos una gran cinta que un saldo de ángeles barrigudos iba sacando de una cosa semejante a una cabina cinematográfica, lucíanse dos cariátides egipcias de ojos grandes, nariz fina y hombros carnosos. Las esculturas que, claro, eran de escayola barnizada, muestran bajo el cuello, digna continuación de los hombros, su correspondiente par de senos, que un desocupado decorador pintó, en su afilado vértice, de suave y excitante carmín;

más hubiera pintado, y con otro color más obscuro seguramente, en la parte más baja; pero el artista, padre de las egipcias, no quiso dar ocasión para tal cosa, y a dos centímetros, lo más, del agujerito que tanto preocupa a los hijos de Buda, puso unos ropajes tan poco transparentes que igual podía ocultarse bajo ellos un (¿cómo lo diré yo?) un… economato de cosas placenteras que la caverna de Alí Babá.

El vestíbulo, *hall* o pórtico, que de esas maneras se llama, resultaba amplio y alegre. En uno de sus ángulos, las botellas y vasos del "bar" eran a modo de escaparate de joyero, donde la granadina semejaba rubí, esmeralda la menta y topacio el jerez y la montilla; de plata brilladora parecía el serpentín por donde la cerveza y el vermut galopaban hasta caer en los vasos transparentes, y los mármoles de color y las maderas lucientes y brillantes, jaspes y pórfidos que algún ladrón de cosas bellas trajo, rapacero, de una mal guardada colección arqueológica.

Cerca del mostrador brillaban, como flores encendidas, las láminas de unos cuantos periódicos ilustrados; en el muestrario que trepaba por la pared blanca había, sobre todo, hojas de rosa, o lo que es igual, carnes de mujer, que en todas las portadas de todas las revistas alegres, sonríen, ofreciendo amor ya en sus guiños, ya en unas líneas que bajo sus guiños puso un arriero de la literatura.

Cerca del puesto, una puerta mostraba un letrero en esmalte con esta palabra: "Dirección", y por las paredes, cubriéndolo todo, cartelones ilustrados, ya cómicos, ya tragicómicos, ya trágicos nada más.

La noche que comienza nuestro trabajo era noche de moda.

—Mira, "Los ojos de la ciega"—exclamó abriendo los suyos una mujer que se acompañaba de una niña asustada de gesto y floja de carnes.

Y la mocosa vió cómo un automóvil caía a un precipicio, y cómo ardía una casa, y cómo cortaban en pedazos a un señor vestido de jockey.

Ante un cuadro, en el que un tipo cómico corría por la fachada de

un palacio y un grupo de guardias le disparaban hasta hacer que de su parte más carnosa brotasen chorros de sangre azul que lo empapaban todo, deletreó un mozalbete:

—“¡Charlot... se... hace... marqués!”

La gente rió de aquello, que a nosotros no nos hizo gracia ninguna, pasando luego a ponerse seria ante el anuncio de “Almas negras”, que lucía un alegre fondo de jardín, una bella mujer leyendo y un hombre que desde la arboleda la encañonaba con un rifle.

—¡Qué tío más criminal!—gritó, sin poder contenerse, una vieja carbonera de la calle del Bonetillo.

—Ahí donde ustés le ven—continuó—too lo hace por mor de una herencia de mil millones de dollares.

—¿Pero... usté ha visto lo que va proyectao?...—preguntole otra comadre que escuchaba.

Volviose la mujer como herida en lo más hondo de su dignidad, ya que para encontrarla eso había que ir muy a lo hondo, y contestó:

—¡Pues claro que sí! ¡Ya van treinta series proyectás, y si antes no me muero o me arruinan los bolcheviques, pienso de ver hasta la ochenta y chico que creo que tiene!...

Formando rancho aparte estaban tres muchachitos; el mayor, de unos doce años, tragándose con los ojos la lámina que decía: “Argucias de un niño ladrón”. Nada hablaban ninguno de los tres, que con más respeto que el que emplearan entrando a una capilla fueron en busca de sus localidades.

—Son—dijo el policía de servicio—los hijos de la lechera, el zapatero y el fumista...

—¿Futuros parroquianos?

—Así parece—contestó complacido—. Ya han ensayao *su* método con el tendero del diez y siete...

—¡Valen los chaveas![3]

—¡Mucho!

—¿Sí?

—El del fumista sobre todo; ¡dará que hablar!...

Y con la saña del gato que agazapado vigila al ratón, añadió el hombre:

—¡Cuando prepare algo grande, zas, a la Modelo!...

Y aquel hombre, que tenía hijos, deleitose con anticipación del servicio que pensaba prestar y que de seguro le valdría el aplauso de sus jefes.

Sonaron los timbres, los acomodadores palmotearon y por la puerta del fondo, cubierta de pesado *portier*, y por una escalera amplia que del centro del vestíbulo iba hasta un rellano donde partíase en dos, corrió el público a ocupar sus asientos.

Ello nos da ocasión para, antes de ir a la sala, conocer a los servidores del "Cinema de Atocha", tan numerosos como originales y tan locuaces como finos.

—¿Veis—fijaos bien—a un hombre rasurado y verdoso que pasea su autoridad bajo una gorra de ancho galón y una chaqueta con botones dorados? Pues se llama Martínez, nadie sabe su nombre y es el jefe de todos los acomodadores; la autoridad suprema de la dependencia.

Su gesto es severo, su hablar agrio, como si lo trágico de las películas que más le agradan se hubiese filtrado en su carne macilenta.

Dicen de él que siendo sacristán en un convento de monjas, fue del convento arrojado por querer forzar a dos hermanas, cordobesa y rubia la una, y morena y sevillana la otra, que le excitaban más de la cuenta; parece que de la casa santa pasó a ser portero de un casino, luego a guardia civil y, al fin, a ordenanza del Ayuntamiento matritense con facilidad durante tarde y noche de servir en el cine que vamos describiendo.

Entre los que a sus órdenes se hallan hay tipos muy extraños: un cobrador del Santo Entierro, que durante el día hace propaganda fúnebre; un escribiente de curial, que hace calcos para un periódico de modas, y otro, gordo y bajo, que, sin perjuicio de fingirse irreductible y moralizador, toma las propinejas que caen a cuenta de hacerse el ciego y sordo en ciertas demostraciones amorosas, y no seremos "acá" quien se lo critique, pues para dar que comer y algo que vestir a cuatro pequeños, una esposa y una madre, todo es poco, ya que el cobrar las máquinas "Singer"[4] y el iluminar postales pornográficas no produce lo necesario.

La vendedora de periódicos y caramelos fue guapa; ahora es la ruina de lo que fue, y solo se salvan del desastre que anuncia una gordura elefantina, los ojos; eso, sí; los ojos son negros, vivos, comprometedores.

Ella sabe esto y mira gachona, pero como si gritase en lo más céntrico del Sahara…

La luz eléctrica es su rival maldita.

Basilisa, así se la nombra, tiene una sobrina como de quince años, que Paquita se llama, y es la que vende, voceando con quejumbrosa voz, los caramelos que algunos compran.

Paquita es flaca, un poco pálida y un mucho viciosilla; sus ojos, que tienen un marco negruzco como si hubiesen sido dibujados con un lápiz recién sacada la punta, pregonan, chillando, que quien los luce es insaciable y golosa. Más de un señor de clases pasivas que busca lo obscuro ha podido convencerse y aun dolerse de nuestra observación.

El dependiente del bar no merece comentario; guapo de cara sí lo es, pero hay quien jura que sus piernas son dos paréntesis tan pronunciados que casi forman un óvalo; quizá por eso no sale de tras del mostrador, que le parte en dos mitades, ocultando la más fea.

Faltan…. ¡oh, sí!, faltan las primeras figuras del retablo: el operador y la taquillera; que sin aquel no habría proyección y sin esta, ¿cómo recaudar lo recaudable?

Oigamos cómo los describe Martínez, que, hombre de mundo, tasa bastante aproximadamente a las personas.

—El—nos dijo locuaz, pero sin perder de su prestigio con galones— es un sarasa redomao... tóos los aprendices que tiene son rubitos y son rosaditos, y cuando ya los deja como si la cara fuese papel mascao y el cuerpo de alambre, los despide... Yo, que sé eso, he querío muchas veces que los dueños le pusieran en la del rey; pero, ¿dónde se encuentra un gachó[5] que valga lo que él vale pa manejar las cintas? Y aquí nos tiene usté abroncaos, teniendo que soportarle y saludarle, porque si no... ¡Vaya humos! ¡Vaya autoridá! El que se le pone de cara, despedido, que solo basta que él lo exija pa que sea...

Hizo Martínez una gran parada, y a petición nuestra volvió a decir:

—La “señorita” es otra cosa... ¿Fea? Más que llamar a Dios de usté. ¿Simpaticona? Más que el “Gallo”. ¿Alegre? Como encontrarse un décimo premiao hasta con reintegro. Ahora que...

Hubo una pausa.

—De ella no es la culpa; es de la naturaleza, que tié ca caprichito que me río yo... Es alta, buen tipo, taconea como la que mejor, y, sin embargo, nadie la pide la conversa... Por la calle se lleva los hombres detrás, pero en cuanto se le ponen delante, ¿pa qué?, a cuarenta por minuto que salen de naja...[6] Yo he dicho de ella que por la cara es un duro falso y por detrás una pelucona de las antiguas.

—¿Tan fea es?

—¡Salga a mirarlo!

En efecto, la boca era la ranura de una hucha; los ojos, redondos como dos piezas de cinco céntimos; la nariz, un duro en cuartos, y toda la cara, lluvia de centimines, que a tal cosa podía compararse una colección de pecas negro de humo.

—¿Qué le parece?—preguntome Martínez luego del *examen.*

—Que, en efecto, retrata usted tan bien como Alfonso.

—Pues su interior no es como su forma, pero…

Aquel nuevo pero me disgustó grandemente, pues no es mi persona de las que gustan del antipático “se continuará”; así que rogué impaciente que me explicara lo que faltaba por explicar, y el hombre habló:

—¿Usté cree que por no haber conseguido galán es enemiga de que las otras lo conquisten? Nada de eso. Ver a una joven de buen trapío que reclama localidades, y doblar la de al lao para dársela al primer pollo guapo que llegar a la ventanilla, cosa es que siempre hace, y así, más de una le debe el haber encontrao *cónyugue*…

—Y la que no lo encuentra, ¿qué?

—La que no lo encuentra—contestó picaro el forzador frustrado—a lo menos agradece la intención y la… aproximación.

Más quiso hablar, pero un río de gente que iba entrando llevole a vigilar la puerta.

—¡Vaya un negocio!—dijo a mi vera el policía.

—¡Cada vez viene más público!—contestole Basilisa.

Y su sobrina, que a medida que se le agrandaban las ojeras se le disminuía el volumen de la voz, dijo, dejándose caer sobre una silla:

—¡Ya he vendío todo!… ¡No puedo más!…

Pero…

¿Quién ha dicho que “el dinero de pronto llegado viene siempre de pena acompañado”? El narrador de esta historia no sabe con certeza si es suya la sentencia, de un juez semifilósofo y lejano pariente, o si la leyó en una hoja de almanaque después de una gedeonada,[7] pero lo que sí sabe es que en el hogar de los comanditarios hubo tantas lágrimas y lamentaciones como pesetas reunidas.

El tener distracción gratuita hizo, y esto es natural, que las familias y los criados de Paco y Ramiro se dedicaran al cine con el mayor ardimiento, y así, Juan, el hijo del primero, un mozo de diez y ocho

años, que por lo *peque* no aparentaba tener ni doce, y la segunda mujer del otro, guapa hembra de pelo rubio y lechosa garganta, acompañante siempre de Consuelillo, hija de él, reuníanse todas las tardes y muchas noches en las filas de detrás, que eran, a la par que las más cómodas, las más obscuras del salón.

Al principio todo iba admirablemente; pero desde un día en que la Bertini se besó en un largo metraje tantas veces como se mudara de vestimenta (y cuenta, lector, que pasó de una docena corrida), la tranquilidad se fue y un hormigueo tan caliente como galopante llegó.

Consuelo, que familiarmente era conocida por Chelito, y con sus diez y siete años turbaba a quien la mirase, buscó, sin saber cómo, la mano de Juanín, que, no menos turbado que ella, ni a hablar acertó.

La madrastra, que, a pesar de ser rubia, tenía un temperamento plenamente moreno, viose desamparada en el naufragio aquel, y por la noche, cerquita ya del ex cacharrero, probó a hacer realidad lo que en el lienzo blanco y terso había visto; pero Ramiro no supo entender sus intenciones, y pensando en el negocio que había de producirle una cinta neoyorquina titulada “El cuerno de la abundancia”, roncó.

Ella, infeliz, no concilio el sueño en toda la noche; la figura del atrevido galán que besaba a la peliculera italiana, y que se parecía bastante a un tal Teodoro, electricista de oficio y, vecino de la calle del Ave María, que la buscaba sin tregua, fue su compañero hasta el amanecer.

Y si esto le ocurrió a una hembra ya de nada ignorante, ¿qué no sentirían la pobre Chelo y el no menos desgraciado Juan?

Al día siguiente del luctuoso suceso, que alguien llamaría vigilia y yo ayuno lo llamo, brilló en el rostro de la bonita madrastra una pupila de centella, unas ojeras profundas en el de la moza, y Juan, menudo y casi insignificante, que jábase con voz doliente de tener la cabeza más vacía que un discurso de Alcalá-Zamora.

El jefe de acomodadores, que, conviene recordarlo, era un gachó

serio hasta infundir pánico y amigo de la crítica hasta levantar verdugones, dijo al verlos entrar en la sala:

—Mal negocio es este negocio pa el amo Ramiro: su mujer, dispuesta a faltarle a lo jurao, pero que en cuantito le hagan la seña del tres; Chelo, curioseando ya en cosas que son frágiles, puén[8] romperse y se romperán a la postre, y el novio, ese Juanito en rústica, que es talmente un tití con las patas en estao de alambre flexible, desbocao del todo.

Rio su segundo, que era de Valladolid y respondía al mote del “Tostaíto" y los acomodadores que a la puerta estaban también rieron.

—No hay que darle vuelta—continuó el ex benemérito, aquella noche más locuaz gracias a unas copas de lo tinto—. *Eso* se pone grave; esto acabará mal.

Como los a sus órdenes pidiesen aclaración a la profecía, el hombre del galón dorado díjoles en voz baja lo que sigue, y el sonar de las monedas en la taquilla parecía reír:

—Ella, que es joven, y tié sangre, y tipo, y...

—Lo que hay que tener...

—Eso; lo que hay que tener pa ser deseada, no puede contentarse solo con dinero y más dinero; es así como si la obligaran a comer muy requetebién y muy sabroso con la sola prohibición de no sorber ni gota.

—Pero que ni estereotipao—dijo el de Valladolid.

—¡Ole que sí!...—intervino uno de la puerta, ex cantaor de Naranjeros.

Martínez, sin dar valor a las manifestaciones tan espontáneas como sinceras de su gente, continuó:

—¿Pué ser eso? ¿Pué ser el faltar al sacramento número seis del padre Astete solo por haber firmao unos papeles en la Vicaría?

—No—respondieron a una los que le escuchaban.

—Pues igualitamente le pasa a ella, que se abrasa y no le dan ni el agua que coge en la cáscara de una nuez... De la niña no hablemos. La niña, desde que ve películas, está más flaca, y yo, que la conozco y sé que lo romántico la vuelve tarumba, os digo que el día que menos se espere salta por to y... el despimporren[9] . De Juanín....

Al oír tal nombre sonrieron todos, no sin antes mirar hacia la parte de la Dirección, por si aparecía el padre de la criatura.

—De Juanín—remachó con burla Martínez—, pué esperarse poco, pero malo... Ese fideo con cabeza de botija fue despedido a este mundo por una partera clandestina, que ese era el oficio de la mujer del señor Paco, la que antes de consentir en ser madre hizo mil cosas, a cual más penadas por la ley, desde tomar azafrán con aguardiente y agua de garbanzos con ricino a poner en uso y abuso los tallos más gordos de perejil fresco.

—¡Vaya frito vario!—exclamó uno.

—¡Como pa reventar en el acto!

—Pues ni por esas: el “Feto" estaba agarrao tan a satisfación, que ni ofreciéndole un acta de diputao provincial hubiese salido...

—¡Vaya cimientos bien!—objetó el “Tostao”, y el ex cantaor dijo:

—¡Como que el señor Paco es el non en eso de la albañilería!...

Las dos interrupciones hicieron reír al grupo.

—Al fin nació esa añadidura, que, según me han jurao, pesó a los seis meses de ver la luz cuatrocientos sesenta y seis gramos y un sombrero de jipijapa...

La entrada de dos jovencitas, a las que seguían dos ancianos de temblequeantes dedos, cortó el diálogo, que siguió después.

—El padre, al recibir el regalito, le facturó pa un pueblo serrano, de donde vino a más de los diez años de edad, con la cabeza hinchada y el resto en liquidación.... y entonces fue cuando los chaveas le

comenzaron a llamar el “feto”.

—De la Chelito... le dicen ahora.

—Por lo del mutuo amor será.

—Por eso tié que ser.

Sonaron los timbres anunciando el final de la primera parte del programa, y un clamoreo ensordecedor, que luego rompiose en carcajada hilarante, vino desde la sala al vestíbulo.

—¿Qué pasa?

—¿Qué ocurrirá ahí dentro?

Los dependientes corrieron a conocer el motivo del escándalo.

Junto al muro, desafiador él y accidentada ella, eran Chelo y Juanín el blanco de todas las miradas.

Como la confusión resultaba enorme y no había modo de entenderse, Martínez, más serio entonces que nunca, interrogó autoritario, y una chula de la Torrecilla del Leal, descarada y fea, así explicó el suceso:

—¡Si no ha sío casi na, señor: que ese dúo de alondras trufás, olvidándose de que aquí también amanece, s’han puesto a dar besos que ni a estajo!...

—¡Y que sonaban como tiritos!—dijo otra de la misma cuerda, adelantando una nariz de alcayata.

Entonces el galoneado intervino conciliador:

—¡No, no puede ser eso!—dijo, pretendiendo imponerse—. ¡Lo que es, es que la joven se ha puesto sincopé!...

Una carcajada sonora y unánime descompuso su ceñudo rostro, y como náufrago que busca algo adonde asirse, buscó en rápida ojeada a la madrastra de Chelito; pero la madrastra no estaba allí: aprovechando la obscuridad, dejose convencer por el electricista de

la calle del Ave María, y primero subió a la platea, menos clara que el patio, y luego bajó para escapar, dicen que por la silenciosa calle de la Cabeza, del bracero de quien con mirares gachones la tenía loca de remate.

El cuadro, en tanto, resultaba gracioso; la gente alborotaba más; la situación resultaba de mucho peligro. El gesto de Juanín con su novia al pie, digno era de la película más atrabiliaria.

Como si esperase a ser fotografiado, sostenía el gesto.

¡Pobre Juanín; el veneno de la cinematografía galopaba ya por su cuerpo débil y escrofuloso!...

Díjole la gente mil cosas a cual más mortificantes; pero la más cruel, la más escarnecedora salió de los labios de un cínico, además de poeta y boticario:

—¡Adelante, señores, adelante!—gritó el tendero de específicos—. ¡Vamos a proyectar seguidamente lo más acabado, lo más gracioso de la colección: “El feto de la Chelito”!...

La algazara se hizo escándalo; las risas estallaban como garbanzos de pega.

—¡Gran película, soberana película!—tornó a decir el familiar de la jeringuilla—. ¡Película un poco tragi y un poco comi en dos onzas muy mal pesás!...

Pero aquello, con ser mucho, no fue nada comparado con lo que a continuación tuvo que oírse.

Un joven, que revolcándose en una butaca sostenía las mandíbulas para no perderlas, lanzó esta frase, equivalente a un inri:

—¡“El sapo y la rosa”.... fábula!... ¡Architerremótico! ¡Extratormentárico! ¡Supervolcanático!

La burla, que sentimos tener que calificar de “choteo” por si ofende a Ricardo León,[10] fue mayúscula.

Espectador hubo que riendo perdió el badajo de la campanilla; otro,

que por la contracción de los nervios comenzó a hipar a golpes sonoros como las codornices, y una moza, la chula de antes, rio y rio al darse cuenta de que, sin querer, comenzaba a regar, y no con agua, parte del piso del Cinema de Atocha.

CAPÍTULO II

CÓMO VUELA UN PORRÓN CATALÁN.—AMOR Y ORTOGRAFÍA.—LAS SESIONES AZUL CELESTE Y EL ESPÍRITU REVOLUCIONARIO.—UNA FRASE SANGRIENTA Y SUCIA.

—¡Mentira! ¡Falso!—gritaba Chelo ante la faz de su adusto padre.

—¿Conque mentira?

—¡Más aún.... calumnia vil!

—Pues dicen que te besó.

—¡No me besó! ¡No me besó!...

—Entonces...

—Fue que al darme un vahído, de la calefacción sin duda, acordose de que era hidalgo y caballero, y me retuvo para que no cayese.

—¿Caballero?... ¿Has dicho caballero a ese mono?

—No lo dudes—replicó ella con altanería—. Tan caballero o más que Hugo, el de “La hija del circo”...

La bofetada sonó como un aplauso a Titta Ruffo,[11] y Chelo, poniendo la cabeza enhiesta y el cuello en tensión, estilo Bertini,[12] dijo colérica, reconcentrada:

—¡Pégame! ¡Martirízame! ¡Haz cuanto te dicte tu seco corazón; pero yo le amo.... le amo!...

Quiso Pérez descargar de nuevo su fuerte brazo, pero lo evitó la joven, que, desafiadora, volvió a decir:

—Le amo, sí; y no serás tú, enemigo de mi dicha, traidor a mi felicidad, quien arranque este sentimiento que me hace feliz...

—¿Me has llamado traidor?

—Sí, padre...

—¿Traidor porque no quiero que te enchules, ¡so cursilona!, con ese gato esmirriao?...

Como el que prueba una bebida y al no gustarle la arroja desdeñoso, así arrojó Chelo a Paco este adjetivo:

—¡Ordinario!

—¿Ordinario?—preguntó riendo el fabricante de botijos—. ¿Por lo de esmirriao? Pues abre el paraguas, que van más concetos...[13] Además de eso—y contó por los dedos—, es un cerdo, un sarnoso, un mariquita, un... hijo de su madre, un... hijo de quien sea.... un...

Serena hasta desconcertar habló Chelito:

—¿Terminaste? Pues con eso y con mucho más le adoro, porque es mi alma.

—¡Pues maldita sea...!

Huyendo, buscando sillas que de parapeto sirviesen, fue la enamoricada.

El peligro no la hizo enmudecer.

—Mejor que Juan, al que no conoces ni tasas en su valía—dijo—, será ese gañanote que hace aguardiente en la calle de la Magdalena... ¿No?

—Natural...; como que es to un hombre.

—Y añade que pesa cien kilos bruto...

—¡Pues cargarás con él, quieras que no quieras!...

—¡Eso, jamás!

—¡Lo veremos!...

La sola idea de emparejar con el recordado; que Lucas se llamaba, era de León y fabricaba aguardientes, anises y otras cosas no menos

perjudiciales para la dignidad y el cerebro de hombres y mujeres; exasperó a la enamorada.

—¡No me casarás con él! ¡No! ¡Nunca!—gritaba enloquecida—. ¡Antes el fin de mi existencia! ¡El suicidio! ¡La nada!...

Ramiro, que era analfabeto en finuras y en cuestiones de bien decir un pocero, diola otro cachete, si no tan rotundo como el anterior, más sonoro sí.

—¡Verdugo!—lloriqueó la castigada.

—¡Sinvergüenza! ¡Mala hija!—gritó él.

Y altanera, haciendo una parada en el quicio de la salida, terminó así la moza:

—Eres más dañino, padre, que Dupuy, el protagonista de “Ladrón de conciencias”; que el acaparador de “Los misterios del trust”, el maldito Rouseliére...

De no retirarse a tiempo hubiera tenido que lucir en su carita de rosa, cuello de cisne y cabeza de jilguero, los restos de un porrón catalán, que desde la mesa voló basta el cuarto vecino, donde se hizo pedazos.

La palabra ¡bárbaro! rodó por los ámbitos del hogar.

Chelo se encerró, rápida, en su cuarto, y el padre, más frenético cada vez, paseó por el comerdorcito, no más grande que la jaula del león del Retiro, y reclamó la presencia de la criada, una vieja a la que llamaban Paca “la Huevera”, andaluza y claro es que mentirosa, que, sonriendo, plantose ante él como dispuesta a salir por seguidillas o fandanguillos.

—Diga usté a la señora, a mi mujer—la aclaración creyola muy necesaria—, que venga a mi presencia, pero que al galope.

En tanto la vieja salió a cumplimentar el encargo, puso él al alcance de sus dedos un bastón con puño de metal, una silla desvencijada, pero toda ella de roble, y tres o cuatro vasos desportillados, si impropios para lucirse en la mesa, muy aceptables como

proyectiles.

Tardaba en volver la mandada, y el mandador, no sabiendo qué hacer, levantó la vista hasta las paredes de la pieza. Era ésta, como queda dicho, no muy grande, pero, eso sí, llena toda de cuadros, cuadritos, almanaques y chucherías. Cerca de una reproducción de "Doña Juana la Loca", ¡vaya cuadro de comedor!, un lienzo que se acompañaba de seis almejas, tres cangrejos y dos sardinas; frente a un calendario grande, muy grande, con el retrato de un torero, que quería ser "Conejito", otro bodegón con caza muerta, y por este y el otro frentes oleografías más fúnebres que cómicas: "El fusilamiento de Torrijos y sus compañeros", "Los comuneros de Castilla", "La muerte de Séneca" y a más, un perrito de lanas hecho en cañamazo y unos tiestos de plantas lacias e incalificables, adornados con lazos de papel amarillo.

Al fin, ya iba el hombre impacientándose, llegó la sirviente.

—¿Y esa?—preguntó seco.

—Pu... verá osté...—carraspeó Paca—. Como vení, sí ca venío; pero... ¡cómo ha venío la probe!,[14] traspillaíta de pena... Con los ojos tal que dos mares; con la boca, que es una graná de bonita, coroná de suspiros... ¡Josú qué doló! ¡Una Madalena!...

—Pero... ¿adónde está? ¡Diga!...

—Tiraíta sobre la cama... ¡Llamando a la muerte!

—¡Pues vamos a llevársela!

Los ojos de la anciana abriéronse con espanto.

—¿Cómo? ¿Qué dise? Dió nuestro Señó der Gran Poer, nos ha dao la vía, y ér, solo ér, pué quitárnola...—y en la puerta plantose, dispuesta a impedir la barbaridad ideada por el irritado esposo.

—¡Fuera!—gritó este violento—. ¡¡Fuera!!

—Ante pasará su mersé por mi cadáver...

—¡Que se retire, digo!

—¡No! ¡Creminal![15] Y ahora mesmito llamo al guardia de al lao y vendrá, y otros aluego en un auto…

—¡Calle, bruja!

—¡Y le atarán y le llevarán preso a un castillo de la vera de la mar!…

No sabiendo si estrangular a la explicadora de películas o reírse de ella, ordenó, ya más sereno, que saliese y le dejase solo.

La vieja, tras mirarle ceñuda, hizo un mutis digno de haber sido recogido para la pantalla; luego fue a dar cuenta de lo ocurrido, y después a consolar a la señorita, que con la barbilla en la palma de la mano miraba sin ver y hablaba sin concierto.

—¡Josú qué drama!—suspiró la andaluza.

—“El padre escarnecedor” podía titularse—dijo la jovenzuela.

Respetando el dolor, calló la anciana, y la moza, pensando en su Juan, dijo declamando:

—“No son más grandes las pirámides de Egipto que la Venus de Milo, ni el cráneo de Napoleón que la quijada del asno que mató a Abel…”

Esto, que lo había leído seguramente en la revista—purgante—Besoy, hízole llorar de agradecimiento, pues que la noche pasada, al fingir el desmayo, vió por el rabillo del ojo la apostura de él frente al público canalla que le zahería.

—¡Merece mi cariño!—se dijo—. No es más grande el de estatura más elevada, sino el de más elevado corazón.

Volviose a ver qué efecto habían causado aquellas palabras, que no recordaba dónde las había leído, en el ánimo de la vieja; pero la vieja no estaba allí. Acongojada fue hasta la “coci”, donde, llorando como la niña, merendó pan y queso.

Un poco contrariada, volviose Chelo, la envenenada *peliculera,* a mirarse en la luna.

Después de encontrarse interesante, se puso a escribir:

“Mi amor hacen drado: Ven a berme. Mi padre que es un elefante con zamarra me ha castigado feroz. No temas a nadie; ven y pensaremos la huida. Temo que me casen con el tío del aguardiente ven por la caye de la Rosa silbas como los apaches yo me asomaré y al no están en casa suves al piso. Pase lo que pase es tuya asta morirse,—*Ch."*

A igual hora, Paco el albañil daba a su hijo varios coscorrones y algún que otro consejo.

—¡Como te vea acercao a esa niña cursi—dijo—, te deslomo!… Al hipofosfito es adonde te conviene arrimarte, ¿oyes?

Calló el mísero; la angustia pasada con su acompañamiento de insomnios y pesadillas, teníanle desencuadernado; en su cara, pajiza con un ligero tinte verduzco, apagábanse las miradas dentro de un negro círculo de ojeras; el pelo, lacio, pegado a las sienes, era estopa, y los dientes, desiguales y un poco amarillentos, de compararse a algo, a fichas de dominó usado tenían que compararse.

—Ya sabes mi deseo—gritó el señor García—. Si vuelves, te rompo la cabeza; conque no pienses más en esa… cursi y to arreglao.

—¿Cómo no pensar—preguntose contestando al autor de sus días—, si su corazón me llama?

—Pues si te llama te haces el “tabique”, y si no te lo haces ya verás cosita buena.

Y al decirlo movió los puños violenta, agresivamente; pero Juanín, mártir de la cinematografía y un poco virgen del amor, miró al cielo, suspiró hondo y quedó pensativo e inmóvil.

En su mirar había la fijeza un poco bobalicona de los perros de agua.

—Desde hoy—ordenó serio y agresivo el ex revendedor, que ya se iba—no entrarás al cine. Daré orden para que ni pagando te dejen entrar.

Un portazo hizo retemblar la vivienda.

Lo mismo que Chelo quedose Juan de pensativo y grave; iba, como ella, a contarle al papel su cuita cuando la campanilla de la entrada dejó en suspenso la acción.

—Una carta pa usté—oyó decir a una criada no menos vieja que “la Huevera”.

—¡Traiga!—tuvo energía para ordenar.

—Tome y dé contestación; están aguardando.

Con ansia creciente deletreó el mozo aquel escrito; parose ante la palabra “hacen drado”, que no sabía qué quería decir, aunque sospechó que era cosa de mucho amor, y lo pálido de su rostro tiñose de rosa con pintas violeta.

A seguido y dominando la consiguiente nerviosidad tomó tina pluma, arrancó de una libreta de jornales una hoja en blanco y a escribir se puso:

“Mi Cielín: Iré esta noche, como tu amor me ordena. No temas ni sufras; si alguien pretende robarme tu cariño, morirá. Pensando en ti, gozo. Yo nada temo, pues sé que a la postre serás mi mujercita de mi corazón. Te ama tu—J.”

No se fió Juanín de la doméstica, y al descansillo de la escalera, sitio en que aguardaba la criada de Chelito, fue. Contó la Vieja, agrandado por su fantasía andaluza, lo acaecido, y ofreciose de modo incondicional para todo.

—El amor, señorito, es lo má grande. Ya lo dise la copla:

Murió de pena una mosa
porque se la fue el amor;
pero al gorver la dió un beso
muy firme, y resusitó.

Bálsamo fueron las palabras de “la Huevera” para el atribulado galán.

—¡Tome!—y de su mano fue a la de la vieja una peseta recién acuñada.

—¡Grasias, güen moso!…—dijo la mentirosa cordobesa.

A los pocos minutos la peliculera besaba la carta de Juanín; por cierto que al hacerlo llenose los labios, ¡oh, conciencia negra de los fabricantes de tinta!, de un color entre azulino y violáceo resistible hasta a la piedra pómez.

Aún brillaba el sol; aún faltaban algunas horas para que cuanto planeara Chelo pudiese llevarse a cabo.

—¡Qué despacio pasa el tiempo!—dijo—. ¡Y tú—esto se lo espetó a un relojito de pulsera—eres de lo más antipático!; ¿por qué no corres más? ¡Uf, cómo me desesperas!…—Y separándolo de su tibia carne lo puso en lo más hondo de su mesa de noche.

Al fin huyeron las horas con su corte de rápidos minutos y avistáronse los enamorados.

Como ella quiso, él silbó.

—¡Sube!—dijo.

Su madrastra no estaba en la vivienda; necesitada de consuelo y puede que temerosa de unas bofetadas, fue hasta un tupi[16] de la calle de San Carlos, donde el electricista era asiduo.

A igual hora los socios capitalistas del Cinema de Atocha discutían acremente, y tras un rosario de juramentos e insultos vino lo que nadie podía sospechar: vino la ruptura, la separación definitiva.

¿Que si fue por lo acontecido entre los muchachos? No; los amantes del dinero pocas veces dan importancia a lo que algunos, poniéndonos cursis, llamamos sentimiento.

La causa del disgusto fue otra. El diálogo, antes de la decisión mortal, fue pintoresco y colorista.

Tras escarceos que derivaron en bronca, dijo Paco en respuesta a una opinión de Ramiro:

—¡Estás errao! El negocio puede ser mayor si se añaden a las cintas unos cuantos números de varietés.

—De ningún modo: el negocio está en algo más decente, más moral, más digno.

—Venga to eso—dijo escamón el albañil.

Ramiro, que fumaba poco, pero gastaba a caja de cerillas por pitillo, encendió el que colgaba de su labio y habló de este modo:

—La película amorosa, como, sabes, ha dao to lo que tenía que dar; la de apaches va cansando, la de historia adormece y la de series es algo así como una moda de las pesás, que pa ser peor es cara...; ¿qué queda, pues, por exhibir que sea nuevo y traiga pesetas? Pues queda la película tonta, esa película que es decente en to y en la que salen hasta milagros e intervienen hasta vírgenes.

—¡Cocimiento de adormideras!

—Según y cómo, Paco.

—¿Cómo que según? Lo que llevas dicho no es más que eso.

—Si me permites que me explaye y te aclare el pensar...

—Di.

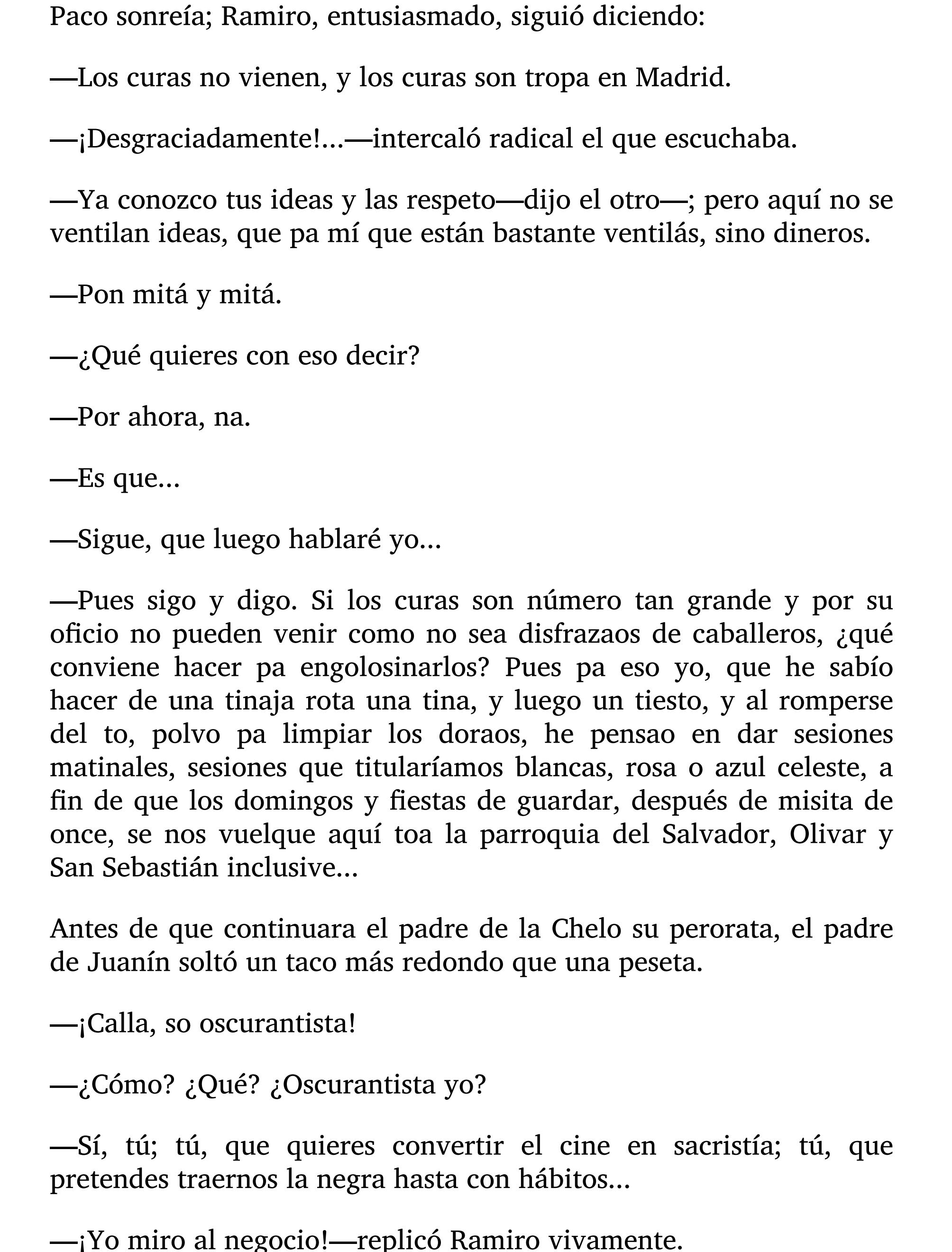
—¿La idea no es agrandar el negocio?

—Esa es la idea—respondió el ex revendedor.

—¿La idea no tiende a que se aprovechen más horas y así puedan traer más gentes?

—Justo.

—¿No tenemos el público infantil con Charlot y Fatti? ¿No tenemos al público enamorado de madame Robine? ¿No tenemos ese otro que viene na más que a aprender a robar estilo norteamericano? Pues nos falta el público que se comulga y no va al cine por temor a pecar.



Paco sonreía; Ramiro, entusiasmado, siguió diciendo:

—Los curas no vienen, y los curas son tropa en Madrid.

—¡Desgraciadamente!...—intercaló radical el que escuchaba.

—Ya conozco tus ideas y las respeto—dijo el otro—; pero aquí no se ventilan ideas, que pa mí que están bastante ventilás, sino dineros.

—Pon mitá y mitá.

—¿Qué quieres con eso decir?

—Por ahora, na.

—Es que...

—Sigue, que luego hablaré yo...

—Pues sigo y digo. Si los curas son número tan grande y por su oficio no pueden venir como no sea disfrazaos de caballeros, ¿qué conviene hacer pa engolosinarlos? Pues pa eso yo, que he sabío hacer de una tinaja rota una tina, y luego un tiesto, y al romperse del to, polvo pa limpiar los doraos, he pensao en dar sesiones matinales, sesiones que titularíamos blancas, rosa o azul celeste, a fin de que los domingos y fiestas de guardar, después de misita de once, se nos vuelque aquí toa la parroquia del Salvador, Olivar y San Sebastián inclusive...

Antes de que continuara el padre de la Chelo su perorata, el padre de Juanín soltó un taco más redondo que una peseta.

—¡Calla, so oscurantista!

—¿Cómo? ¿Qué? ¿Oscurantista yo?

—Sí, tú; tú, que quieres convertir el cine en sacristía; tú, que pretendes traernos la negra hasta con hábitos...

—¡Yo miro al negocio!—replicó Ramiro vivamente.

—Tú miras lo que miras.... y sobre tó que yo no tolero la cochiná

que has pensao.

—Lo de la sacristía que has dicho antes lo rechazo, y lo de la cochiná que has dicho ahora no lo consiento.

—Pues tienes que consentirlo.... porque me da en la nariz, y antes quemo el cine, que te has pasao a la reacción y quieres hacer de esto una vela diurna, pero con luces apagás.

—Mejor será traer aquí, si te parece, el cabaret de la Chelito...

Sañudo, recreándose en la intención, dijo Paco con calma:

—¿La Chelito? Pues pa lo que falta, con que te traigas a tu niña ya es bastante...

Rodó el tintero, rodaron las sillas, y gracias a que la presencia de varios acomodadores fue rápida, pudo evitarse el desaguisado.

—¡Eres un granujote!—escupió colérico el ex cacharrero.

—Algo peor y con más adornos eres tú.

—¿Yo? ¿Qué soy yo? Di...

—Ponte a pensar, ráscate la frente y pregúntaselo después a tu esposa...

Aquello fue la bomba final.

De no intervenir dos mozos de cuerda, que en aquel momento entraban con la cartelera grande, termina la cosa muy malamente.

A “puñaos”, como dice el público de Salitre y Zurita, sacaron a Paco de la Dirección.

—¡Dejarme!—gritaba entre guasón e irritado—. ¡Dejarme, que le voy a lidiar!...

No pudo hacerlo; Martínez, de quien era amigo y por eso jefe de la dependencia, cogiose a su brazo y hasta la calle de Sevilla le llevó.

El otro, jurando, maldiciendo, dando puñetazos en la mesa y

patadas en las paredes, quedose en contaduría.

—¡Que se lo pregunte a mi mujer, ha dicho! ¿Y qué voy a preguntarla?

De la sala vino, como hiriente respuesta, la risa del público, que la gozaba viendo una obrita cómica.

De pronto, sin recoger nada de lo mucho caído, sin sombrero tan siquiera, fue, medio loco, camino de su casa.

El campanillazo repercutió, como un disparo, en todas las habitaciones.

Nadie salió a franquear la entrada, y Ramiro repitió el estirón con más fuerza y más ímpetu.

Al fin, "la Huevera" dejó el paso franco.

—¿Cómo no ha abierto usté antes? ¿No ha oído la primera vez?

Cómicamente abobada respondió la ladina:

—¿Primera? ¡No sé...! Me he quedao una mijita adormilaílla, y claro, los sentíos, por eso, se quean acorchaítos del too... ¿No verdá usté que sí, mi amo?

—¿Y mi hija? ¿Es que no está en casa?...

—¡Pobresita de ella! ¡En la camita la tié su mersé! ¿Paese tal que un jirguero aterío de doló...!

Recelando que todo aquello pudiera ser comedia, asomose al dormitorio y, en efecto, Chelo fingía dormir.

—¿Qué te pasa?

Con trabajo abrió los ojos; con mueca cansada, los labios.

—Si no te sientes bien, que venga el doctor.

Negose la moza con un suave movimiento de cabeza.

Paco salió al pasillo conducente al comedorcito, y tras él fue la criada.

Antes de que nada pudiera decir, le interrogó:

—¿Y mi esposa...?

—¿Dise ugté que....su esposa?

—Sí; eso digo.

—Pug verá ugté...—sudaba a mares la vieja farfullona.

—¡Hable y no mienta...!—rugió Paco con autoridad.

—¿Mentir? ¿Mentir yo? ¿Yo, que antes me dejaría arrancar la lengua que mancharla con mentira?

De no atajar su verborrea, de acusada hubiérase convertido en acusadora.

—¡Silencio!—dijo el amo.

De un empujón quitósela de en medio. Fue después a su alcoba; pero la alcoba estaba vacía.

—¿Dónde está? Diga.... ¿dónde ha ido?

La vieja, que en manos del iracundo era un manojo de trapos, contestole:

—Pu... ¡lo diré, pero no apriete! Pu... salió; eso, salió va pa una hora larga...

—Pero... ¿adónde? ¿adónde? Diga...

—Eso no lo sé, mi amo... Salió, salió y na má...

Desandando lo andado, sin pensar que aquello era perder el tiempo, adentrose en el dormitorio de su hija.

—¿Tú sabes adónde ha ido esa?

Como una perfecta comedianta—la película es la gran profesora de farsas y coqueterías—, restregó sus ojos, sentose en la cama, hizo ensayo casi perfecto de un gesto de asombro, y cuidando la posición como si un operador la enfocara, dijo:

—¡Ay! No sé... nada... Creí que estaría en su cuarto..

Suspiró de nuevo, dejose caer pesadamente y un almohadón adornado con cintas rosa recibió su bella cabecita.

Bajo el lecho—¡oh, fatigas del querer!—temblaba Juan, que por poco es visto en esta segunda requisitoria.

Salió el condueño del "cinema" con iguales maneras que había entrado; tomó de una mesa un arma, del paragüero un bastón, y dando un portazo colosal, escapó escaleras abajo.

Lívido salió Juanín de su escondite; el susto le hacía más feto.

Ovillado en una silla, que a los pies de la cama estaba, parecía, sin exagerar y mucho menos con ánimo de ofender, un minúsculo perro faldero.

Chelo, que hasta con zapatos se metió en la cama y solo una chambrita pudo echar sobre sus hombros, separó las sábanas, saltó pronta y hasta él fue.

—¿Qué hacemos ahora?—dijo confusa.

—¡Yo quiero huir!—contestó él rápidamente.

—¡Difisililllo me parese!—intervino la criada—. Difísil, porque s'ha plantao en el portal como un guardiacantón y lleva arma, un palo de telégrafo en la mano y mucha bili...

—¡Ay de mí!—suspiró él cada vez más insignificante.

—¡No tiembles, vida!

—¿Cómo escapo? ¿Qué será de nosotros?

—Hay un moo de tomar soleta—dijo entonces la andaluza, ángel

guardián de los enamorados—: el descolgarse por la calle de la Rosa.

En efecto, la salvación estaba allí.

La calle, sucia, abandonada y silente, digna era de aquel trozo de película, y los tres acudieron a la parte trasera de la casa, a fin de estudiar la evasión.

—Como el piso es principal—dijo la muchacha—, no resulta peligroso el huir.

—Se atan dos sábanas...

Temblaba Juanín, no muy seguro de su fuerza y seguro casi de un batacazo.

Abrieron el balcón y miraron a lo hondo, que era tinta china.

—Si se ha de haser lo carculao, no conviene perder ni un segundo...

—Claro...; vamos a por las sábanas...

—Sí; aprisa, no sea que güerva el amo y su rególver...

Ante tan peligrosa razón, sintiose el desmedrado más decidido.

—¡A ello...!—dijo con igual gentileza que un sorche de más o menos graduación entrando en liza.

Disponíase ya a descender por el blanco lienzo atado a la barandilla del balcón, cuando la presencia de dos chulos, que a discutir de toros se entregaron precisamente debajo del hueco, impidió la faena.

Y así un cuarto de hora, y otro luego, y una hora después.

—¡Pu... el amo sigue de vigilante en el portal...!

Felizmente los toreros alejáronse, y Juan descendió hasta la rúa; pero.... ¡oh, fatalidad!, en el momento mismo de tomar tierra, un can, que husmeaba en un maloliente montón de basura, se arrojó

sobre él, creyéndole un discípulo de Prodhon.[17]

Gritó el mozo y aulló el perro; aquel del susto más que de la mordedura; este, de un fuerte dolor en los dientes por haberlos clavado en tan dura osamenta.

Ya salía el público del “cinema”, y Juan huyó muy aprisa.

Ramiro, cada momento más irritado, habló al sereno, todo diligencia y amabilidad.

—Oye, Pepe—le dijo—; tú eres un hombre de honor, ¿no es verdá?

—De eso y de lo que haga falta, pa servirle—respondió el gallego.

—Pues por tu honor te pido que si, en tanto yo voy al “cine”, vuelve mi esposa, no la dejes de subir…

—¿Y si se empeña?

—No la dejas.

—¿Y si se impone y llama a un guardia?

—No la dejas; yo cargo con la responsabilidá de todo.

—En ese caso…

—Y cuando la tengas bajo tu dominio, me envías recao por cualquiera que pase.

—¿Y si no pasa?

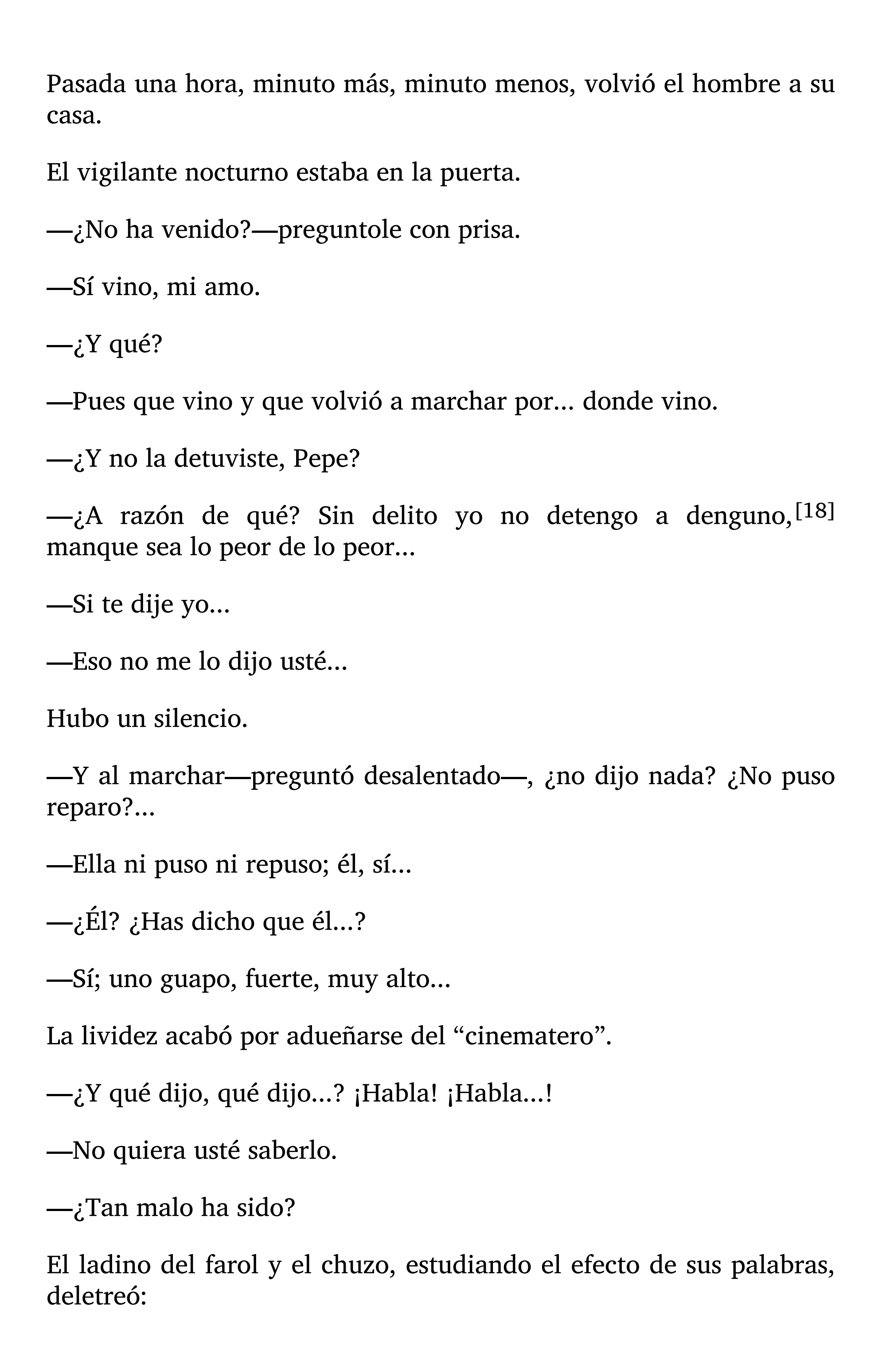
—Al compañero de la Torrecilla se lo dices…

—Bien…. como usté me ordene se hará…

—¿Sí?

—¡Ni más ni menos!

Y Ramiro, comerciante sobre todo, al “Cinema” fue y anotó la recaudación ante dos testigos, por lo que pudiera tronar.



Pasada una hora, minuto más, minuto menos, volvió el hombre a su casa.

El vigilante nocturno estaba en la puerta.

—¿No ha venido?—preguntole con prisa.

—Sí vino, mi amo.

—¿Y qué?

—Pues que vino y que volvió a marchar por... donde vino.

—¿Y no la detuviste, Pepe?

—¿A razón de qué? Sin delito yo no detengo a denguno,[18] manque sea lo peor de lo peor...

—Si te dije yo...

—Eso no me lo dijo usté...

Hubo un silencio.

—Y al marchar—preguntó desalentado—, ¿no dijo nada? ¿No puso reparo?...

—Ella ni puso ni repuso; él, sí...

—¿Él? ¿Has dicho que él...?

—Sí; uno guapo, fuerte, muy alto...

La lividez acabó por adueñarse del “cinematero”.

—¿Y qué dijo, qué dijo...? ¡Habla! ¡Habla...!

—No quiera usté saberlo.

—¿Tan malo ha sido?

El ladino del farol y el chuzo, estudiando el efecto de sus palabras, deletreó:

—Como malo...; verá usté... malo no es que lo sea; pero sucio, lo que es sucio...

—¿Sucio también? Habla... Di...

—Pues dijo, cogiendo a la señora, que ca día está más súper, con perdón, de un brazo: “Diga usté a ese venao que se achante y se muerda la “mui”, porque si no lo hace y molesta, le saldré al paso, le cogeré por el gañote y le pisaré los higadillos...”

—Sigue...

—Dijo también que le tiene que vaciar a usté un ojo, y pa final... ¿Lo digo o no lo digo?

—¡Acaba!—con voz opaca dijo el que vendió hueveras años antes.

—Pues dijo que... se hace en usté, mi amo, no sé cuántos cientos de castañetas, y que en su nombre, esto me lo pidió en muy fino, que le mandaba a la... Porqueriza.

Cadavérico miró Ramiro a la pálida Luna.

El sereno sonrió, mirándole.

Después, a una voz que insistentemente le reclamaba, contestó cachazudo:

—¡Va!... ¡¡Va!!...

Y se perdió en la sombra.

CAPÍTULO III

MÍSTICO Y PROFANO.—UN SEÑOR PROGRAMA.—QUIÉN ES “LA PEÓN".—PLACER QUE ACABA GIMIENDO.—UNA FACTURA EXTRAORDINARIA.

—¡Nada de meter por medio a la curia!—dijo Ramiro—. La curia, que es tal que una esponja, lo absorbe todo.

De aquel parecer fue Paco, y así, valiéndose del buen juicio de dos prácticos en la materia, se convino, amigablemente, en que el esposo de la fugada quedase como dueño absoluto del “Cinema”, a cambio de quince mil duros que el ex albañil recibiera. Hubo discusión por si el dinero tenía que pagarse en tales o cuales fechas; pero Ramiro, ofendidísimo por algo que le dijeron que había dicho su ex socio y que se relacionaba con “ventas de conciencia", “capital de los jesuítas" y otras cosas de este color, interrumpió las discusiones para decir:

—Na de plazos ni de cantidades quebrás; yo pago a tocateja.

En efecto, ante un notario muy viejo de la calle de la Magdalena, y que Isaías, como uno de los profetas mayores, se llamaba, cobró Paco su dinero.

Durante la operación ni siquiera se miraron y, al terminar aquella, igual que desconocidos separáronse.

—¡Es un orgulloso!—pensó Paco.

—¡El orgullo le ciega!—díjose Ramiro.

Y engañados a la par, uno siguió la dirección de la plaza de Antón Martín y el otro la de la plaza del Progreso.

En aquellos dos cerebros que fueron por distintas partes bullían también distintos pensamientos.

—Ahora—pensaba el familiarizado con el cascote—tomo un gran

local, monto un gran baile, y a ganar dinero...

—Desde la semana entrante implanto la “sesión blanca”, con concierto de órgano y reparto de la *Hoja Parroquial*—decía su ex comanditario.

Hombres de acción, lo que pensaron hicieron, y en el “Cinema” pudo leerse a los pocos días este cartel:

"Programa moral-religioso
con las licencias competentes.
El jueves, después de misa
de doce,
la preciosa película
LOS MACABEOS
El coro de San Luis y la orquesta
de Santa Casilda tomarán parte en el espectáculo."

Paco, coincidiendo hasta en la fecha, vistió a una docena de hombres con calzones cortos y fraques encarnados y los lanzó a la calle llevando grandes carteles que decían:

"SCOTTISH CLUB
Palacio de la danza.
El mejor salón de baile de Madrid.
¡Grandes atracciones!
¡Valiosos regalos!
¡Mujeres superfinas!
Estrella, 3, principal.
¡Ojo!
No equivocarse con la lechería de enfrente."

Varios de los disfrazados, que no eran otra cosa que respetables golfos, ofrecían a los transeúntes programas y más programas, ampliación muy cumplida del texto del anuncio, y aun cuando, y aunque el historiador nada hizo en ellos, no se resiste a la tentación de copiarlos, cosa que, si no te agrada, lector, puedes dejar de mirar, ya que nada quita ni pone al fin que le guía.

Dicho lo dicho, ahí va el texto del programa en cuestión.

Después de repetir título y señas, luego de prodigar los signos admirativos y las frases rimbombantes, rezaba así:

“... la danza tiene su comienzo a eso de las nueve de la noche, sin que se sepa a qué hora tendrá su fin.

Este baile, que se da en honor y gloria de Marconi, y con el fin de levantar un monumento al inventor de los barquillos de canela, se ajustará al siguiente

ORDEN DEL ESPECTACULO

1.° Se abrirá el salón tocando una pieza escogida por una ribeteadora de Lavapiés, que lleva el título de ¡Dame pa el pelo, mamá!

2.° Se colocará una lápida conmemorando el nacimiento de la grippe y la muerte del perro Paco.

3.° Entrega de una magnifica vara con borlas al edil más bruto de nuestro excelentísimo Ayuntamiento.

4.° Gran concurso de bailes moscovitas. A los agraciados, si son hembras, se les obsequiará con estropajos nuevos y pitos del Santo, y si son varones, con una recomendación para el médico que necesiten; enseñándoles, de propina, un billete de cien pesetas.

5.° Entrada triunfal de varios curiales y varias camareras en estado lastimoso a los bellos acordes de Matarile, rile.... rile...

Y 6.° Maravillosa lluvia de flores de trapo, chuletas de huerta, chorizos de Rioja, dulces de agraz y tabaco de la Vuelta de Abajo. Los no fumadores deben resguardarse de la lluvia.

Notas. A cargo de la orquesta, que no dice su nombre por deber hasta los palillos del tambor, y de un manubrio que se estrena y titula Lenin.

Más notas interesantes.

Se regalan tantos tarros de caldo de aceitunas como curdas haya.

Se prohíben las armas de fuego, tales como el tabaco de la Tabacalera, las planchas de vapor y los cuchillos… en los pantalones.

Están invitadas a la inauguración todas las cupletistas que hablan mal de Raquel Meller[19] y todas las bailarinas que ponen peros a esa perita en dulce que se llama la Argentinita.[20]

Otra nota.

En el primer descanso se rifarán, completamente gratis, pero a realito la papeleta: una botella de champán frapé marca Cordón umbelical; un mantón de merino y un borrego, de merino también; un tubo Bayer completamente vacío; dos floreros hechos en el penitenciario del Duero con raspas de bacalao de Escocia; una caja de sobres con objetos de goma y el retrato del académico de la lengua Gabrielito Maura,[21] y, por último, Las memorias del golfo Garibaldi, a dos tintas.

Están invitados a la agradable fiesta, a más de las artistas citadas, que quizá no acudan si tienen otra cita, todos los recluidos en casa del Doctor Ezquerdo; los quintos del reemplazo actual; aquellas personas mayores a quienes la suegra y la esposa les permitan salir un ratito; los empleados de banca, que son los que más giran, y, en fin, cuantos gusten de la diversión y la felicidad.

¡Así, pues, ánimo y al baile, que la vida, a creer a San Pelagio, amables amigazos, además de ser más corta que un pitillo susini,[22] es, según Pitágoras, un fandango, y el que no lo baila, son frases de La Cierva, un tonto; al baile, pues, que la dicha está entre las cuatro paredes del
SCOTTISH CLUB

Después de lo dicho no queda por decir más que
He dicho.
LA EMPRESA.”

La absurda mescolanza, el incongruente conjunto de aquel “señor” programa leíalo la gente con distinta entonación y vario gesto.

Los viejos, quizá por no poder gozarlo, arrugaban el gesto y el

papel; los jóvenes no pertenecientes a familias púdicas de esas que no salen en cuantito que se pone el sol, gozaban y reían de las "toninadas", y los otros, los que envidian hasta la libertad de las criadas, ya que la gozan quincenalmente, deletreaban avarientos lo que clavado, más aun, incrustado en sus cerebros, les serviría para la inservible y lamentable ocupación de engomar las sábanas del lecho sin que mano amiga le prestara su concurso.

El efecto en las jóvenes era parecido: la damisela de "chapiri" fabricado en la "maison de son Pére", con ceño adusto saboreaban mentalmente, restregando su lengua con sus labios, aquello tan grosero y tan… agradable; la dama de edad, menos tiranuela que los del sexo contrario, sonreía disculpadora, y la hija del pueblo, que no tiene por qué disfrazar sus sentimientos ni poner sordina a sus sentires, reía contenta y comentaba burlona.

—¡Sí que es un programa de aúpa!—decía una sombrerera de oficio y negraza de cutis.

—¡Pa la salvación de la patria lo quisiera Cambó!…[23] Esto es gracia y querer vivir, no lo que él hace y dice, que paece tal que un corredor de "El sarcófago sensitivo".

—¿Y lo de "¡Dame pa el pelo, mamá!"?

—Les ha fallao un número.

—¿Cualo?

—La inauguración de un reformatorio pa jorobaos…

—Y el ensayo de un extintor de caseros…

De la profusión de programas repartidos—alguno fue hasta la Nunciatura—resultó lo que tenía que resultar: que el salón llenose, que la gente bailó y bebió hasta rendirse, y así los días siguientes, y así las semanas siguientes también.

El "Scottish Club" fue, sin exagerar, el punto de reunión de la gente joven y despreocupada, esa gente que no halla nada digno de tomarse en serio más que la alegría de vivir.

A este punto se me acuerda, lector, que, ¿qué dirá Paco si no le describimos el local, cuando con tantísimo detalle lo hicimos del “Cinema”?

Así, pues, y ofreciendo que no se volverá a inventariar nada que con inmuebles se relacione, vamos, con tu permiso, a dedicar unas líneas al “Scottish”, que se halla emparedado entre una escuela laica y una casa de huéspedes de doble fondo.

Entre dos calles de positiva importancia: la del Desengaño y la de la Luna; cerca de la que llaman de Ceres, guarida de malhadadas Evas, y no lejos de la de la Flor, ídem ídem de curas, ni tan peligrosos como dicen ni tan inteligentes como suponen, sonaba el “Lenin” todas las noches, excepto las del Jueves y Viernes de Pasión y la correspondiente al primero de mayo, ya que el “golfante” de la manivela considerábase obrero y societario.

El local, que era amplio y bastante confortable, se componía del salón, espolvoreado de jaboncillo para así facilitar las vueltas de los bailarines; de un guardarropa obscuro, dos habitaciones bastante apartadas con mesas y sillas, un ambigú amplio y surtido de alcoholes, principalmente, y un a modo de despacho de la Dirección, todo él lleno de divanes, butacones y tal cual silla baja.

Se ha dicho que en el piso bajo una escuela “sin Dios” actuaba de día, y en lo alto—aquí se aclara una duda—un a modo de “descansadero” era regentado por Basilisa la del “Cinema”.

Pero no era esto solo. ¿Recuerdas, lector, a Martínez? ¿No te has olvidado de su ceño duro y voz detonante? Pues en el baile está de bastonero; nacido para dirigir y conducir ya sea el toque de las campanas, ya las cuerdas de delincuentes, en el "Scottish” dirige la danza con tantas ínfulas o más que un maestro de ceremonias las procesiones.

¡Y con qué fiereza mete el bastón, que simboliza la autoridad, por entre las parejas desmandadas!

Es su deber y lo cumple a maravilla.

—¿Qué es eso de no marcar ni respetar lo que mando?—dice—.

¡Todo ha de ser a medida; todos han de obedecer al *rimo!*...

Las parejas dan vueltas y más vueltas sin salirse del corro, y él, complacido, luce su cetro, adornado de gayas cintas, con igual prosopopeya que un abanderado su estandarte o un sacris[24] su pendón.

Cuando, terminado el cometido, es obsequiado por algún bailarín, no toma alcoholes: toma refrescos o pastas, y a veces las dos cosas juntas.

—¡Hay que tener la cabeza firme pa así cumplir el deber!—exclama grave recordando, sin duda, la cartilla que para los civiles fabricó el general Ahumada.[25]

El señor Paco descansa mucho en su autoridad, y vigilando la venta y alternando con los que le convidan, pasa la noche.

Juanín también se halla en el salón.

—Quiero—le dijo su padre—que te arranques del pensar a esa mona... ¡Diviértete y mira a obras mujeres! ¡Aquí eres el amo!...

Pero Juanín no se divertía; Juanín suspiraba; Juanín solo en su Chelo pensó a toda hora y momento.

Entre la "parroquia" danzarina había muchachas, si no bellas, aceptables y simpáticas, sí; pero para el mozo ninguna valía lo que su amor.

—¡A ver si me lo animáis!—rogó Paco a algunas del grupo.

—Se hará lo que se pueda—contestó una modista a la que llamaban "la de Esquilache", y que por haber tenido un novio coronado de barón, creíase contaminada de nobleza, bailando como en los salones, y no "arrimá", como querían los chulos.

Juanita "la Peón", pequeña, feúcha, con más cara de monago[26] que de hija de María, fue la que, por aproximada talla, encargose del mozo.

—Pues tienes que aprender a bailar, y ha de ser con "menda"—

decíale con voz chillona y con gesto truhán.

Sin protestar, y siempre bajo la mirada de su verdugo, bailó Juanín, y algunas veces, puede que por el calor, puede que por el roce, miró a los ojillos de la mozuela.

—¡Poco que vamos a querernos tú y yo, chacho!—decíale la cachondita—. ¡Hasta las telarañas del cielo te voy a quitar!

Lo del cielo pareciole al "Feto" un escarnio considerable; pero cuando enterose de que no era el azul, sino el rosado de su boca, apretó su cuerpo al cuerpo de la prometedora.

De no oírla decir: "¡Te voy a enloquecer más que esa Chelito atontá...!", una de las habitaciones de Basilisa hubiera tenido que ser ocupada, pero que a la carrera.

¿Qué era aquello de hablar despectivamente de su único querer? ¿Quién aquella chulona para ensuciar el sonoro y luminoso nombre de su amada?

De repente, como si de pronto sintiera un aflojamiento en todas las coyunturas, abrió Juan los brazos y "la Peón" quedose sola en medio del salón.

—¡No eres nadie quitando pespuntes! ¿Es que t'he faltao? ¿Es, por si acaso, que el nombrar a esa princesita del perro gordo cae dentro de lo delictivo?

Nada contestó Juan, y ella, despreciándole con el gesto, le despreció también con la palabra.

—Anda y que te den, si no t'han dao, el jarabe de rábano yodao...

Y rompió a reír.

La alusión a su debilidad hiriole en el alma; la pequeña chula contó a sus compañeras lo ocurrido, y con burlas sangrientas lo comentaron.

—¡Pero si es un pasmao que ni pa Dios se calefacciona!—dijo una a la que llamaban "la Grillo", porque siempre estaba cantando.

—¡Yo, la verdá, ni por todo el oro del Banco le daba un beso!

Quien así habló tenía por mote “la Monjita”, cosa que le vino por haber estado en una casa religiosa, de la que supo fugarse cuando la iban a dar por esposo al Señor.

“La de Esquilache” dijo también su parecer, y rápida, como vivía, sumose al común pensar una joven rubia y rosada, a la que conocían todos por “la de la Cafetera”.

Ciertamente que no estaba mal puesto el mote; ella misma lo aprobó riendo:

—Ya sé que me dicen eso… ¡Gracia y vista ha tenío el que lo ha pensao!… Claro; tóos los anochecíos salgo a por leche y dándome una carrera, subo, echo un baile y a por la de vacas… ¿Y por la noche? Mi hermana la mayor, por quedarse sola con el novio—¡allá consecuencias!—, me dice: “¡Tú, lárgate a por el moka!” Y con la cafetera me vengo aquí, me marco unas vueltas y al café a por lo mandao… Gracias a la cafetera puedo venir; luego está muy bien que me llamen “La de la Cafetera”, ¿no ventó?

¿Cuánto más agradables resultaban aquellas mozas; de las que se podía, como en las zarzas del camino, comer la fruta sin miedo a los guardias; que aquellas otras envenenadas por la “cinta” melodramática? No era de este parecer Juan, y solo por Chelo y para Chelo quería vivir.

Pero un día…

Ni él mismo se dio cuenta de cómo fue.

Bailaba con “la Peón”, educadora en Terpsícore[27] de todos los horteras que al baile iban, cuando sintió un golpe extraño por su médula y un deseo de morder y besar enloquecedor. Ella, al notarlo, púsose alegre, y como por su tipo no era de las que tienen abono a diario, quiso aprovechar la oportunidad.

Diestra en “meter la pata”, más que diestra en dar el cutis y jugar los ojos, consiguió que Juan, llevado a un rincón obscuro, manipulara febrilmente y sin miramiento de parte.

—¡Ay!—suspiró ella puesta a tono.

—¡Vamos arriba!—decía él tartamudeando; pero la moza, partidaria del “aquí te cojo y aquí te mato”, temiendo (otras veces le había ocurrido) al cambio de sitio, a la temperatura dispar y puede que al exceso de luz, no se avino al deseo del mozo, y le arrastró al despachito, cuya puerta, entreabierta, parecía invitar a la introducción.

—¡Ven rico!—decía estrujándole entre sus brazos, más finos de lo que a primera vista parecían—. ¡Ven y verás cosa riquitita!... ¡Ven!...

Algo quiso decir él; pero el paladar seco, la lengua gorda y un temblequeo caluroso eran los culpables de su fracaso como orador.

Sobre un sofá cayeron amontonados, y el aire—¿fué el aire o el señor Paco desde afuera?—cerró la puerta suavemente, sin ruido...

Ella, viciosa hasta pesar un kilo menos a la vuelta de cada excursión al paraíso del placer, conocedora como poquitas de los divanes del café Habanero y Casa de Juan, “desfacedora” diligente de esas cosas que llaman camas en los Andaluces, Rioja y Filiberto, maniobró sagaz...

El pobre Juanín, bajo el dominio de aquellos dedos, que más de un estudiante de Medicina adiestraron, y que de haber sido sometidos a examen seguramente hubieran conseguido matrícula de honor, retorcíase tan convulso como feliz.

—¡Ay, no!—decía—. ¡Déjame, déjame! ¡Más despacio!...

Pero ella, juntando boca con boca y permitiendo que las manos de él buscaran acomodo donde mejor quisieran, siguió.

¿Cómo fue lo que fue?

Juan no se dio cuenta; sin duda “la Peón”, recordando su oficio de pantalonera, hizo lo que hizo...

El, sentado, la miraba con ojos estrábicos al pelo, que otra cosa no podía mirar, y ella, arrodillada, parecía pedirle perdón.

Aquello duró poco, pues Juan quedose rígido y ella medio ahogada.

—¿Te gusta?—preguntó enardecida.

Él sonrió.

Aquella sonrisa puso vanagloria en el sexo de Juanita, que sobre el tumbado galán hizo una carrera loca en la que, cosa extraordinaria, no fue el “caballo” quien más rindiose.

La escena fue suculenta; él, máquina y pelele, hizo lo que ella deseara; y... fueron a parar debajo de la mesa.

Inesperadamente, como el rayo sale de la nube, así de las rotas palabras de pasión salió un aullido lastimero, una queja dolorosa.

Juan, en una de las eléctricas contorsiones, habíase lastimado en una pierna, precisamente en la que mordió el perro.

En su auxilio fue Juana con frases y cosquilleos de amor; pero como los quejidos eran cada vez más fuertes, asustose la moza.

—¡Ay, qué dolores! ¡Ay, cómo sufro!—llorando casi decía Juan.

Trabajando mucho pudo abrochar la moza lo antes desabrochado, arreglar después su pelo, poner un poco sujeta su ropa y abrir la puerta.

En el pasillo no había nadie.

—¡Yo me voy!—dijo.

—No te vayas, no—rogaba él—¡Me duele! ¡Me duele!

—Si no me voy van a creer... la verdá, y eso no me tiene cuenta ninguna.

Con gesto de angustia suplicó de nuevo; ella titubeó y al fin dijo:

—Mejor que eso es el que busque a tu padre y le diga...

De perlas pareciole a Juan la proposición, y en busca de Paco fue la chula.

Con la vista baja, no tanto por vergüenza como por aparentar que la tenía, le dijo que estando... hablando con su heredero, este se había escurrido y lastimado.

Al pronto sonrió García; pero al saber que se quejaba y al oír los lamentos, púsose serio, y a la Dirección acudió con prisa.

—Pero ¿qué ha sido eso? ¿Qué te duele?

—¡Ay, padre; en el mismo sitio en que me mordió el can! ¡En el mismo sitio!

Paco, que no sabía nada de tal mordedura y encontraba el lamento de Juanín muy semejante al aullar de un perro, estremeciose y pidió cuentas de lo que aquello fuese.

Y cuentas, y muy con detalle, oyó el preguntado.

Puesta la pierna a la intemperie, viose la pantorrilla hinchada y de un color negruzco y con tantas manchitas como dientes tenía el mamífero carnicero.

—Pero... ¿hace mucho de esa mordedura?

Respondiole el doliente que un par de semanas; que el perro era sucio y grandote, y que aun cuando los primeros días tuvo un poco de destemplanza, nada dijo por no alarmar.

El ex albañil, tan imaginativo como ese Sardou de menor cuantía que se apellida M. Seca, vio la rabia en el mirar hiriente de su hijo, en sus lamentos y, sobre todo, en aquel continuo morder el pañuelo de la nariz.

Nada dijo para no alarmar al paciente; ordenó a Martínez que se acercara a la Dirección; dio a éste órdenes para que se buscara un coche, y al poco rato el ex guardia civil, ignorante de la sospecha de Paco, conducía a Juanín hasta la casa, metíale en el lecho y, satisfecho de su cometido, volvía al baile en el instante mismo que las parejas, advirtiendo su desaparición, bailaban sin orden ni medida.

Paco obsequió a “la Peón” con un gran vaso de vinagre y seltz, que

es como mano de santo, según las comadres del bajo Abroñigal, para las impresiones fuertes.

Fijose el hombre en una roseta que junto al labio inferior la coloreaba, y bastante alarmado preguntole:

—¿Es que te ha mordido mi Juan?

Ella respondió risueña:

—¡Yo que sé! ¡Cualquiera se da razón de na en lo culminante de esas maniobras...!

Mientras esto pasaba en el "Scotish-Club", la Dirección del "Cinema de Atocha" era escenario de un suceso tragicómico absurdo, completamente de película.

Teodoro el electricista, más fresco que Soriano, ensuciándose en lo medianamente limpio de su historia radical, mostraba a Ramiro un papel lleno de cifras y de conceptos.

—¿Y esto qué es?—preguntó Pérez, que no conocía al fresco en cuestión.

—¿Esto? Muy sencillo: que Julia, su esposa, le reclama para establecerse de peinadora, que este era su oficio cuando usté la perjudicó y engañó haciéndola su mujer, tres mil del ala...

Mudo de sorpresa, mirole el dueño del cine, Aquello pasaba de lo sobrenatural; aquello no se había visto ni en la tierra de los pingüinos.

Iba, pasado el estupor, a responderle con una frase violenta, y puede que con una bofetada, cuando el gachó del cortacircuitos sacó un revólver, se recostó en la puerta de salida, y añadió:

—Nada de gritar. Lo que se pide es justo: ¡indemnización de daños y perjuicios!... Conque...

Y véase cómo, más que por miedo que por sugestión, el señor Pérez hizo entrega al que apuntaba de la cantidad que pedía.

Cogiola este, puso el arma en el seguro y salió a la calle más sereno que un cielo de esos que pintan para servir de respaldo a las Concepciones.

Cuando pudo volver a su natural existencia, y eso fue al poco rato, avergonzose Pérez.

Sobre la mesa, junto al billetaje del día siguiente, blanqueaba un papel. Era la factura.

En ella estaba, con todo detalle, especificado el precio de un paje de señora; tres docenas de tenacillas; seis trenzas rubias y otras seis negras, y debajo de cuarenta o cincuenta conceptos, todos al pelo, estas palabras: "Recibí como apoderado-administrador…"; y más debajo el nombre y apellido del frescales "Teodoro Polo y Nevado".

—¿Y qué hago ahora?—preguntábase el asaltado y engañado—. ¿Dar parte? No; se reirían de mí… ¿Buscarles?… ¿Para qué? Podían exigirme más aún…

Con una filosofía completamente tenderil, comenzó a pensar y a escribir cantidades.

Luego que hubo llenado un pliego, sonrió satisfecho.

—Bien mirao—dijo—, no salgo perdiendo nada. Tenía que equiparla de pieles, de calzao, de ropa blanca. Pues con eso y con lo que no ha podido llevarse, no hago, si bien se tasa, mal negocio.

Y, convencido de ello, salió al vestíbulo.

El policía sonrió; diole después un puro, y comenzó a relatar, sin pizca de modestia, los muchos servicios que dijo había prestado.

—Una vez, con motivo de un atraco…. estando un revólver de por medio…. cogí al ladrón y…

Ramiro, congestionado, lanzó un ruido que, no obstante, pareciéndose a todo menos a una carcajada, carcajada lo fue y muy sonora.

Escamado mirole el de la "bofia"; pero el amo del local, dándose

cuenta, fingió un golpe de tos y, carraspeando, dijo:

—¡Siga.... siga...; es que al tragar el humo se me ha ido por mala parte...!

CAPÍTULO IV

¡OH, EL AMOR DE MUJER...!—JUAN DICE QUE RABIA.—LUJURIA Y VINO.—UNA CASA DE CITAS CONVERTIDA EN CONFESONARIO.—EL AUTOR SE CONMUEVE UNAS MIAJAS.

“Dádivas quebrantan peñas”, dice un refranero español, y yo añado por si sirve: “y golpes, cordilleras”.

Lo uno y lo otro tiene que explicarse, y se explicará.

Desde las noches luctuosas que quedan relatadas en los capítulos anteriores, esto es, la de la mordedura y la del golpe con “la Peón", sin querer recordar cosas tristes, como el diálogo con el sereno y la estafa de los doce mil reales, pasaron muchas cosas dignas de enumerarse.

Dijo Polo, ¿no recordáis?, que el dinero tomado a mano armada de la mesa de contaduría iba a destinarse a salón de peinados; pero no fue así; Polo era un sin pudor, un frescales digno de tener por vivienda una heladora.

Lo que hizo, no se sabe si con la anuencia de su amante, fue comprarse un terno inglés, unas botas de charol, un kilométrico de segunda y salir con Julia camino de Barcelona, sitio, según él, muy a propósito para ganar dinero con la electricidad y también con los peines y las tenacillas.

De cómo lo pasaron en la *ciutat* de las Ramblas, ya nos ocuparemos; ocupémonos ahora de Chelito, a la que dejamos asomada al balcón de la obscura y mal oliente calle de la Rosa.

Ignorante del secuestro a que su novio estaba sometido, tasó su ausencia como desamor.

—Eso es—dijo a “la Huevera”—que los peligros le atemorizan...; que se asustó el pobre.

—Vamos, que ha sentío una cosa así como canguelo...

Con tal motivo hizo historia la andaluza de parte de su vida, en la que una ausencia semejante en todo a aquella ausencia la dejó "mosita pa siempre en jamás".

Pasaron días, muchos días, y como el silencio de Juan continuara, la sospecha hízose seguridad dolorosa.

Ramiro que, como Paco, puso en secuestro a su hija, aprovechose de aquella situación de ánimo para conseguir a fuerza de inhumanas palizas y algún que otro consejo, el que aceptara sin grandes trastornos digestivos la presencia, durante un par de horas, de Bernardo, que dueño de una color sana, dos ojos verdes y un conversar un si es no es lila, lo era también de un establecimiento titulado "El Espíritu Puro", despacho de bebidas alcohólicas—algunos, poco respetuosos con la academia que dirige Maura, llamaban "borrachería",—situado en la calle de la Magdalena, esquina a la de Cañizares y frente a una funeraria.

Con esto que, a nuestro juicio no es poco, varios regalos de más precio que gusto, el sacrificio por parte de Bernardo de acudir algunos ratos a la película y comprar novelas de Pedro Mata[28] para aprender elegancias, iba afianzando el sonrosado leonés en el corazón de la mozuela.

Y véase cómo los regalos del prometido y las palizas del papá confirman plenamente el refrán castellano y el añadido que, a manera de divisa, tuve el alto honor de ponerle.

—¿Te convences, hija? ¿Ves cómo to el amor de ese "feto" era fogarata?

Calló la joven.

—Si te hubiera querío con to el izquierdo, ¿de dónde no escala, muerde, grita y escarabajea pa verte y decirte su sentir? Lo que ha pasao es que no te tenía ley y era lo que se dice un ansioso.

Con oíos de sorpresa quedósele mirando Chelo.

—Sí, lo que oyes. ¡Un sinvergüenza, que venía a por mis durazos!

Como ella sonriese entre incrédula y sorprendida, él, antes de usar

de la paliza, usó de la palabra.

—En vista de que parece que lo dudas, oye: de que tu padre era el mayor y más adinerao en el negocio del cine, lo dice el que con dos cuartos que he tenío que dar al sin educación de su padre, me he quedao de adsoluto y único propietario. ¿Qué buscaba, pues? Pues buscaba el casarse contigo y de esa manera, y sin salir de casa, arramplar con el cine, que vale, tasándolo a lo gitano, más de treinta mil amadeos[29] de mi alma...

Lloró la muchacha.

—¿Lo ves cómo es la chipén?[30] ¿Te enteras de que el único que decía verdá era tu señor padre? Pues anota y no lo olvides, que así como pa que seas dichosa na pienso de escatimar, si te tuerces.... ya verás cosa buena...

Y recreándose en la amenaza, dijo:

—Lo menos que hago es romperte un hueso y llevarte pa mientras vivas a un convento que hay en San Fernando del Jarama...

Con pesadumbre bajó la cabeza Chelito; la argumentación y amenazas paternas eran de tal peso que solo podían compararse a un kilo de perdigones puestos sobre la nuca.

La criada, a la que dio a elegir entre ser despedida por un balcón o ganar un duro más al mes, fue un agente útil para la batalla, y de ese modo la joven, sin dejar de pensar en quien ya calificaba de pérfido, fue aficionándose al aguardentero, que regalaba a la andaluza botellitas de "Anís Mico"; al padre, tarros de una ginebra situada en Carabanchel Alto, y a su novia, un licor empalagoso titulado "Lágrima Cristi", altamente aburguesado y estomacal.

Juanín, ¡pobre Juanín!, en tanto ella endulzaba sus horas con el "Lágrima", preso vivía de inquietudes y presentimientos.

—Padre—díjole al día siguiente de la caída—, esto me duele más.

—¿Sí?—interrogó a distancia el señor Paco.

—¡Sí, padre; yo no estoy bueno; yo estoy que rabio!...

Otra vez, con esa persistencia machacona que solo emplean los enfermos y los noveles teatrales, volvió a contar la historia de la mordedura:

—Yo, al sentir el mordisco, tuve intenciones de reclamar socorro; pero aquella sábana blanca, que denunciaba mi huída, aterrime, asustome...

Cariacontecido oía Paco la minuciosidad de la historia, y a tiempo que pensaba en el dolor de la criatura, pensó también en lo que costaría curarle aquello.

—Pero ¿es que te duele mucho?

—No es dolor, padre; es una especie de cosquilleo, así como si por dentro me hurgaran con una pluma de gallina.

—¿Y eso es siempre?

—Siempre, no; otras veces parece que llevo debajo de la piel un pedazo de hielo que, al mismo tiempo que frío, parece que quema.

—¡Qué raro!

—Y más raro es al levantarme, que siento un peso...

Pálido, pero siempre forzado a usar y abusar de la sonrisa, hizo el dueño del "Scottish-Club" la interrogación definitiva:

—Y... ¿qué tal comes?

—Regular...

—¿Y de beber?

—Ni gota...; lo que se dice ni gota.

—¿Ni al lavarte?

—No le sé decir; ¡como no me lavo!...

Perplejo quedó el hombre; luego tuvo una consulta con Martínez, al que, ya hemos dicho, tasaba como cerebro de primera clase.

—¿Y qué crees tú que debe hacerse?

—Si fuera mi hijo, llevarle a un instituto médico de los que curan ese mal.

—¿Y si antes le llevásemos a una saludadora que vive en la calle de Juanelo y que dicen tiene en la lengua la cruz de alcarabaca?...[31]

—Por hacerlo nada se pierde; pero ¿y si el mal se presenta y el chico, sin responsabilidá, te larga un mordisco?...

Aquello decidió a García, y con un pañuelo puesto a guisa de bozal, fue con el enfermo a una Casa de Salud que, camino de la Ciudad Lineal, levantaba sus blancos muros y en la que se leía, por la parte que lindaba con la carretera, este letrero:

PENSIÓN ANTIRRÁBICA.

—Aquí estará muy bien—dijo el director del establecimiento—. Tenemos de todo: duchas, baños, una gran terraza para quien necesite bañarse en sol, y, sobre lo apuntado, aires salutíferos y unas vistas admirables; vea...

En efecto, desde la terraza veíase el cementerio del Este, con sus bonitas lápidas, lindos mausoleos y hermosos cipreses; a la derecha, los tejares de Sixto, con grandes extensiones de tierra seca y gigantescos hornos cargados de turba que lanzaban al espacio humos tan espesos como olientes; de por las Ventas; el rincón más artístico de la corte, que no comparamos a Versalles por no herir el orgullo de nuestros amigos los franceses; venían los acordes suaves de los organillos, el rumor dulce de las broncas y jaranas y, con ellos, el perfume de blancas gallinejas, rubios chicharrones y morenazos, casi etiópicos, pedacitos de hígado de buey.

—En efecto—dijo García—, las vistas no pueden ser más agradables.

—¿Y la animación?

Un dedo del facultativo, largo como una lanceta, señaló la carretera que dicen de Vicálvaro.

Entre nubes de polvo blanquísimo, una pareja de civiles caminaba, y delante de ella, tres coches fúnebres con adornos y colgajos dignos de un costoso ramillete confiteril.

Con esto, con adelantar sesenta duros a cuenta de un mes de pensión—las curas se cobrarían aparte—, despidiose Paco de Juan, que, ojeroso y más pálido que de costumbre, suspiró quedo.

Ni muy triste ni muy alegre, pero sí bastante tranquilo, fue el hombre caminando hacia las Ventas del Espíritu Santo, llenas aquel atardecer de gente alegre y desocupada.

Atravesó el puente metálico a tiempo que un coche fúnebre; pasó luego ante un anafre, sobre el que se asaban varias chuletas de cordero, y disponíase ya a tomar un tranvía que le llevara hasta la Puerta del Sol cuando, desde el merendero de “Rioja”, reclamaron su presencia.

—¡Señor Paco! ¡Señor Paco!

Volvió los ojos, viendo que con Martínez y dos asiduos al baile: “el Acreedor” y “Sedalina”, estaban “la Monja”, “la de la Cafetera” y Juanita “la Peón".

Dudó entre engrosar o no engrosar el grupo; pero pareciéndole poco conveniente el no hacerlo, pues podía perjudicarse en el negocio, fue con paso corto hasta donde unas dulces sonrisas, no tanto como un vasuco de “pardillo” que le alargaron, le aguardaban.

—¿Cómo por aquí?—dijo “el Sedalina”, que siendo un buen dependiente de mercería, consideraba como su más grande honra el bailar como pocos el *fox-trot* americano.

—De seguro—atajole “el Acreedor”—que viene de fumarse alguna buena moza.

—¡Hace tiempo que no fumo!—respondió Paco modesto y sonriente.

—Eso sí que no…—repujó Juana;—que a mí me consta, porque me lo ha jurado ella, que hasta en pipa…

Un relincho, no carcajada, brotó de los labios femeniles. Severamente miró Martínez a las que reían.

—¡Cuidado que sois cerdas!

Aprovechando "una clara", dijo el ex sacristán algo muy substancioso acerca de la falta de pudor en la mujer "descorchada", mucho más fresca que el hombre más caído.

Terminado el discurso entraron los juerguistas, y García con ellos, en el jardín del *restaurant.* Bajo una frondosa acacia blanqueaba un mantel colmado de copas, botellas, rajitas de embutidos y muchos platos con aceitunas negras y verdes.

No faltaba el pan "largo", ese pan madrileño por excelencia, que cada vez es más chico y cuesta más.

—Aquí, señor Paco—tomó la palabra "el Acreedor", mote que le venía por coleccionar "ingleses",—nos hemos reunío para celebrar un acto trascendental y amoroso. Esta—y señaló a "la de la Cafetera", que lucía una gran peineta de carey baratito—ya no es lo que ha sío hasta ahora; ya es mi conglomeré del corazón.

—De modo, nena—susurró el dueño del baile—que por el amor dejas la familia...

—Sí y no—respondiole la moza—. Por este, que me tié chalá desde el cimiento a la teja, lo hubiera dejao tó; pero es el caso que ayer, al volver con la cafetera, mi hermana me había dejao a mí; vamos, que se las había pirao con el novio...

—¡Mal ejemplo!

—Eso digo yo; si la que hace de guía se tuerce, ¿qué va a hacer una sino curvarse...?

—¿Y te has curvao?

—Pero que como una mecedora vienesa.

Riose la salida de la mozanca y se bebió a su salud.

—¡Por que seáis eternamente felices!

Al brindis de Paco contestaron todos, menos ella.

—Eso—dijo—de la eternidá, según y cómo. Si este es decente y no descarrila, puede; pero si se descarrila, servidora se sale del rail y busca otro maquinista más ecuánime...

Después de aquello, bebieron más pardillo, y a medida que las botellas se vaciaban y los ojos veían más agrandados los objetos, cada uno de los asistentes a la conmemoración del acto trascendental y amoroso dio su nota, es decir, se mostró tal cual era: Martínez, el civil, como ladronzuelo de poca monta, ya que se guardó en el bolsillo interior de la americana dos tenedores y un vaso; el mercero, como admirador de Salvador Rueda y del marqués de Retortillo,[32] y "el Acreedor", una miaja místico, recordando su niñez en un seminario y sustituyendo los juramentos que empleara sereno, con exclamaciones de: "¡Ay, Dios mío! ¡Jesús de mi alma! ¡Virgencita de mi corazón!"

Ellas, no más firmes que ellos, mostraron su otro "yo" de igual modo, y Juanita dijo cochinadas de su exclusiva invención, poniendo a la intemperie cosas que, de llevar pantalones, no hubiera podido enseñar; "la de la Cafetera", más borracha, debido sin duda a la falta de costumbre, solo tuvo frases autoritarias e insultadoras, mostrando así un aspecto de sargento reenganchado que prometía a su amante borrascas sin fin; la más sensitiva fue "la Monja".

Recostando su cabeza en el hombro del padre de Juanito, decía con angustia:

—¡Yo no quiero ser mala...; yo quiero vivir con un hombre serio; yo quiero tener un hijo...

Como llegaba la noche, y no era cosa de quedarse al raso, acordaron los reunidos volver a Madrid.

Pagó "el Acreedor" lo consumido, y salieron del local.

Martínez, temeroso de ser acusado de ratero, y conducido a la

Comisaría, salió antes que nadie, y ya sea por haberse extraviado, ya por ocultarse mejor, lo cierto es que no volvieron a verlo.

Y, estaría escrito, García tuvo que cargar, además de con la pena de su corazón, con aquella joven que suspiraba por ser honrada.

“El Acreedor”, que ya era manejado por su novia como un zarandillo, buscó, libidinoso y babeante, la parte obscura del paseo de Ronda, sitio muy a propósito para refocilarse sin miedo a sorpresas; “Sedalina” y Juanita creyeron mejor lugar la parle de la calle de O’Donnell, y por ella fueron hasta las tapias del Hospital de San Juan de Dios.

El señor Paco no quiso hacer el terceto, ya que también puede llamarse seisillo, por responder las seis notas al mismo tono, temeroso, le había ocurrido otra vez, de la aparición de un guardia que, si no era muy bruto, se dejaría engatusar con un par de pesetas; pero que si lo era, les conduciría ante el delegado del distrito con la petulancia que un lacero a un perro golfo.

—¡Vaya beneficio el que se van a dar esos cuatro!…—dijo “la Monja”.

Paco, que en su noble afán de sostenerla para que no cayese, habíase enterado de que sus carnes eran finas y templadas y sus pechos duros, preguntó, acercándola más:

—¿Dices eso por envidia, nena?

—¡Hombre!…—contestó la frustrada religiosa—. a quién no le pone eso… los dientes largos…

Sin fijarse en si pasaba o no gente, besó García la boca de la envidiosa, que supo devolver, aun cuando mucho le gustaba, el beso dado más un mordisquito suave y una a modo de pincelada lingüística digna de la Grecia inmortal.

A partir de aquello, creció la cosa, y Francisco, advirtiendo en “la Monjita” síntomas de impaciencia, capaz de aprovechar una sombra junto a cualquier tapia, paró un simón[33] que cruzaba y en tono casi serio ordenó al auriga:

—¡Costanilla Street; volando!

Lo que pasó dentro del coche no fue cosa mayor; y no lo fue porque él, como los actores viejos, reservose para el acto siguiente, donde se proponía quedar bien.

El suavísimo traqueteo excitó hasta enloquecer a la moza, cosa muy corriente en las damas: que el movimiento del tren, del columpio y hasta del tío vivo colocan en condiciones bastante derretibles.

Como las arremetidas de "la Monja" no cesaban, y ya, no sus dedos, sino sus labios entraron en acción, tuvo García, para así no claudicar, que ir repasando mentalmente sucesos poco excitables, tal que el vencimiento de una letra, la rotura de unos cristales, la poca gracia de Enrique Chicote...[34]

Al fin llegaron a la calle encuestada; pararon ante una casa roja que tras su cancela brinda lechos de distinto coste, desde los cuales, y a través de persianas con cadenas, se distingue el paredón de una casa de monjas en clausura.

Paco, que debía ser conocido de la encargada, una mujer flaca hasta lo inverosímil y descarada hasta lo máximo, indicó:

—La de la cocina, ¿pué ser?

—¡Pasen!...

Y a una alcoba que tras la puerta de entrada se halla y tiene por vecino el museo de las cacerolas y sartenes, entraron.

—He pedido esta—dijo—por ser la más cómoda y ahorrarnos subir la escalera.

Tal razonamiento no interesó gran cosa a la muchacha, que, alocada, agarrose al cuello del razonador con fuerza digna de un mozo de equipajes.

—¡Quiéreme, quiéreme!—suspiraba mimosa y sumisa.

No pudo Paco desprenderse más que de la chaqueta, y como ella se impacientaba, de un boleo la arrojó sobre el muelle, y usando de los

“peones de brega” (así llamaba él a los dedos), fue poniendo al torito tan suave y apaciguado que, cuando tuvo que actuar como matador, lo hizo con éxito que ya quisiera “Don Pío” para su Rafaé.

Reseñar la corrida no nos divierte; decir que tras la bregа quedaron ambos a dos satisfechos, cosa es que se supone; así, pues, y aun pecando de poco detallistas, tomaremos el hilo de lo ocurrido desde el instante que ella dijo:

—¡No puedo más!

Y él:

—¡Qué cansado estoy!...

¿De acuerdo? ¿Sí? Pues, adelante.

Cuando Paco, que tenía un brazo convertido en almohada de la cabeza de ella, volvió a ser el hombre que de ordinario era, advirtió un tanto sorprendido que “la Monja” mirábale con una dulzura poco frecuente en “choques” tales.

—¿Qué pensarás de mí?—dijo suspirando—. Seguramente que nada bueno... Pues, oye: no soy lo que de seguro piensas; no soy una golfa más... ¡Te juro que no soy una golfa! ¡Créemelo!

Sabedor el padre de Juanín de que la cuerda sensible es una cuerda que ha amarrado a muchos hombres al duro carro del matrimonio, del compromiso y de la obligación, encogiose de hombros.

—¿Que te es lo mismo? ¿Que igual te da que lo sea o no? Pues oye...

Los ojos de la joven se llenaban de lágrimas; su boca de frases dolientes.

A punto estuvo él de levantarse y marchar, pues, razonador como pocos, comprendía que, así como un velorio debe ser—casi nunca lo es—triste, y una juerga, alegre, aquello no podía, no debía, tener un final melodramático, pero no se levantó, y mirando fijamente, dispúsose a oír la novela tantas veces contada de la joven seducida, del novio engañador, de la miseria que empuja y del caballero

noble y anciano que actúa de providencia.

Arrepintiose a poco de suponer tal cosa, y pendiente de los labios de Antonia—así dijo “la Monjita” que se llamaba—estuvo Paco durante largo tiempo.

—Yo—repitió una vez más—no quiero ser golfa; yo no he nacido para golfa... Escúchame y ayúdame a ser persona decente.

Como la habitación en que estaban era—ya se ha dicho—del piso bajo, los ruidos de la calle entraban, taladrando la ventana cerrada a aquella hora con batientes de madera, claros y precisos.

La voz de una mujer maldiciendo a un su hijo, que se había alejado de la puerta de casa; un toque pausado de campanas, y, a la vez, el cántico de unas niñas jugando al corro:

Me casó mi madre,
me casó mi madre,
chiquita y bonita,
¡ay!, ¡ay!, ¡ay!

Nada oía Paco, pero Antonia, sí; y aquellas dulzuras de niñez la entristecieron hasta hacer temblar su voz y llenarse de agua sus ojos. Inquieto, arrepentido seguramente, miraba el hombre a la mujer; pero como no era cosa de levantarse y abandonarla, toda vez que ya había hecho el propósito de oírla, esperó.

—No voy a decirte, porque no miento, que soy hija de poderosos, que nací de una madre tenienta coronel; mi padre era maquinista del tren y murió en un descarrilamiento; mi madre, bordadora, y también murió, creo que de pena, al año corto de la desgracia... Yo tenía cuando esto diez años; no, diez años, no: doce no cumplidos. Un tío, por parte de mi padre, me llevó con él; pero a los cuatro años, se casó, y tuve que irme con una prima de mi madre, que era modista. Poco estuve con ella, y ojalá que hubiera estao menos aún. Una noche volvió de la tienda, a la que iba a entregar, con un hombre alto, moreno, de ojos muy brillantes y muy dominadores. Cenó con nosotras; habló de cosas pasadas, y por lo que pude comprender y luego supe, había sido su amante hasta ir a Africa como soldado, de donde volvía con una cruz, según dijeron, ganada

con valentía de héroe. Aquel hombre quedose en la casa como amo y dueño, y una tarde que ella tuvo que salir a probar, aquel hombre, ¡de pensarlo tiemblo!, me puso en sus rodillas, juntó su boca con mi boca y.... ¡madre del alma!, quedé sangrando, muriendo, sobre mi camita, una pobre camita, con colcha azulada.

Intrigado oía el señor Paco.

—Cuando volvió ella y supo lo acontecido, juró como un carretero, me pegó sin piedad, gritando: “Ya le habrás encendido tú, so cochina...”, y quiso arrojarme a la calle; pero yo no podía tenerme en pie; ardía de fiebre...

Hubo una pausa.

—A la semana siguiente ya me encontraba bien, y mi tía, que solo deseaba volver a la diversión y a la juerga, pensó llevarme a un convento, donde me educarían en paz y cariño. Lo de vivir encerrada me asustó un poco, pero ¿qué iba a hacer? Ella, que, a pesar de ser, y seguir siendo, un pendón desorejao, tenía mucha mano con la gente de sacristía, pues era hermana de no sé cuántas congregaciones, se las agenció de modo que al mes escaso de proponérselo ingresaba yo como asilada en un colegio de monjas.

Paco, quién sabe si obedeciendo a un respeto religioso, aunque es posible que fuese inconsciencia, abrochó sus calzones, hizo que ella cubriera parte de su cuerpo y, sentándose, fue todo oídos.

—Seis años—enumeró Antonia—estuve allí; tenía al entrar quince y llevo fuera medio; así es que no he cumplido aún los veintidós, y, sin embargo, habrá pocas criaturas que hayan sufrido lo que yo voy sufriendo... Al principio, ¿cómo lo diré yo?, al principio era aquello tan extraño, que pensé en si no sería un sueño. Recuerdo que una vez palpé mis ojos para convencerme de que no dormía; luego...

Un cantar flamenco, y con él las notas de una guitarra, apagadas a intervalos por un grito; el trepidar de un coche o el taconeo de un transeúnte, venían de la calle.

De la cocina, próxima al cuarto, llegaba también un ruido que, pareciendo cuchicheo, no era otra cosa que el aceite hervido al

mezclarse con algo crudo y poco seco.

Como Antonia callara, García la instó a que siguiese relatando.

—¿Decía que aquello me parecía como si fuera un sueño?

—Eso decías; sigue.

—Eramos en el colegio noventa niñas, algunas, mayores, y la comunidad, veinte monjas, contando a la “madre”, que es como si dijéramos la capitana de todo; allí sufrí; allí recé; allí fui explotada como costurera... Sin embargo, me decía, esto es mejor que aquello...

Una sonrisa amarga floreó en los labios de la moza.

—¡Mejor! En la calle solo hallé egoísmo, deseo, lujuria; y allí, en la casa santa, lujuria y egoísmo, y deseo también. ¡Qué tristeza más grande! No había hombres, pero había mujeres mil veces peor que ellos... Muchas colegialas se entendían. Una, a la que gusté, y era mayor que yo, me besaba y mordía cuando estábamos solas, y una noche... Fue la de Nochebuena, después de la misa del Gallo, y a eso de las dos, cuando noté que alguien quería subir a mi cama. Era “mi amor”, como ella se decía; yo me negué, pero no pude; tenía más fuerza, y subió... Otra noche no fue “mi amor”, sino una monja alta que se llamaba sor María, la que comenzó a besarme los pechos y a decirme frases de cariño... De aquel duelo vino un disgusto enorme; “mi amor” odiaba a la monja, y esta, a aquella. ¿Qué hice yo entonces? Negarme a todo. La que mandaba castigó a la que tenía que obedecer, creyéndola culpable de mi actitud, y la que obedecía, una tarde, en un pasillo, agarrose con la monja y se dieron una paliza fuerte.

—¡Qué asco!

—Felizmente, no sé si por sospechas o si por un soplo, la “madre” supo la cosa, y la hermana fue trasladada a Pamplona y la colegiala a otro taller y dormitorio.

—Huyendo de la suciedá, fui del mundo, y, como ves, allí también había suciedá...

Un año, dos, tres años pasaron tranquilos. Me hicieron del coro; canté y fui muy bien tratada; pero de nuevo todo se estropeó.

—¿Cómo?

—Muy sencillo. Otra colegiala y otra monja volvieron a buscarme. Esta, que era sacristana, me eligió como ayudanta, y así, arreglando la capilla y todo lo de la iglesia, estuve a su lado; y una vez, bajando del piso alto unos paños con que revestir el templo por ir llegando la fiesta de la virgen, me tiró al suelo y... ¡Te aseguro que, aun cuando gocé, sentí una repugnancia!... La compañera, que se llamaba Sagrario, y nos vigilaba, quiso pegarme; yo me rebelé; lloró suplicando; me escribió cartitas...

De un salto bajó Antonia de la cama; registrando su gabancito, puso a la vista unos papeles.

—Mira—dijo—qué esquelas y qué versos:

Mi cielo y mi vida. No hagas caso de la Sor, que es caballo de Normandía. Quiéreme; que sin tu querer no puedo ni respirar.
Anoche soñé contigo, que te accidentabas al besarme. Cuando el reloj de los Padres Escolapios dé la una y duerma la hermana que vigila el dormitorio, iré a besarte. Guárdame tú la mejor y más dulce caricia.
Toma mi corazón,
SAGRARIO.

Rió Paco al oír aquello, y Antonia cogió otro papel, que así decía:

Vivo porque vives en mi,
y es mi amor tan grande y fuerte,
que tan solo con la muerte
dejaré de pensar en tí.

—¿Crees—preguntó la joven—que yo podía seguir en aquella casa? “En cuanto pueda, dije, me escapo”; y una noche muy obscura, muy fría, lo hice. Como a la vivienda de mi parienta no era cosa de ir, fui a la de unas compañeras que pocos meses antes salieron del colegio; pero aquellas que yo creía camino de la santidad, eran viciosas, carnales, como las que dejaba en el asilo. Entonces comprendí que mi sino era ese, el de ser carne de vicio y solo de vicio, y te juro que

con asco, y por no tener dónde ir ni dónde comer, consentí que uno me convidara y... luego...

Lloró la joven. García sintiose conmovido por el relato.

De la calle venía el cántico de las nenas, y de la cocina, un olor sabroso y agradable.

—Piensa lo que quieras—suspiró “la Monjita”—; pero yo no soy mala; ayúdame tú para que no lo sea.

Fueron vistiéndose, y, serio, preguntó entonces el padre de Juanín:

—¿De verdá quieres eso?...

—Sí, lo quiero.

—¿No serás como todas, que luego se cansan y buscan lo que dejaron?

—No.

—¿No?

—No; por mi madre lo juro.

—Entonces...—despacio habló Paco—, en casa necesito quien me arregle; de modo, que si te tiene cuenta...

Paco esperaba que Antonia se arrojase a sus pies, y aun los besara; pero Antonia, pálida, le dijo temblando:

—Con el corazón lo agradezco; pero...

—Pero ¿qué?

—¿Y tu hijo?

—En un sanatorio está; ya te contaré...

—¿Y... esa Basilisa, con la que dicen que te entiendes?...

—Esa... Te lo voy a decir, pero cállalo siempre. No es ni ha sido mi

amante: es...

Hubo un segundo de pausa.

—Es... casi hermana mía: es—ella lo ignora—un tropezón de mi padre en su juventú.

—Y tú la favoreces...

—Conciencia que tié uno.

No los pies, sino las manos, fue lo que besó la muchacha.

Abandonaron la alcoba, y al salir a la calle echose rápidamente hacia atrás la moza.

—¿Qué te ocurre?

—¿No lo ves? Cruza gente, y me da una vergüenza de que me vean...

Nada habló el galán; pero, nervioso, la tomó de un brazo y se lo apretó contra el pecho.

Las niñas, en corro, seguían cantando:

Ya le vi venir,
ya le vi venir
por la calle arriba.

CAPÍTULO V

QUE NADA TIENE QUE VER CON LA TRAMA DE LA NOVELA Y QUE PUEDE SALTARSE IMPÚNEMENTE.

Tres cosas importantes se aglomeran y pugnan por salir a conocimiento del lector; tres cosas que importancia tienen y que, sin embargo, precisan de ponerse en fila, como si esperasen vez para comprar tabaco o sacar la cédula personal.

¿A cuál de ellas atender? ¿Quién puede aducir más derechos? ¿Juan, que espera a rabiar; Julia, que en Barcelona puede que rabie, o Ramiro, que no viendo gente en la sección "blanca", está rabioso?

En la duda, abstente, advierte el refranero, y mientras la abstención subsiste y mientras nos decidimos por estos o aquellos, vamos como cuando llega un amigo del recaudador o de la estanquera a despachar a quien; con menos derecho, pero con más ascendencia, recomendación o simpatía; se nos viene de cara; que ya es sabido, y no es cosa de comentarlo, que tales fuerzas lo saltan todo, lo vencen todo y lo conquistan todo.

Hablemos, pues, de la tienda de Bernardo; dediquemos un rato a "El Espíritu Puro", y dejemos impacientarse a Juanín, Ramiro y Julia, que quizá con ello salgamos todos beneficiados: yo, por tener más tiempo para anotar *sus* cosas, y tú, lector, para saber más de lo que, si ahora lo contara, podías saber.

La aguardentería, con estar bien montada, era ni más ni menos que como las que bajo los soportales de la calle de Ciudad-Rodrigo se guarecen, junto a las estaciones de ferrocarriles se muestran o cerca de los mercados sirven de congresillos a mozos, carreteros y demás gente de áspero trato.

Tenía tras el mostrador, partido en dos mitades, ya fuese para el despacho de vinos, ya para el de aguardientes, hasta ocho o diez cubas con los aros pintados de purpurina; sobre ellas, varios vasares sostenían botellas y frascos de tan diversa forma como color.

Junto a la esbeltez de un envase montillano mostraba su panza negruzca la botellona del benedictino, licor que para enloquecer a los hombres *fabrican* representantes de Dios en la tierra; entre enrejados de cristal, que a tal cosa puede compararse el relieve de su frasco, el anís del Mono vivía preso, y con fanfarria de coqueta, una mijita cursi, levantaba su pequeña boca una botella con mil arabescos, contenedora del escarchado que en Zamora se hace.

Ni muy franco ni muy noble ocultábase el jerez en la negrura de un cristal poco fino, que nos recuerda, sin que podamos decir el porqué, a un astrónomo muy amigo nuestro y también de esa bebida, enamorado del sol y dueño de unos anteojos ahumados, grandes como duros, que siempre cabalgaban sobre su nariz y se sujetaban en sus orejas.

No es afán de comparar; es que todo, hasta lo más heterogéneo, tiene un punto de semejanza.

Si lo dudas, escucha.

Mujeres hay que besan y sus besos recuerdan a una flor o a un fruto; Ofelia, seguramente olería a rosas; Cleopatra, a nardos; Teresa de Jesús, a espliego, y, ¿quién dice que la Pastora Imperio no huele a canela y la Carmen Flores a perejil?

Pues con los hombres ocurre cosa semejante. No hablaremos del olor, pero sí del color y de otras cosas. Mirando al rojo, sentimos miedo que de él brote como de flor maldita un Torquemada, un Nerón, el propio ex-Káiser… leyendo a Tolstoi, quizá os parezca raro, pensamos en lo bien alineados que van los presos entre civiles y las niñas de la Inclusa entre monjas; pasando por Cestona, “oímos” escribir a Pío Baroja y hablar a Goicoechea; “oliendo” el grito de ¡¡naranjas gordas y dulces!!, no hay mas remedio que rendir tributo a la figura de Vicente Blasco Ibáñez, y de paso tararear la marcha de las Walkirias.

Morano, claro que sin poder dar razones, se nos antoja bastante parecido a un traductor de francés; Benlliure, a un tenorino que cantara de gola, y Romero de Torres, a la llama de un cirio inquisitorial.

No creas, por lo que llevas mirado, que nuestra parada en la tienda de Bernardo ha influído en nuestra digresión; lo que se vende en ella no es de nuestro gusto, pues sabemos que el vermut, el aguardiente y la cerveza ni son de Torino, ni de Chinchón, ni de Munich; unos alambiques, unas cubas y un armario con drogas, que se ocultan en el sótano de la casa, nos detienen para no caer en las garras de la borrachera: hembra bestial que surte de huéspedes a las cárceles y los manicomios.

Esperando vez para ingresar en tan tristes recintos se hallan varios hombres y mujeres.

La “decana” es una vieja arrugada, fea y juradora, que atiende por el remoquete de la “Monago”. Su historia es tan varia como poco limpia, pues desde vendedora de flores, de esas que se acercan a los viejos para decirles: “¡Caballero, ¿quiere usté echarme una peseta en la media?", hasta robar bolsillos, engatusar criadas e ir a la doctrina a la caza de prendas de vestir, “la Monago” lo ha hecho todo, lo ha probado todo en el accidentado vivir de trotacalles y aplastajergones.

“La Cacharro” dice la gente a otra de las parroquianas, y, aun cuando no es vieja, el alcohol ha puesto en su rostro tantas arrugas y en sus ojos tan mortecino brillar, que pudiendo ser hija de “la Monago”, caso de que “la Monago” hubiera tenido hijos, parece hermana.

Como no es decidida, no roba bolsos, dedicándose a las labores propias de su sexo en los aledaños de la Puerta de Atocha, o cuando llegan los quintos, junto a los muros del cuartel de la Montaña.

“Pirracas”, que es el mote del chico de la aguardentería, la odia ferozmente; nadie sabe el porqué, ya que el muchacho es reservado y sufrido como buen gallego; pero como nosotros no hemos jurado callar nada de cuanto pueda interesarte, decimos aquí que el odio está justificadísimo.

Un día...

—Oye—dijo él con la voz preñada de deseos.

—Dime—contestó ella cariñosa.

—¿Cuándo vamos a pasar una larde junios, encerraos y... etcétera?...

—Por mí...

—El domingo tengo paseo...

—Pues el domingo...

Como el mozo—no había cumplido aún les quince años—era fuerte y sanote, y además nuevo en escarceos de amor, preparó para el encuentro con la golfa aguardentera todos sus ahorrillos y entusiasmos. Ella, por su parte, lavose casi toda, vistió su ropa más limpia y pensó que con varón tan robusto y joven bien podía darse un gustazo de los que allá en sus comienzos se daba con el mozo de una vaquería en la que ella era repartidora.

Con verdadera ansiedad esperaron los dos el día festivo; y cuando este llegó, encamináronse a una casa de dormir que tras la fábrica de cervezas Mahou se esconde. Allí, y antes de comenzar el jaleo, "Pirracas", que no había olvidado las advertencias que en el pueblo le hicieran, preguntó inocente:

—¿Estás sana, "Cacharro"?

—¿Sana? Como una manzanita, corazón.

—¡Mira que si luego!...

—No temas...; ven a mí.... que tengo fatigas de tu querer...

Después de aquello, "Pirracas" sintiose feliz; olvidó a los que en el pueblo le aconsejaran, y se dejó llevar por la corriente del deseo, que es la más arrolladora de las corrientes.

Decir aquí lo que allí pasó, puede que resultara un tanto crudo; pero como no es cosa de escamotear el suceso, diremos que ella, sabia en placenteras concesiones, hizo cuanto supo, sin ocultar al mozo fuerte, ni el rincón más moreno de su persona.

Fue al despertar, a los pocos días, cuando el mozo advirtió un escozor, una mancha y un pequeño bulto semejante a mi huevo de paloma. Pálido quedose al notarlo; pero creyente de la palabra de ella, culpando al exceso y no a otra cosa, lavose con agua templada y esperó.

Al día siguiente la complicación presentose, pues al tercero se sumó una pequeña herida roja como una amapola y molesta como un padrastro.

Un médico tuvo que actuar, unas pinzas y una tijera que intervenir, y el pobre "Pirracas" fue advirtiendo que con las pesetas que gastaba en las curas huían sus colores de manzana en sazón.

No por ello quejose ni dijo palabra. ¿Qué iba a conseguir con decirlo? ¿Qué con quejarse?

La culpable, ajena a su obra, seguía bebiendo sin pagar y también sin advertir que el estómago le dolía tras beber y que la cabeza, firme de ordinario, la pesaba como si la tuviera llena de mercurio.

"Pirracas", joven Borgia, nacido en Puentedéume, cargaba de fucsina, y aun de algo más dañino que, siendo producto de la patata fermentada, se llama amílico, los vasos y las copas.

—¡La muy golfanta!—rugía el muchacho—. ¡M'ha empitonao! ¡M'ha escachifollao!

Ella nada advirtió y siguió bebiendo; pero una noche rodó sobre la acera, fue conducida a la Comi y luego al Provincial.

Al día siguiente, "Pirracas", preso de agudos pinchazos en el bajo vientre, tuvo que guardar cama. Su amo, al enterarse de la "cogida", le riñó y mandó a una sala del hospital que luce sus tapiales junto a la Plaza de Toros.

Dejemos sufrir y jurar a los enfermos, y volvamos a la aguardentería, que Bernardo tiene que vigilar y que atender.

Excepción de "la Monago", rara vez se advierte la presencia de hembra alguna en el establecimiento; los concurrentes son varones.

Uno de ellos es conocidísimo de todo Madrid. Pedro, se llama; pero la gente le nombra “Don Jeremías”.

A falta de retrato que mostrar, mirad su tipo. Es viejo; tiene una barba entre trigo y nieve; sus ojos son mortecinos, su voz plañidera.

—¡Caballero!—dice alargando la mano y fingiendo un gemido—. ¡Tengo siete hijos! ¡Mi mujer esta dando a luz! ¡No tengo ni una vela que alumbre el cuadro! ¡Por caridá, déme usté para una vela... caballero!...

Mucha gente le conoce, y, claro, le manda... lejos; pero como no faltan corazones cándidos, sueltan las “perras" y el viejo don Pedro se introduce en la aguardentería y, sin duda recordando lo de la vela, grita:

—¡Dame diez de triple pa que me alumbre!

El mozo de cordel que en la esquina tiene su parada es otro de los parroquianos. Cuando alguien le busca para que lleve un bulto, si no está borracho contesta:

—Voy de seguida. En cuanti despache a este amigo...—y ríe frente a un vaso de lo moro, que no calificamos de vino por ser enemigos de la exageración y la mentira.

Otros parroquianos honran la tienda del químico y enamorado leonés; pero como el presentarlos nos llevaría mucho tiempo, vamos únicamente a recordar un caballero que, esclavo del alcohol, va a la sima de la inconsciencia y quizá del crimen a zancadas de gigante.

El tal es un hombre como de treinta años, al que se conoce por “el Bibliotecario”.

En efecto, bibliotecario es, y culto y fino como pocos. Sabe que la bebida envilece y degrada; conoce los efectos de la bebida; condena de firme modo su vicio, pero no tiene voluntad para matarle.

Verle luchar contra su degradación, acongoja y entristece.

Antes de comer; cuando de comer sale; antes de cenar, y aun luego de haber cenado, cruza por frente a la tienda, ya que vive dos casas

más arriba.

Ya se para en el quicio de su portal, ya en la acera con la angustia de un extraviado. Un sentido, que vela por su dignidad, le empuja hacia el lado contrario en que está la tienda; pero a poco torna a pararse, titubea, vacila y... en busca de la tienda va.

La lucha de lo bueno y lo malo que hay en su espíritu es sangrienta; cruza veloz por frente al despacho de alcoholes, pero vuelve a detenerse, tiembla irresoluto, baja la cabeza, desanda lo andado, y despacio, muy despacio, acude a la sima; pero aún no ha caído: la oculta fuerza que sostiene el respeto a sí mismo retarda el fin; mas ello dura poco: el hombre entra, pide, paga, bebe y sale huyendo calle adelante avergonzado y tembloroso.

Hay quien a continuación de haberle visto beber le ha visto llorar.

El cronista de la desventura es su amigo; a él le debe mucho de su saber. Pero, no atreviéndose a motejarle cara a cara, se atreverá a dedicarle un tomo de esta obra... ¡Ojalá que al llegar a esta página y verse retratado sienta vergüenza y energía para enmendarse!

Los personajes principales ya te son conocidos, lector paciente; quedan por presentar los secundarios, entre otros el hombre que conduce un carro, deja el carro para beber, y, cuando vuelve a conducirle, ve espantado que ha cometido un atropello, volcado un farol o roto la luna de un escaparate.

Como por la calle de Cañizares abre una puerta que puede muy bien decirse de escape, muchos son los que por ella se introducen.

La figura negra de un guardia, que entra raudo, bebe aprisa y huye acelerado, es la de mayor importancia. Por ella se cuela también el padre moral que grita en casa contra el alcohol, y pide aguardiente más con el gesto que con la palabra; la vieja que pretexta dolores de vientre a fin de justificar su relación con la ginebra, y ese tipo de hombre de letras que, no sabiendo qué decir, dice que bebe solo para ahogar sus dolores y matar su desventura.

Todas las tiendas de toda clase de comercio ciérranse temprano y se abren tarde, y las aguardenterías, así como las funerarias, si acaso

se cierran—muchas hay que no—, lo hacen muy tarde, para abrirse a primera hora de la mañana.

A la salida de los teatros, de los bailes o de los cafés, la tienda de Bernardo se ve bastante concurrida, y es que sirve como última parada, como amparo de las trotadoras que, al verse perseguidas por los agentes de Vigilancia, encuentran siempre un brazo de hombre que las defienda, y a veces lo que con desaliento buscaban calle arriba, calle abajo, horas y más horas.

En la aguardentería, esa mujer, que jura e insulta al transeúnte que altanero la desprecia, tórnase dulce; y es que el calorcillo de lo que bebe y la fraternidad con que se la trata la humaniza y convierte en otra cosa muy dispar de lo que es, pues allí hasta el cariño que creyérase muerto resucita agradablemente parlanchín.

Mostrador afuera todo es alegría, algazara y alboroto; mostrador adentro, seriedad, cálculo y firmeza. Los que beben, no saben lo que beben, pero quien da de beber suma ágil y dice sin titubeos su importe.

—¿Cuánto debo, mi amo?—pregunta uno, y Bernardo, que no cesa de llenar copas, boks y vasos, contesta:

—¡Dos con quince!...

Si el que ha de pagar duda, aclara el vendedor los conceptos y cantidades, y si la duda es por no pagar, basta que el leonés grite un poco para que el sereno aparezca con su grueso chuzo y su cara fosca. La presencia de la autoridad nocturna es suficiente a convencer a los morosos.

Durante la madrugada “El Espíritu Puro” tiene un aspecto de más seriedad, de mayor importancia.

Ya han cesado las llamadas al sereno y el sereno duerme en un rincón. Ya los trasnochadores y las busconas se han recogido, y los guardias hacen compañía al del chuzo.

Bernardo, que ha dejado solo una lámpara encendida, reposa también, releyendo un diario de la noche.

En el silencio y por la calle larga rueda un coche negro, que arrastran pardas mulas. Un hombre, con blusa negra, entra despacioso:

—¡Juan!—dice al del chuzo—. ¡Dispierta y ábrenos el quince!...

Asombro hay en la pupila del despertado.

—¿Pero es que hay fiambre?

—Así parece. Un tal Roque, del tercero izquierda... Ahí le traemos los avíos... ¡Camará con el tiazo: ha dao un estirón que no teníamos petaca bastante grande, y hemos ido al depósito a por una fuera de marca...

Antes de decidirse a franquear la entrada a los funerarios, Juan les ofrece unas copas, y tanto el ayudante fúnebre como el cochero macabro alternan una, dos, varias veces.

Se habla del muerto, conocido de todos.

—¡Era carlista!—dice desdeñosamente uno de los uniformados.

—¡Pues a mí se me lleva dos reales que le presté va pa un par de semanas!—indica el sereno.

—No era mal hombre—tercia el aguardentero—. Un poco dao al monóvar y a la regeneración de la patria... A mí me era bastante simpático, pues excepto la manía de hablar mal de los liberales y la de repartir estampitas de la parroquia, resultaba un probo...

La entrada de un Joven que trae un frasco para que se lo llenen de cazalla interrumpe el diálogo; pero al saberse que llega de velar al muerto, continúa la charla.

Se hace de nuevo el elogio del vecino del 15, y el del frasco, muy compungido, muy tristón, ruega a los de la funeraria que suban pronto.

—Ahora mismito—contesta uno de los de la blusa negra.

—Usté nos guiará—dice el compañero.

El comprador del cazalla torna a compungirse e indica al sereno:

—Suba usté con los dos; yo subiré después: voy a comprar unos buñuelos...

Y marcha el hombre tan amustiado como entrara en busca de la calle de la Encomienda, lugar donde se fríe la masa que poco después comerán cerca del muerto los amigos que, velándole, muestran lo mucho que le querían.

Aunque parezca extraño, una mirada de inteligencia se cruza entre los guardias que salen tras el acongojado.

Ya en la calle, uno dice al otro:

—El cafetín estará más abrigao que esto, ¿no verdá?

—Y puede que alguien convide, ¿eh?

—¿Te s'antoja que vayamos?

—Vamos si quieres..

—¡Sea!

—¡Adelante, pues!

Y despacio, muy serios, caminan los del orden hasta el famoso cafetín que poco antes fue guarida de ladrones, golfas y mendigos.

No por haber quedado solo se entristece Bernardo, pues sabe que el templo de la borrachera, del cual se siente sacerdote, rara vez se halla sin devotos.

A poco, y antes de terminar la mezcla de una botella de moscatel con otra de anís para luego llamarse "sol y sombra", entra frotándose las manos un hombre sucio, astroso y repugnante, que ha dejado a la parte de afuera un borriquillo tan sucio como él, de pelos largos, llenos de barro seco, y un serón que va llenándose de papeles sucios, verduras lacias, estiércol humeante y residuos de fermentados alimentos.

Tras el hombre de la "busca”, que huye sin decir palabra, entra la vendedora de churros, vieja prostituta que en la misma esquina que años antes taconeó en espera de hombres, abre una tijera de pino y coloca el tablero de cinc cargado de bolas y cohombros rezumando aceite.

—¡Dame cinco de tramilla!—ordena la vieja, que aún peina sus canas con tan inútil como estudiada coquetería.

Luego de esta mujer, que sale aprisa a despachar su género, entra a la tienda un mozo recio y fuerte con un cesto grande que lanza humo.

Es el repartidor del pan, es quien purifica el ambiente canalla de la noche que muere; la gente, a su paso, levanta la cabeza, sonríe imperceptiblemente y, quizá inconsciente, aspira con ansia el aroma del pan cocido, que dice de hogar, de campo, y ve, oliendo, una alta chimenea, un blanco penacho de humo, la relama olorosa, que aun consumida por la llama da su aroma; la mesa limpia donde el padre reparte el pan que ganaron sus brazos...

Al paso del mozo callan las bocas, llenas poco antes de blasfemias, cesan las coplas canallas y los gritos insultadores, porque el pan es para todos cosa santa; es, cruzando por las calles de pecado con su incienso de pureza, como una hostia que simbolizara el amor de los hombres, la bondad de sus instintos, el ansia noble de ser limpios de corazón...

Suenan lentamente las campanas de las iglesias. El día se despereza tras los montes secos y duros de los arrabales; el vicio corre a esconderse en sus guaridas, y salen con el sol los hijos del trabajo.

La noche, temerosa de que los mangueros, que ya han enchufado sus mangas, manchen sus tocas negras, retírase tan aprisa como el vicio se retiró.

Las puertas se abren; trajinan las escobas: son las manos, restregando sobre los ojos, espabiladeras del sueño, y Bernardo, rendido de cansancio, despierta al nuevo dependiente, que se levanta y atiende a la parroquia.

Poco después, a tiempo que el del velorio torna a por más cazalla, busca el lecho, y sueña con Chelín, a la que ve, linda y gustosa, rodeada de flores en una apoteosis bastante cinematográfica.

En tanto, en la cueva, corriendo por un serpentín que enchufa en reluciente alambique y va a caer con un glu-glu siniestro dentro de una honda tina, rueda un líquido claro y oloroso que los franceses—¡oh, los artistas mixtificadores!—llaman “agua de la vida”, y que aquí los parroquianos del químico leonés denominan de muy alegre y caprichoso modo. Hay quien le dice “habita de santa”; otros, “lágrimas de ángel”; algunos, “sudor de Cristo” y así, bromeando, lo van bebiendo, y bebiéndolo hallan la muerte.

CAPÍTULO VI

LA MORAL FRACASA.—DIGRESIONES ACERCA DEL COCIDO.—UN PASEO SIN IMPORTANCIA.—LA VUELTA DEL ELECTRICISTA.—¡EL VINO HARÁ OLVIDAR...!

A muchos extrañó el que Ramiro no ejerciera su autoridad de esposo cuando el sinvergüenza del electricista le birló la consorte.

—¿Pa qué?—se preguntaba—. Dar parte es decirme en papel de oficio lo que la gente me dice en voz baja... ¿Voy por eso a limpiar la diznidá que ella ha metió en lo más hondo del pozo negro de su impudor? No... ¿Entonces?... Que la goce con ese chulo, que al final la dejará, ¡está escrito!, en mitá de la calle, sin qué llevarse a la boca.

Y el amo del *cine,* plenamente fatalista, dió al olvido el engaño y las pesetas, y se aplicó con gran entusiasmo a la explotación de las sesiones blancas, azules o lilas, según fueran en jueves, sábado o domingo.

Al principio todo fue como las rosas del propio Jericó, y a seguida nacieron más espinas que capullos, y lo que parecía suave tornose áspero, y la tranquilidad en desasosiego.

Bien mirado, no tenía que ser así; pero, desgraciadamente, fue.

—Los hechos tienen más fuerza que seis gallegos...—pensó Pérez—. Nace una niña, y las viruelas la ponen careta; sale el sol, y una nube lo ensucia; se piensa un negocio, y la fatalidad lo pisa...

En efecto, la fatalidad en figura sacristanesca tiró al suelo un edificio que pudo llegar hasta las nubes y hasta pasarlas, ya que material piadoso había para llegar al cielo.

La novedad tuvo éxito. El cine fue chico a contener a los señores, señoritas y novios adjuntos; la taquillera, que lucía, así lo quiso Ramiro, un gran escapulario, era tarda a vender el billetaje; los acomodadores, sudando a ríos, iban colocando a los que entraban, y

la Dirección, emocionada de escuchar los parabienes y de leer elogios… de contaduría, esponjábase beatífica.

—He pensao—dijo el amo al jefe del personal, un viejo andaluz recomendado por Vázquez Mella[35] y el cura del Este—que en vez de usar la jeringa perfumadora con colonia, nardo u otra esencia cualesquiera, pongamos pa estas sesiones unos braseritos con incienso y mirra, espliego u otra cosa semejante… ¿No?

De perlas pareció al andaluz la idea, y a poco fue el “Cinema de Atocha” una sucursal de San Cayetano a la hora de misa mayor.

Pero un día, ¡fatal y malhadado día!, un periodista; secretario a la par de un alto político reaccionario que iba a la caza de la dote de una joven duquesa no menos reaccionaria, aunque sí bastante más amorosa; lo estropeó todo.

Sentado junto a la bella, a la que pintaba apasionado su querer, advirtió que a tiempo que le daba oído y ponía los ojos en blanco, acercábase, nerviosilla, a uno que con empaque flamenco retenía sus manos blancas de princesa, aun cuando ensortijadas de modo carniceril.

Al principio creyó el joven secretario que aquello no era realidad, sino figuración; pero al advertir, ya con más fijeza, que las manos se movían y que el sujeto retenedor suspiraba, decidiose a salir de dudas.

Más amoroso que nunca usó de una frase ardiente; cantó su cariño con elocuencia digna del conquistador Mañero…. alargó decidido su mano en busca de las aristocráticas de su tormento y…

Lo que pasó entonces fue “hecatómbico”: la dama, sorprendida, las retiró al punto, y el escribidor de papeles fue a apoderarse de algo que ella soltó y el flamenco no tuvo tiempo de ocultar.

La escena muda pasó de elocuente; levantose ella digna, como si fuera a un besamanos; tras ella él, y tras los dos el joven desconocido, que, fiel guardián de su dama, no usó de la lengua hasta verla alejarse en su auto.

Lo primero que dijo, casi estamos por escribir esculpió, fue la palabra ¡canalla!, y lo segundo, dar un tortazo más sonoro que una gruesa de garbanzos de pega al inoportuno entrometido.

El escándalo fue hasta la gente que salía de mirar la primera parte.

—¡Esto es un chamizo de pecado! ¡Esto es un burdel infecto y antirreligioso!—gritó escandalizador el agredido.

El publiquito, doliéndose del contratiempo, que venía a chafar muchas combinaciones, creyó conveniente escandalizarse, santiguarse y huir en busca de otro cine.

El periodista, como todo el que se ve en ridículo y fracasado, gritó contra la inmoralidad, contra la hipocresía, contra el vicio que busca la complicación de lo obscuro y la benevolencia de las autoridades eclesiásticas.

—¡Esto se dirá en la Prensa!—rugió, limpiando las gotas de sangre que manaban de su nariz—. ¡El señor obispo lo condenará! ¡El anatema será con todos!...

Quiso Ramiro calmar al excitado, obsequiarle con jerez, remitirle a la redacción un mazo de puros; pero como si no: el joven amenazó apocalíptico. Aunque cobardote, hay que reconocer que resultó formal.

No habló en balde.

Al día siguiente "El Organo Gregoriano", diario carca,[36] relataba, claro es que con mucho tiento, lo acontecido en el "Cinema de Atocha".

El obispo, en su vista, creyó oportuno terciar en el asunto, y en evitación de que "se pudiera repetir tan lamentable como poco limpia ocurrencia", aconsejó que las proyecciones se hicieran con luz abundante y clara.

Aquella salida del prelado destrozó el negocio del papá de Chelo, la que, aún recordando a Juan, acudía a las "proyecciones de la buena doctrina", unas veces con Bernardo y otras con la vieja sirviente que, a cada obsequio recibido del leonés, más condenaba el silencio

del hijo del señor Paco.

Ramiro, un tantico puntilloso, sufrió horas crueles viendo cómo no era la fe y las buenas costumbres, sino lo casi negro, ¡oh, color satánico!, lo que atraía devotos a su establecimiento; pero si mucho pensó en tal cosa, más le hizo sufrir la adivinada alegría de su ex socio.

—Y el caso es que tenía razón el muy sinvergüenza—musitaba desesperado—. En esta gentuza to es falsedad y careta: él la conoce; él la tasó al céntimo...

Como el "Scottish-Club" era, por otra parte, un negocio floreciente, ya que a su recinto acudía lo más alegre y admirado de la juventud madrileña, bramaba Ramiro, como si cada programa de baile fuera una banderilla y cada anuncio un rejoncillo clavado en el mismísimo cogote.

—Pues ahora—díjole un atardecer el de la poli—parece que se lanza a más negocio: quiere tomar la Zarzuela, y pa el verano, varios sitios frescos, entre otros el solar de aquí al lao...

Pérez palideció.

—¿El follar?... ¿Este? ¿El que toca con mi cine?

—El mismo. Y se piensa hacerlo kermés veraniega con tobogán, columpios, banda y una novedad que a usté pué que le parta...

El policía, que era de los que gozan apretando los cordeles a los detenidos, añadió mal intencionado:

—Dicen que pondrá un cine súper.

—¿Cine?

—Sí; pa que las madres se entretengan mientras bailan y parchean a sus pimpollos.

—Pues le haré la guerra; pero una guerra a sangre y fuego.

—Es difícil.

—¿Difícil? Pondré sesión continua a diez céntimos, a cinco...

—¿Y qué, si él piensa ponerla gratis?

No esperaba Ramiro una noticia tan terrorífica: pálido, miró a lo alto y fue a caer sobre una mecedora.

El silencio fue de *in pace*. Separose luego el de la “bofia” satisfecho de su lanzada, y allí quedó Pérez como un muñeco mecánico, al que se le hubiera saltado la cuerda.

—¡Verdaderamente—dijo un sí es no es satisfecho del descubrimiento—, García es un canalla que tié bastante sentido común...

El reconocimiento de superioridad; tanto en uno como en otro sentido, pues entre tratantes igual valor tiene la “frescura" que la masa gris, ya que ambas cosas se completan y dan por resultado el hombre de negocios; puso bilis en la boca de Ramiro.

—¿Y si le chafara la combina[37] del solar?—se dijo—. ¿Y si ofreciendo el doble le dejaba “pasmao”? ¿Y si mi dinero le hiciera morder el polvo?...

Rápido (nunca fue remiso en sus decisiones) buscó al propietario del terreno, que era un bodeguero de la calle del Tribulete, consocio de un acaparador de lanas y algo interesado en las contratas del Ayuntamiento.

—Pué no está—dijéronle en su hogar.

—¿Y no se pué saber adónde ha ido?

—Como no le busque usté a eso de las dos en el café Lisboa, conforme se entra a la derecha...

Miró el progenitor de Chelito a su “remontoire”[38] , vió que apenas eran las doce y media, y muy despacio salió a la calle.

Tomó la dirección de la de Embajadores. La chiquillería, que de los Escolapios escapaba, llenaba la “Corrala” de gritos, lloros y risas.

Unos, jugando al “guá”, parecían enanos entretenidos en sepultar en hondos agujeros colorinescas bolas de cuarzo; otros, lanzando su peón sobre los que “bailan” dentro de un círculo arenoso, decían su instinto de pelea, y reían felices cuando la punta acerada de uno iba a clavarse sobre otro; más al fondo, rojizos y ahogados, peloteaban sobre el muro lleno de costras y de carteles que prohibían “jugar a la pelota”,varios mozallones, y un solitario, hacía saltar su toña hasta la altura de su vientre, con intención de lanzarla lejos a golpe de palo; pero tantas cuantas veces se lo propuso, otras tantas lo hizo al viento; hasta que una, poniendo todo cuidado y fuerza en la ejecución de su ideal, dió a la toña tan fiero palitrocazo que el maderito de dos puntas voló raudo, yendo a romper con estrépito el cristal de una ventana frontera.

El alegre rebote de los vidrios sobre las losas de la calle fue como una imposición de silencio ordenada por un ser invisible; todos los niños callaron; una mujer gritó; un municipal se dejó ver, y la bandada de colegiales escapose asustada y voceadora.

En el suelo quedaron las bolas de los enanos; la pelota y el palo quedaron también, y zumbando cual una abeja, un peón de madera rubia.

Ramiro sonrió. La mujer, que era en la ventana tal que un fantoche meneando los brazos, instaba al guardia a que persiguiese a los escolares; pero el guardia, cachazudo, amenazábales y gritábales, deseoso en el fondo de no alcanzar a ninguno, ya que hacerlo estropearía su plan de llegar adonde aguarda el puchero; que no era cosa por cristal más o menos de desatender a la necesidad de nutrirse, máxime cuando el estómago, con violentos y continuados cosquilleos, reclama su ración.

Hasta la Ronda fue Pérez. Era día de sol, y los trabajadores de aserrar y fundir, y algún que otro impresor o tabaquero, comían con sus compañeras, junto a los faroles o sobre los bancos del andén, el “coci”.[39]

Aquí podíamos impunemente hacer que el dueño del “cine” filosofara acerca del madrileño condumio; que hallara relación entre la agudeza de quien lo come y quien lo detesta; aceptar aquello de que “el garbanzo es la cebada de los españoles”, o

defender a quien aseguró que la relación del talento con el garbanzo era evidente en Goya, que comía cocido; en Calderón, Lope y Quevedo, que con el cocido se deleitaban, y también en Cervantes, que vio en el fondo de un puchero el alma de Sancho, y entre el vaho que hacía retemblar la cobertera, el espíritu del más noble y valeroso caballero que conocieron los siglos. Pero no estaba Pérez para tan substanciosas filosofías; el ansia de vencer a su rival traíale tan preocupado que fue, ya que tiempo quedaba para ello, caminando hacia la glorieta de Atocha.

De los bodegones hallados al paso brotaban, con gritos y ruidos de platos, muchas mujeres con cestas ya vacías.

Al cruzar por frente a las clínicas del hospital vio, acongojado, grupos de enfermos que aguardaban la hora de consulta; apretó el paso para huir de tan dolorosa aglomeración, y muchos coches y muchos ómnibus que subían del andén repletos de viajeros, con las bigoteras ocupadas por baúles, le impidieron continuar.

Cambió luego de acera, y por la “de las tabernas” fue hasta ganar el paseo de Trajineros, no sin antes admirar a un sacamuelas que, a gritos, quería hacer persuasivos, juraba poseer el elíxir maravilloso que “cura toda la enfermedad contagiosa, ya venga de las bestias, ya de las criaturas racionales”.

Parejo al charlatán, otro, no menos embaucador, pero más parco en el decir, trataba de convencer a unos paletos de que un reloj que brillaba entre sus dedos sucios y uñas largas era de oro fino, no obstante vendérselo por lo que en “conciencia” quisieran darle.

Ajenos a todo, dos guardias seguían con interés una partida de mus empeñada entre un mozo de equipajes, un descargador de pellejos y el amo del puesto de “papeles” de la esquina.

En el escaparate de la Coruñesa eran las gambas trozos de coral; nieve y plata, las pescadillas; y rosas, los brillantes y gustosos salmonetes.

Aquel “decorado" tan bello como apetitoso recordole a Ramiro la necesidad de comer; miró a su reloj, enterose de que ya era más de la una, y diciendo: “¡Ya no puedo ir a casa!...”, entró en la taberna

de junto al estanco de la “Mampirlana”, y dijo le sirviesen un pájaro y una copa de lo tinto.

Había tanta gente que tuvo que aguardar, y mientras le servían observó, no a la parroquia, sí a las pinturas que ilustraban la taberna.

Españoles, y muy españoles, eran los trabajos. Aquí, muy altanera y colorinesca, una matrona con el gorro frigio parecía insultar a quien la mirase; junto a ella, la conocida “Merienda interrumpida”, con un toro de fina cuerna y tan altanero como la matrona, que enfrente tenía un patio andaluz con guitarristas, bailaores y claveles, muchos claveles.

No faltaba, ¿cómo iba a faltar?, una marina lamida y mucho añil, una barca negruzca y una vela recién sacada del lavadero.

No pudo ver Pérez, por haber sido atendido ya por el chico del mostrador, una reja con flores, un galán junto a la reja y una luna semejante a una pompa de jabón que formaba pareja con otro cuadro toreril, en el que un muñeco con traje de luces recortaba valientemente a un toro negro como el azabache y feroz cual un empleado de prisiones.

Ya en la calle, dudó el padre de Chelo, a aquella hora pensativa y llorosa, qué camino tomar.

—¿Subo la Cuesta o voy por el Prao?

Por el Prado, bajo los árboles llenos de hoja y de piares, fue.

En los paseos no eran niños los que pululaban: mozancos jugando al “cané” o al “chito”[40] lo ocupaban todo.

Recostados en las tapias del Museo de Pinturas, dormían, abrigados por un sol tibio, muchos pordioseros, y una pareja de enamorados paseaba lentamente junto a los pobres, y el mismo sol que hacía germinar y crecer la miseria en los cuerpos sucios y pelos enmarañados, era germinador, con su caricia, de carnales deseos que asomábanse a las pupilas de los novios y eran suavidad de cosquilla en los dedos entrelazados y aspereza un poco amarga en

las rosadas bocas.

Iba ya el hombre a buscar la arboleda, que es dosel embriagador del busto del sabio médico San Martín, cuando oyó que le nombraban.

Volvió la cabeza y encontrose con el sereno de su calle.

—¿Cómo tú por estos barrios?—le preguntó.

Dijo el vigilante que llegaba de la Casa de la Moneda y que se dirigía a la plaza del Ángel en busca de un décimo del sorteo cercano.

—Pues na—aclaró el hombre—, que anoche, al retirarme pa descansar, iba renegando de lo perro que resulta pasarse las noches al raso, cuando pensé que quizá la suerte se acordase de uno y pudiese mandar el farol a diez mil pares de... calcetas.

Rio Ramiro, y Pepe dijo al verle reír:

—¿Es que le parece a usté mal que el que na posee quiera buscárselas por la lotería?

—Natural. La lotería es un engañabobos. El trabajo y el comercio son lo único positivo.

—No dirá eso el churrero de Ave María, que estaba pa quebrar y ha amarrao el segundo del último sorteo..

—¡Casualidades!

—¿Y no pué darse con un servidor igualitamente esa casualidad?

La pregunta fue hecha con tal fe que Pérez calló.

—Anoche, como iba diciendo, al retirarme pensé en ello, y al dormir, ¡mire usté qué coincidencia!, soñé con lo mismo... De pronto (en sueños, claro es) veo un toro que se me viene por derecha y me corta el paso...

—¡Vaya susto!

—¡Escalofriante! Yo, claro es, quise correr, pero no pude: las piernas eran talmente de cemento armao y atornillao. Como nieve me sentí todo; cerré los párpados, hice la señal de la cruz, y de pronto oí que me decían con una voz muy dulce y muy agradable: “No seas primo, Pepe; afina las pestañas, que se te viene la de ganar.” Al principio temblé; pero al poco rato pensé en lo que me decía la voz y vi que, ¡pobre madre mía!, frente a frente, riéndose y dando saltos, estaba, en vez del toro negro y cornilargo, el jorobao que vende participaciones de la “Lote” en la calle de la Torrecilla del Leal.

Intrigado, pero conteniendo la sonrisa, escuchaba Ramiro.

—“¿Qué quieres decirme, jorobeta? ¿Pa qué me buscas?”—añadió el sereno—. Y el camello racional que vive de las participaciones me contestó: “Te busco pa decirte que serás rico; que la fortuna te anda buscando, y que resultarás un atontao si no la haces cara..." “¿Y cómo la tengo que hacer eso?” “Muy sencillo ¡(volvió a responder el socio): busca este número, y él te dará la felicidá.” Se dobló el joroba, miró a la tierra, y con un dedo que tenía una uña muy larga, escribió despacio (atienda usté) un cinco, un uno y un nueve...; luego se fue, y después los tres números se levantaron del suelo, se pusieron frente a mí, y se hicieron tan grandes como la torre de San Sebastián.

Quedaron silenciosos los parladores; luego, el confiado en su suerte, dijo:

—Me levantó temprano; he averiguao en loterías dónde se vende el décimo, y a comprarlo voy más que aprisa, no sea que me lo birle[41] alguno.

Llegados a la entrada del Congreso, Pepe se despidió para ir por la calle del Prado a la plaza donde el décimo se vendía.

—¡Ah!—dijo antes de marchar y con gesto grave—. Tengo que decirle, mi amo, una cosa que no quisiera que le penase, pero que me parece que quizá que le convenga saber...

Intrigado quedó Ramiro.

—Es el caso—continuó el hombre—que de verdá no sé si debo o no decírsela; a veces uno, queriendo hacer el bien, mete la pata, y luego...

—Si crees que me interesa, no te pares.

—¿Sin que se incomode ni se irrite?...

—Sin nada de eso.

—Entonces...

Aún dudó el sereno de la calle del Olmo si soltar o no prenda; pero como el otro insistiese, no tuvo más remedio que hablar.

—Pues... resulta... que el sinvergüenza aquel.... ¿sabe?, el que se le llevó a la esposa, pues que ha venío de Barcelona, adonde se fue con ella...

—¿Con ella? ¿No pensaban poner un taller?...

—No sé nada de talleres; lo que sí sé, porque me lo ha contao quien lo sabe, es que tuvieron dinero, sabe Dios cómo; que ¡montaron en el tren y que él ha vuelto destrozaíto de ropa y creo que conducido por la policía, y que de ella no se sabe na...

Pretendió el escarnecido interrogar a fin de saber más detalles, pero no pudo: un frío nervioso que galopó por su cuerpo y fue a ponerse en su garganta impidiole llevar a cabo su propósito.

—Eso es lo que he sabido, y como soy un hombre honrao, pues me he dicho, digo: yo se lo cuento, no sea que ese sin diznidá, que ná tié que perder, quiera pegarle una de a puño... Y na más... Avisao del suceso le dejo, que la suerte me espera y voy al galope en su busca... ¡Adiós!

Solo quedó Ramiro. La noticia que acababan de darle maza fue que, cayendo sobre su cráneo, le dejó insensible. Hasta se olvidó del objeto de su paseo a lo largo de las Rondas, el Prado y aquel trozo de la Carrera de San Jerónimo.

—Hay quien nace con estrella y quién estrellao; yo—dijo—he venío

al globo pa pasar trabajos na más…

Y caminando, repasó su vida, toda llena de privaciones y esfuerzos: la muerte de su primera esposa, cerebro de la casa; la unión de la segunda, más fresca que una granizada y más desagradecida que un vizcaíno; la locura amorosa de su Consuelo; la mala marcha del negocio; la reaparición del electricista, que, aun cuando no lo confesara, producíale un gran pánico.

—Y, sin embargo, ese—ese era Paco—marcha como sobre ruedas: se le muere su socia, que era peor que el viento del Guadarrama, y encuentra—se lo habían dicho la noche anterior—una moza que resulta admirable como administraora; tiene un hijo "impresentable" y lo encierra—la razón le era completamente desconocida—; pone un baile, negocio desacreditado, y le resulta un gran negocio, y como corona de todo su vivir, idea una cosa tan de resultado como aprovechar los solares vecinos a mi cinematógrafo para estropear mi negocio, ya en la agonía, y de seguro que lo consigue.

Pensando y hablando llegó hasta la calle de Sevilla; fue luego por la de Alcalá hasta la Puerta del Sol, en el instante mismo que el reloj del Ministerio lanzaba al espacio dos campanadas.

Aquel sonido trájole a la realidad, y con el ímpetu que siempre le acompañaba en todos los preliminares de negocio, fue hasta el café de Lisboa, que, así como el de Levante es el foro de los maestros de obras y el de la Montaña la espelunca de los mauristas, este era y es la caverna en la que se reúnen los de la grasa; más claro: los que trafican con todo lo que grasa o sebo da, ya sea el sacrificio de reses en los mataderos, ya el sacrificio de enfermos o asilados municipales.

Cuando entraba en el portal del Bazar de la Unión, ya que da puertecita de escape iba a ser utilizada en esta maniobra, una bandada de jóvenes cruzose con él.

—Son las de Teléfonos—dijo indiferente.

Pero el gracejo de las mozas, su alegría parlera, los andares airosos y gentiles, que para el dueño del "Cinema de Atocha" no tenía valor

alguno, sí lo tuvieron para varios muchachos que esperaban, y que al verlas pasar desgranaron sus piropos.

—¡A ver cuándo me pone usté en comunicación con su cariño!—dijo un moreno a una rubia pálida y comprometedora.

—Ayer le pedí a usté con la mar de alegría comunicación con el 15 J., ¡y me puso usté, mala entraña, con el 13 M....! ¡No hay derecho!...

Rieron las muchachas.

Uno, mirándose en los ojos negros de una buena moza, gritó gozoso:

—¡¡Mi madre, que se los ha puesto de luto riguroso!!

—Y estas—dijo otro, al ver cruzar a dos muy amigadas—han robao del cielo las dos osas...

—Pues vamos a hacer con ellas una *osadía*.... ¿quieres?

Rieron las jóvenes, y una, más serena y más ocurrente, replicó con sombra:

—¡Cuidao, que mi papá es aquel del garrote, y puede que quiera ser el húngaro!...

La alegría de la femenina juventud, sujeta durante muchas horas a uno de los dolores más inquisitoriales, el de oír hablar y no poder hablar, desbordose por toda la Puerta del Sol.

Ramiro, que tras una pesada cortina oteaba el recinto del café, quedó confuso, pálido luego y amargado después.

—Pero... ¡¡si están juntos!!

En efecto: frente a frente, el dueño de los solares y su ex socio departían serenos y locuaces.

—De seguro que están tratando del asunto; pero... ¿se entenderán a la postre? Esperaré...

No bien se había preguntado esto, vio que un camarero les ofrecía cigarros habanos y llenaba de licor las copas.

—¡Lo dicho, que tengo muy mala suerte! Sólo falta que...

No pudo acabar; lo que faltaba lo presenció.

Dos manos se estrecharon, dos sonrisas dejáronse ver y dos cerillas encendieron los cigarros de América.

Pérez, sabedor de que aquello equivalía a una escritura pública, dejó caer la cortina y salió a la calle.

Por la de Carretas caminaba, cuando sintió una mano sobre su hombro.

Volvióse, y vió a Pepe, a su sereno, con gesto aún más agrio que el que se fruncía en su boca.

—¿Qué?—preguntole.

—¡Na!... ¡Una desdicha! ¡Cinco minutos antes de llegar yo habían vendido el último décimo de mi número!...

—¿A quién? ¿Se sabe?

—¡Sí! ¡A un hijo de la mala pena, a un jorobao!...

Rio el esposo de la ex amante del electricista; rio también el cachazudo, y juntos (la desgracia hermana a los hombres) entraron en la taberna de Sixto.

Dos copas les sirvieron; maquinalmente tomaron las copas y a beberlas iban cuando un borracho que a su lado estaba canturreó desatinadamente:

el vino... hará olvidar...
las penas... y... el dolor...

El sereno encogiose de hombros.

—¡Tié razón este—dijo—; la vida hay que pasarla a tragos!...

—¡Y más vale ahogarse en mosto que en lágrimas y penas!—añadió el borracho.

Pidieron otras copas, una para el beodo, y salieron a la calle.

CAPÍTULO VII

DE SANTA TERESA A OSCAR WILDE, PASANDO POR EL "FETO".—LA ENSAIMADA DELATORA.—CORO DE DOCTORES.—LA MORAL DE UN BILLETE DE BANCO.

Yo no sé si Juanín se halla en posesión de fósforo bastante a legar una gran obra a los mortales; pero lo que sí sé, pues tengo la obligación de enterarme de todo, es que en una de las últimas visitas que su padre le rindió, pidiole papel de barba, tinta, plumas y un diccionario de Calleja.

También tengo noticia de que escribe a destajo, de que lee en voz alta lo que escribe y de que los pajarillos que acuden a su cuarto, mitad prisión, mitad retiro, no han vuelto, quién sabe si asustados de los gritos de Juan, quién si como protesta litero-plumífera.

El suceso comenzó de esta suerte:

—Padre—dijole con voz gris un día opaco, tráeme algo que me mate el tedio.

García pensó llevarle una baraja, unos cromos de construcciones infantiles y algo escrito por Luis Esteso.[42]

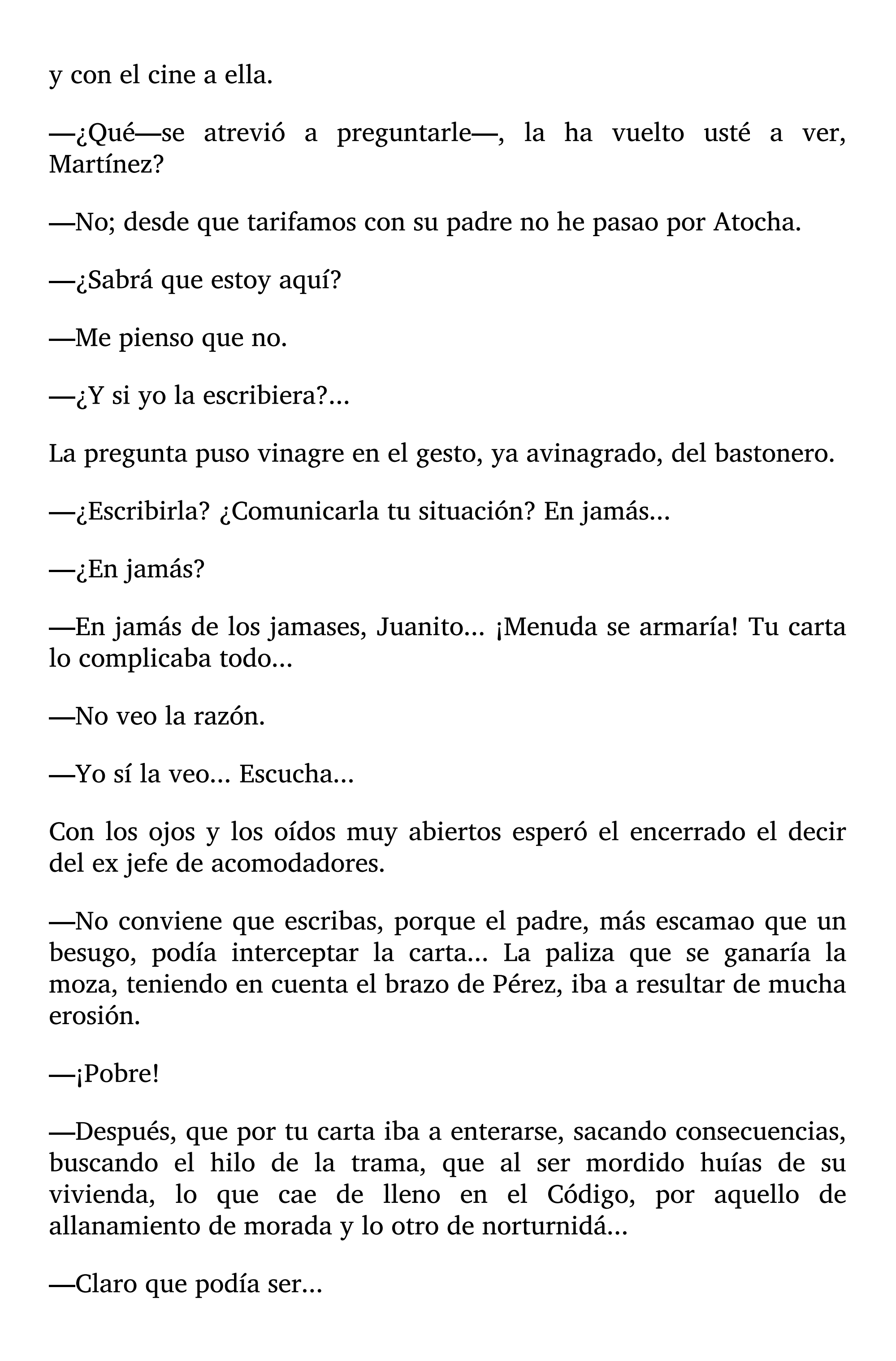
—No, de eso nada—replicó el muchacho—; compra cuartillas: quiero escribir...

Mirole el gerente del "Scottish-Club" con su miaja de asombro y su poquirritito de burla.

—¿Me habré equivocao?—se dijo—. ¿No estaría más bien en casa de Esquerdo?...

Como insistiera Juan, Paco tuvo que obedecer, y al siguiente día, por Martínez, que se quedó con seis plumas de dos docenas que llevaba, tuvo el enfermo lo que quiso.

La presencia del ex civil alegró al mozo, ya que le recordaba el cine



y con el cine a ella.

—¿Qué—se atrevió a preguntarle—, la ha vuelto usté a ver, Martínez?

—No; desde que tarifamos con su padre no he pasao por Atocha.

—¿Sabrá que estoy aquí?

—Me pienso que no.

—¿Y si yo la escribiera?...

La pregunta puso vinagre en el gesto, ya avinagrado, del bastonero.

—¿Escribirla? ¿Comunicarla tu situación? En jamás...

—¿En jamás?

—En jamás de los jamases, Juanito... ¡Menuda se armaría! Tu carta lo complicaba todo...

—No veo la razón.

—Yo sí la veo... Escucha...

Con los ojos y los oídos muy abiertos esperó el encerrado el decir del ex jefe de acomodadores.

—No conviene que escribas, porque el padre, más escamao que un besugo, podía interceptar la carta... La paliza que se ganaría la moza, teniendo en cuenta el brazo de Pérez, iba a resultar de mucha erosión.

—¡Pobre!

—Después, que por tu carta iba a enterarse, sacando consecuencias, buscando el hilo de la trama, que al ser mordido huías de su vivienda, lo que cae de lleno en el Código, por aquello de allanamiento de morada y lo otro de norturnidá...

—Claro que podía ser...

—Y tan claro... Aquí, Juanito, no digo yo que estés como en el Palas o el Riz,[43] pero siempre estarás mejor que en una celda de la Cárcel Modelo...

—¡Es verdá!...

—Así es que lo higiénico, por ahora, es eso, y luego, cuando estés curao y puedas salir.... entonces...

La faz del muchacho se coloreó.

—Luego—dijo—será la mía...

La expresión tuvo instantes magnos: parecido debió ser el gesto de Nerón viendo arder toda Roma.

Fuertemente impresionado salió Martínez de la visita.

—¡Vaya un gachó con bilis!—dijo luego al padre—. Al mirarle la geta[44] pensé en esas cosas tan pequeñas que decimos balas y que, siendo tan insignificantes, quitan de en medio a esas cosas grandes que llamamos hombres.

—¿Estás seguro de lo que chamullas?[45]

—¡Digo! En cuanto que le den suelta, un miura, comparao con él, va a ser menos que una figurilla de mazapán.

—¿Sí?

—El tiempo queda en el uso de la palabra... Ya verá, ya verá...

Como la vida en el sanatorio resultaba tan aburrida como un libro de versos ultraístas, diose Juanito, cada vez más esqueleto, a la literatura cinematográfica.

El asunto de una película titulada "Amor rabioso", en la que, naturalmente, era Chelo la dama y él el galán, fue lo primero que enjaretó.

Nada se sabe de aquella obra pensada y sentida en el estrecho recinto de un dormitorio antirrábico; pero si hemos de buscar

antecedentes gloriosos, la literatura afirma de modo incontrastable que las producciones cumbres fueron paridas en el recinto del dolor.

Lo supremo de Oscar Wilde y Edgar Póe escrito fue en el presidio y el hospital; Cervantes pensó y compuso parte de su *Quijote* en un calabozo de la cárcel de Argamasilla, y Teresa de Jesús, la garduña de almas, la pícara sublime, ¿dónde escribió sus estrofas al Amado, si no en una celda de Ávila de los Caballeros?

Claro es que, de aquellos “gigantes” al “feto” que historiamos, hay mucha diferencia; pero sí hemos de reconocer la paridad de la situación, y aun de la rabia: Oscar rabió golpeando su cabeza contra los barrotes del calabozo; Edgar, contra los del fementido lecho. Don Miguel, rabiando como ellos, repasaba sin cesar las cuentas de la alcábala a su custodia, a fin de justificarse y defenderse, y Teresa rabiaba por algo que el más lerdo puede adivinar leyendo a Juan de la Cruz, cuando escribe “esposa y amor” y cuando

...sonríe, pues ve que en *Esposa*
la letra del santo se hace temblorosa;
y aumenta el temblor
en aquellos rasgos que dicen *Amor*.

Terminada, pues, nuestra visita a cárceles, conventos y hospitales, volvamos al sanatorio cercano a la Ciudad Lineal, donde el pobre Juan se afana escribiendo, por matar el “spleen”[46] que le corroe, la ira que le amarga y la angustia que ensombrece su vivir.

Los médicos nada decían, ni recetaban; como curiosos paletos que en el Retiro visitaran al canguro australiano, así cruzaban ellos cerca de la jaula-dormitorio de Juan, quien convencido de que aquello iba para largo, llenó papel y más papel con versos unas veces y otras con planes de melodramas más o menos líricos, con vistas a Barbieri, Martín u otra plaza de abastos: Novedades, por ejemplo, que es ancho corral que huele a verdura podrida, sudor de pies e ingenio de mozo cuatrero.

A fuerza de leer y releer sus febles producciones llegó a creerse el pobre un ingenio incomprendido y encerrado, y era de ver su machacona persistencia por “colocar” lo escrito a cuantos se ponían al alcance de su voz.

—Pobre muchacho—dijo un facultativo—; la calentura le da por tejer estupideces.

—Si escapa de rabiar, de las manos del loquero no hay quien le libre.

—Declama hasta soñando.

—Y gesticula sin medida.

—Ayer—intervino uno de los ayudantes que creía dar con ello materia de estudio a sus maestros—me dijo, sin casi respirar, un romance chulón.

—¡Eso es grave!

—Y luego un casi soneto dedicado a la luna.

—¡Pobrecito!

—¡Lunático completamente!

—Eso creo yo....

—Y yo...

—Pero—atreviose a preguntar el que ayudaba— ¿no se le receta ninguna cosa?

—¿Para qué? Esperemos...

—Claro; esperemos—dijo otro.

Y un tercero sumose al parecer, diciendo así:

—Eso, lo mejor es esperar...

Retiráronse los facultativos.

El director del sanatorio fue rápido al libro de caja, y luego de leer una de sus anotaciones dijo con riente satisfacción:

—No va mal la cosa: este mes ganamos ya cerca de mil pesetas.

Ajeno por entero a la ganancia y desaprensión de los facultativos vivía Juanín; enfrascado en su arte cinema-teatral-poemático, mataba muchas horas sin recordar nada de su pasado, sin retener en las celdillas de su cerebro ni aun la figura de la amada; pero un atardecer, con un fárrago de papeles en la diestra, comenzó a gritar alcalázamoranamente:

—¡Ven a mí, Consuelo de mi sentir y de mi pensar! ¡Ven y oye las estrofas escritas en tu honor con sangre de mis venas!...

La alarma entre los ayudantes de la casa llegó hasta los médicos que, dejando una partida de ajedrez a medio concluir, presenciaron desde sitio invisible para el enfermo su exaltación amorosa.

—A tus pies, ¡oh, Chelo de mi corazón!—dijo Juan a tal punto—, pongo mis claveles de poeta; ellos te pertenecen por entero, pues que en ti pensé al escribir. Sin ti no habría poesía, como sombra no hay sin arbusto, cielo sin soles, ni civiles sin tricornio... Así, pues—los gritos eran cada momento más agrios y sonoros—, deja que mis composiciones poéticas caigan a tu paso y sean mullida alfombra de tus pies de almendra...

Los médicos, hombres de ciencia y, por tanto, secos de lirismo, tasaban estas naturales expansiones de un espíritu que sueña como síntomas de una locura progresiva con ripios incurables.

Y véase por dónde el infeliz mordido, que no estaba loco aunque los doctores lo sospecharan, era menos peligroso que el aguardentero Bernardo, ya que aquel solo construía versos, y este venenos endulzados.

¡Así es todo en la vida! ¡Apariencia! ¡Oh!...

Se persigue por inmoral a “la Chana”, pongo por “petenera” ambulante y aspirante, y se dan, en cambio, bombos en los periódicos y aun se publican los retratos de amigos novelistas que parecen haber nacido solamente para destrozar médulas y convertir en piltrafas con suspensos a los estudiantes del Instituto.

Y eso no está bien, aunque otra cosa piensen los editores que venden esos libros...

Claro, y el confesarlo es de justicia, que Juanín no era en lo físico un “Caballero Audaz” y en lo inteligente el conde de Almodóvar del Valle[47] ; pero tan buen mozo como Weyler y tan despierto como “Raffles”, eso sí que lo era.

—Su mamá—recuerda que dijo el jefe de acomodadores—, para desahuciarle del claustro materno hizo cosas terribles; hasta empleó el perejil, que es el veneno de los loros, y tomó agua de garbanzos, que es aún peor que los garbanzos en persona, y, sin embargo, nada pudo conseguir, y el nene nació...

¡Pobre, infeliz criatura, que llegó en el mixto y con merma!

De saber retórica, a buen seguro que hubiera exclamado, con Segismundo:

Qué delito cometí
contra vosotros naciendo?

o aquello otro, caso de tener nociones de Agrimensura:

Mi vida es un erial...

Pero el pobrecito ignoraba tantas cosas como cualquier ministro de los recientemente fabricados, y claro es que, aunque conocía de vista a D. Pedro Calderón de la Barca, como habitante de la plaza de Santa Ana, del Príncipe Alfonso o de los Pájaros, que de los tres modos se la conoce y dice, ignoraba su jerarquía literaria, y, por tanto, no podía citarle; con Bécquer le ocurría igual cosa, pues, sin saber por qué, al oír lo de las obscuras golondrinas le había dado la imagen un tipo que vendía, amaestraba o disecaba pájaros en bandada; esto es, al por mayor.

Pasaron más días, más semanas; iban corridos casi dos meses cuando, sin decidirse a rabiar, mordió y rugió como un poseso.

Los médicos acudieron aceleradamente ante la reja de la celda, espesa como un colador de café.

—Fíjense ustedes—dijo un doctor viejo y calvo, que lucía un blusón parecido a un salto de cama—. Ahora llora, luego hay consciencia de dolor.

—Ahora ríe—indicó otro—, luego hay manifestaciones encontradas.

—¡Y come!—dijeron, viendo cómo deglutía dos ensaimadas grasientas.

—¡¡Y bebe!!

En efecto, un cantarito, que en un rincón colocó no se sabe quién, acercole a su boca y hasta no dejarle vacío no le apartó de sus labios.

En honda cavilación quedaron los galenos, y despacito, preocupados, pletóricos de duda, alejáronse por bajo los árboles para converger en un cenador cubierto de jazmines y enredaderas.

¿Era rabia aquello?

—¡Esperemos!—dijo la ciencia de aquel terceto, que es, por lo general, lo que la ciencia dice cuando no puede decir otra cosa.

Al mozo encargado de la vigilancia le ordenaron:

—Coloque otra vez el cántaro con agua y el palanganero también... ¡Esperemos!

Y cuando el mozo se disponía a cumplimentar lo mandado, vio, enternecido, que el “feto", llorando y con los dedos en cruz, decía suplicante:

—Yo no estoy enfermo; yo no estoy rabioso, aunque sí estoy que rabio; yo soy una víctima del hado adverso; la desgracia es mi compañera... Yo, clemente criado, necesito salir de aquí. Yo te doy diez duros si me dejas escapar.

¿Soñaba lo que oía?

—¿Pero es verdá eso de los diez, digo, de que no está usté doliente?

—Por mi desventura te lo juro.

—Yo, por servirle y por simpatía, le traje, sin que los médicos lo supieran, cerveza, jamón, ensaimadas; pero...

—Con ellas trajiste mi desgracia, mozo.

—¿Yo?...

—Escucha. Ayer, como de ordinario, vino por tu conducto esa masa dulce y alimenticia que has nombrado.

—Sí.

—En un papel la trajiste; en un trozo de periódico llegó envuelta.

—¡Naturaca![48]

—Pues ese trozo ha destrozado mis ilusiones.

Y sacando del bolsillo interior del chaleco un pedacito de papel lleno de manchas, leyó con relativa calma:

—“Próximo enlace”—suspiró y tembló como árbol sacudido por la ventolina, como vela de frágil buque por impetuoso huracán, como un ciudadano cualquiera con poca ropa.

—Siga usté—dijo el oyente, intrigado.

—“Se anuncia para fines de este mes (¡y estamos a quince!) la boda de la bellísima señorita Consuelo Pérez, hija de nuestro muy querido amigo el dueño del famoso “Cinema de Atocha”, con el conocido industrial y fabricante de licores don Bernardo Sánchez y Gómez. Los novios están recibiendo muy valiosos regalos.”

Las últimas palabras brotaron de los labios del enfermo con abrasadores *jipíos* y saladas lágrimas.

—¿Ha oído usté?—dijo, transido, el enfermo—. Esa boda no puede celebrarse; esa mujer tiene mi corazón, y yo debo ir a pedírselo antes de que lo utilice como limpiabarros... Por culpa de ella, que ella me obligó a obedecer, mordióme el can; por su belleza me he sentido poeta, cosa que de verdad lo siento; por su recuerdo he compuesto un drama y he escrito un poema. ¿Usté cree que tras eso puedo encogerme de hombros?

—¿Y si ya no le quiere?—se atrevió a preguntar el criado.

—Que me lo diga cara a cara, y si me lo dice.... ¡oh, si me lo dice!

—¿La mataría?

—No; me mataría yo antes.

Después de la confesión quedó el pobre Juanín pensativo y preocupado.

También pensativo y caviloso alejose el enfermero.

Si los pájaros entendieran el lenguaje de los hombres, hubieran oído lo que en un quedo monólogo decía aquel servidor:

—¿Ha dicho diez duros? ¿Cincuenta pesetas? ¿Doscientos reales?

A medida que la numeración iba aumentando, la faz del hombre se alegraba más; y así, cuando llevaba unos cincuenta pasos de camino miró con recelo a todas partes, temeroso de que oyeran su pensamiento, y dijose, decidido y valeroso:

—Una puerta bien puede romperse con un barrote de cama...; un enfermo bien puede huir, sin compromiso para nadie, en la noche obscura...

Y el billete de cincuenta pesetas volvió a danzar ante sus ojos incitador y confortable.

Decididamente, lector comprensivo, pensarás a la par que yo en que esas estampitas que lanza el Banco son tarjetas de recomendación admirabilísimas.

Porque todo lo allanan.

Y porque abren muchas puertas.

¿Verdad?

CAPÍTULO VIII

BARCELONA A VISTA DE PÁJARO.—SINDICALISTA Y GALLEGO.—JUVENTUD, “CONVERSA” Y RONQUIDOS.—PEQUEÑA GUÍA DE FERROCARRILES.—UN MALLORQUÍN CON “PESTAÑA”.—COMPROMISO EN CASPE.

En torno de un velador pintado de almagre, que es bandeja de un frasco, varias copas y hasta ocho o diez pedazos de queso y otros tantos de longaniza, charla Teodoro; cuatro amigos de su misma pinta y parecida laña le oyen.

Un pianillo que en lo alto de un tinglado que la gente dice el “púlpito” martillea, obliga al electricista a levantar la voz.

Los que escuchan alargan el cuello, hacen orejas de sus manos y, sin respirar casi, atienden.

—Lo que sus digo y ná más—vocea Doro—: Madrí es Atenas, según decía un crupier muy ilustrao que conocí en la Barceloneta. Como Madrí na, ni el propio París...

—Pues a mí me han contao que en Barcelona—intervino uno de los oyentes—hay mucho y bueno de ver.

—¡Pa chasco! Aquello es grande, muy grande; pero... ¿cómo te diré yo? ¿Tú ves la plaza de España, tan anchota y tan destartalá? Pues una cosa así como la plaza es...; en Barcelona no busques la elegancia de la calle de Sevilla, pongo por caso; ni la simpatía de la Puerta del Sol, ni...

—¿Ni qué?

—Ni lo gracioso de nuestras mujeres.

—Eso no—atajole un chofer más corrido que un galgo—; las “donas”[49] son de mucho empaque y hermosura.

—Eso sí, son hermosas; más todavía: hermosotas, como las

carniceras de la calle de Toledo; pero ¿de dónde van a tener la salsa de nuestras modistillas?

—¡Visten bien!

—Demasiao. Seda raso, terciopelo a to meter; piedra a to brillar; cosa, en fin, que se vea, que llame la atención; pero el forro.... de percalina.

Sonrieron los que oían.

—¿Según eso, tú debes haber visto muchos forros...?

—Ni uno—respondió serio el del flexible—. Ya conocéis mi idea: me gustan más los bombones que las butifarras.

—¡A mí no!—dijo uno gordo y colorado.

—Natural; como que eres gallego.

La risa ahogó el martilleo del organillo, que tocaba entonces un cuplé en boga.

—Si lo de gallego lo has lanzao como insulto, te diré que gallego era Canalejas.[50]

—Y el cochero de mi casa.

—Como que los gallegos somos nacíos pa eso, pa guíar; ¿qué pasa?

—Pues pasa que no me has convencío ni pizca.

—Peor pa ti, que te crees inteligente porque bailas a zocas y dices piropos de a cinquito la colección.

De no intervenir los amigos, el diálogo hubiese terminado de mala manera; por eso el chófer, agarrándose al hilo de lo antes hablado, preguntó:

—¿Y de edificios qué? ¿Hay allí casas tan hermosas como en la corte?

—¡Quita! ¿Casas? Veréis.

Todos se agruparon.

—Pasa en Barcelona una cosa de mucho gracejo. Oír... Un tío con billetes se levanta de humor y grita de pronto: “¡A ver, un arquitezto!”,Y el arquitezto se presenta. “Usté dirá", le dice. “Pues digo que en este solar que acabo de comprarme quiero hacerme un palacio, pero que un palacio de lo mejor y más nuevo.” “Bien”, dice el gachó de los planos. “Sin escatimar numerario, ¿sabe?” A los pocos días, esto es más verdá que el sol alumbra, se presenta el señor arquitezto con un plano extra por tos estilos; extiende el hombre sus trabajos, que son como pa derritirse de gusto, y comienza a explicar las rayas, que son los muros y las paredes; los redondeles, que son escaleras, y lo demás... El gachó de los cuartos, inflao como un buñuelo, oye y sonríe. “Mire, señor—le dice el dibujante—, aquí van dos pisos amplios pa usté y su respetable familia; no falta na, hasta baño he puesto; aquí, en lo alto, las habitaciones pa la servidumbre, con terrao, torre y lavaderos; en los bajos, las cocheras, el garaje y una entrada en armonía con el palacio, que será de lo más elegante, serio y bonito de Barcelona.” “Y esto, ¿qué es?”—señala el tío que hasta un poco antes vendió tocino, o chocolate, o mantas de algodón. “Esto—le dice el otro—es un pedazo de jardín que entre la verja y el palacio he puesto, terminando así el conjunto.” Al oír aquello, tuerce el morro el tocinero; dice que todo está muy bien y en su punto; pero que lo del jardín hay que quitarlo, adelantar la fachada y poner, pa que renten, unas cuantas tiendas. Asombrao le oye el arquitecto. “Lo que dice *vosté*[51] pa los criados, póngalo también pa alquilar, y también un piso, que yo con el otro tengo bastante.” Y aquí tenéis los edificios de Barcelona, que naciendo para palacios suntuosos quedan pa casas de vecindá, generalmente feas y con tenderos.

—Es que el negocio es el negocio.

—Sí, el negocio es el negocio; pero lo de muy adentro.... “percalina”.

El gallego al oír la frase sonrió burlón y luego dijo:

—¿Y todo Barcelona es así?

—A mí me ha parecido que así es todo. Pa sostener dos céntimos de

luz (eso se ve en Gracia) se han gastado en hierros retorcidos una fortuna. Todo es grande, to es pesao, to es mazacote.

—Sin embargo, yo he oído decir que la calle de Fernando…

—¡Quita de ahí, paleto! Mucho cristal, mucha quincalla, mucha y muy fea iluminación… La calle esa se parece a uno de esos que vuelven de América y traen un reloj muy grande, una cadena muy grande, un alfilerazo, diez *dólars* por dije y cuarenta sortijas.

—¿Y el Paralelo?

—Dos filas de barracas de feria con mucha golfa en el interior.

—¿Muchas, muchas?

—Con decirte que por un par de reales te dan café, un rebaño de cupleteras y alguna que otra pa el parcheo.

El gallego, que no había olvidado la ofensa recibida, terció preguntador:

—¿Entonces no hay nada bueno en Barcelona?

—El mar; pero eso no es cosa de los catalanes; Dios se lo dejó hecho.

—Y los retretes, ¿también?

No entendió Teodoro la pregunta, y dijo:

—Como no aclares esa oscuridá…

—Digo que los cuartos esos, en contra de lo que aquí hacéis los castizos, no están en la cocina; es decir, no están cerca y junto a lo que hay que comer.

—¡Ah!

—Los… esos se colocan fuera de la fábrica de la alimentación, ¿no t'has fijao? Pero si hasta hay un verso que lo dice…

El pueblo castellano,

que es un pueblo marrano,
coloca la letrina
dentro de la cocina.

Aquel escape a la lírica desconcertó al del cortacircuitos.

—Pero ¿es que conoces Barcelona?

—Un rato: como dos años antes de planear tu cuerpo en las Ramblas.

—¿Y qué?

—Pues…; sin que te incomodes, que paece al oírte que has salió de allí con la lata al rabo…

Lívido quedó el preguntador, y el paisano de la Pardo Bazán tuvo que decirle:

—Parte de lo dicho está bien; pero en parte has exagerao. Yo no sé si has ido a la ciudad de las Ramblas en busca de trabajo o a lo que has ido; pero os aseguro a toos que si a eso hubiera marchao no hablaría como habla. Barcelona es como Galicia, trabajadora; quizás penséis que el trabajo es cosa de mulos; pero ¿qué vamos a hacerle? No sabemos hacer el vago más que a ratitos cortos. Tú—miró a Teodoro—has visto lo malo, lo podrido; algo de lo que hay en los puestos de libros viejos en Atarazanas: lo pornográfico; pero si te hubieras molestao, de seguro que hubieras visto otra cosa que hay en esos mismos puestos: ideas, ansias, bondades…

Como algunos no entendieran lo que el gallego explicaba, pidiose aclaración, y el hombre, que era bastante complaciente, continuó de este modo:

—Barcelona, que está más a la mano de Europa que este merendero de los Cuatro Caminos, tiene dos fisonomías, solo dos, y no digo tres porque los tenderos de la política dan asco y ya nadie les hace maldito el caso.

—Entonces lo del catalanismo…

—Mentira; cuestión de negocio, un espantapájaros más…. o si te

parece mejor, un mostrador más.

—¿Es que quieres negar que allí hay política?...

—Allí no hay política; allí no hay más que deseos de vivir bien. Los libros viejos de Atarazanas lo dicen bien claro.

—¿Y qué dicen los libros?

—En los puestos que antes he nombrado no hay más que dos clases de tomos, dos solamente, dos. Unos son alegres, cochinos, con mujeres en camisa y hombres besándolas; otros, severos con retratos de pensadores de barbas fuertes y mirares nobles. En esas dos clases de libros está el espíritu de Barcelona; en dos mitades está su gente.

Respiró el parlador.

—Una de ellas—dijo—es la que goza, la que gasta, la que disfruta y sabe buscarse en los cabarets distracción, carne de hembra y vino; esa es la clase que tiene queridas y derrocha los miles por exponerlas, mostrando así la firmeza de su negocio o el poder monetario de sus "papás"; la obra es la que sufre trabajando, la que come poco, la que, como no tiene bastante, compra libros serios y profundos en los que halla tanta verdá como injusticia, y que le enseñan a odiar y muchas veces a hacer bombas.

—Y a tirarlas...

—Claro. Después de hechas, ¿pa qué sirven?

La sonrisa que fue tras la pregunta inquietó a los oyentes. Uno, el chófer, habló en voz muy baja:

—Según esto, tú...

Altanero respondió el galo:

—¿Yo? ¿Te importa? ¿Sí? Pues oye... Salí de Barcelona pa no dar que hacer a la Policía...

—¿Por sindicao?

—Sabiendo, como sabes, que malvivo a fuerza de trabajar, huelga la interrogación. Si me hubieras mirao bien, hubieras visto que yo soy de los que compran esos libros que tienen un retrato de mirar fiero y barbas borrascosas.

Servido lo último del frasco, el grupo de amigos volvía a Madrid; pero al llegar junto a la estación del Metro, el gorjeo de unas chulas que llegaban alegró un poco las caras de los hombres.

Hubo piropos, hubo risas y volver de miradas.

—¡Yo me quedo!—dijo el del automóvil.

—Y yo contigo—añadió obro bastante enamoradizo y bailarín.

—Y como no hay dos sin tres...

Solos y callados volvían por el paseo de Santa Engracia Teodoro, y el gallego, que era de oficio ajustador mecánico.

El sol se hundía tras los pinares de El Pardo, y un poniente de sangre pintaba de oro hasta las altas cúpulas de las viejas iglesias.

***

Siempre el que vuelve de un viaje; obsérvalo, lector; dice de él aquello que más le conviene. Muchos se aburren; pero como al confesarlo creen ponerse en ridículo, relatan cosas fantásticas que allá, en su fuero interno, duelen tanto como el dinero gastado; otros, más "suficientes", sonríen, miran a los que oyen con misericordia y acaban por decir, esponjándose:

—¡El viajar ilustra! ¡Quien no viaja es tal que un preso con grilletes de ignorancia!

Claro es que muchos de los que viajan lo hacen con grilletes de hierro, pero lo callan; sería quitar belleza al viaje.

Algo de eso le pasó a Teodoro. Volvía de Barcelona con el gesto altanero de un buen viajante; pero la verdad es que de Barcelona, a la que odiaba, y ya se explicará el porqué, tuvo que huir, no ciertamente como huyó el mecánico, sino de más vergonzoso modo.

—¿Tan mal te ha ido?—preguntole alguien.

Fingidor, contestó el chulapo:

—¿Mal? No. Lo que pasa es que me tira tanto Madrí…

Nadie llegó a saber la verdad de su vuelta, el porqué de tornar solo, y menos aún las razones de mostrarse con la ropa sucia y rota, cuando dos meses antes salió vestido de nuevo y en un vagón de segunda clase; pero como la misión del novelista es la de averiguar el "porqué" de cuanto hacen, piensan y sienten sus personajes, lo dirá sin demora y con claridad meridiana.

Como no era cosa de mostrarse ante los ojos de su loca amante tal que un Candelas de nuevo cuño, díjole con bastante emoción:

—¡Mira, chacha, cuánto dinero traigo…!

Asombrose ella, y el muy ladrón, con facilidad de palabra digna de cualquiera de nuestros más ilustres parlamentarios, satisfizo la curiosidad de la moza que, sin decirlo, ya veía alguaciles, papel sellado y la entrada de la Cárcel Modelo.

—Esto no es más que el producto de mis ahorros y el importe de dos facturas que me adeudaba un parroquiano de Carabanchel.

Creyó Julia la "trola", dijo la conveniencia de dejar Madrid por una temporada, ya que el esposo ofendido podía molestarles, y ella, que como mujer de carne temblaba ante la idea de ser herida, avínose a lo que el chulo tramó, y… para Barcelona salieron.

—Si aquello nos gusta—la dijo—, pues allá nos quedamos, y si no, pues quiere decirse que a Madrí otra vez.

El plan no podía ser más sencillo: gozarla en grande, vivir hasta que la última peseta feneciese, y luego…

Chulo desde antes de nacer su abuelo que ya vivió de lo que sudaban su mujer y seis hijas, llevaba Teodoro la idea de hacer trabajar a Julia en su oficio, y si era necesario y llegaba a convencerla, en algo que, aun siendo contrario a las buenas costumbres, produce bastante, siempre que la que lo ejercite sea

joven, guapa y complaciente; pero ocurre a veces, y perdón por este nuevo escape al símil, que un granito, que hasta suele favorecer un rostro, es principio de un final mal oliente, y que sobre una ligera casualidad crece la dicha y aun la fortuna más considerable.

A los proyectos de Teodoro, valga el concepto, saliéronles un grano en forma de negociante mallorquín. El tal grano, que antes de llegar a Torrejón había ofrecido generosamente su merienda a los tíos tórtolos, y poco después de Humanes su almohada a la joven, era más tipo que el electricista, más guapo, más fuerte, y si no tan graciosamente chulapón, más serio y con cara de mejor persona.

Después de comer con ansia, cosa observada con disgusto por el negociante, y de beber sin medida, sed que repugnó a Julia, durmiose el chulo a poco de cruzar por Sigüenza.

Despiertos y frente a frente quedaron, pues, el balear y la peinadora.

Quiso ésta despertar a quien roncaba como un perro con el moquillo; pero Pepe, así se llamaba el despierto, negose.

—¿Para qué? Déjele dormir... ¡Es mejor!

Tras aquello, dicho con cierto aire de autoridad, habló:

—Usté me dispensará—dijo—; pero... ¡soy de lo más curioso...!

—¿Curioso?

—Sí, porque yo quisiera saber...

—Pregunte...

—Ese.... y perdone.... ¿es, por una casualidad su criado de confianza?

Dijo ella, tartamudeando, que era su esposo; y él, con una gentileza digna de un abate, replicole:

—¡Qué lástima! Merecía usté otra cosa mejor; vale usté como cien mil veces más que toda su casta.

A partir de la galantería el diálogo hízose más animado, y ella, que comenzó teniendo sueño, despabilose tanto que parecía dispuesta a no dormir en toda la noche.

Pepe, que a cada instante descubría en su compañera de viaje más belleza y en su charla más atractivo, miraba con odio homicida a quien, pasando por Calatayud, no se dignó ni preguntar por la Dolores.

La ex amante del barbero de Daroca dio ocasión al mallorquín para defender la supremacía del amor sobre las otras cosas de la vida y sostener que si el aire y el sol no tienen dueño y se dan generosos, el querer debiera darse sin distingos, prejuicios ni trabas...

—Por ejemplo—dijo dando el do de pecho—, ese que duerme y que dice usté que es su marido, ¿qué respeto merece si, dejándola cara a un desconocido, dice por descontao que nada le importa?

Calló la joven.

—Si yo tuviera la suerte detener a mi vera una mujer de su valía, ¿de dónde roncar? Como los mastines de ganao me estaría de despierto.

—¿Lo de ganao no es ofensivo?—preguntó ella chulapona y complacidísima.

—Según; pa él sí, que de compararle le compararía a un tocino; pa usté no, que es tal que una blanca cordera.

Tras lo de cordera fue un tropezón de rodillas, y tras el tropezón un aprisionamiento de manos.

—¡Por Dios!—suspiró Julia—. ¡Que puede despertarse!

Aquel *puede* dijo al galanteador que podía adentrarse sin miedo en sus investigaciones, ya que Julia no deseaba que despertase Teodoro.

Comenzaba a amanecer, Un cura subió en un apeadero cercano a Zaragoza, y desde aquel instante las intenciones de Pepe quedaron frustadas; pero así como hay un San Ginés que protege a los

cómicos y un San Cristóbal a los mozos de equipaje, hay también una María Magdalena que, en recuerdo de amor, y puede que por ex compañerismo, protege a las que se hallan en peligro de pecar. Sólo así puede explicarse el que el cura, representante de la moral católica, durmiera como por hipnotización e hiciese dúo de ronquidos al electricista.

Alegrose Pepe de ello, y estamos por decir que también Julia.

—Yo—dijo él—soy un hombre y no un mono. Usté, que es bonita y tiene ojos de sufrir mucho, no puede creer que sea un tío de los muchos tíos que hacen el amor más o menos aprisa y según los kilómetros a recorrer. Yo—aquí enlazó su brazo al talle de la moza—solo la diré esto...

Con curiosidad levantó ella la cabeza.

—Que si la conozco antes de haberse comprometido con ese.... usté es pa mí como los cañamones son pa los jilgueros.

Después de aquello y de decir que era solterito y deseoso de toparse con una mujer buena y hacendosa, ella destapose y dejó un poco al descubierto la verdad.

—¡No somos casados!—fue la confesión primera—. ¡Vivimos juntos hace muy poco!...—suspiró luego.

Después, y sin mentar para nada su huida del hogar consagrado y pagado por Ramiro, habló de lo enigmática de aquella excursión, de su recelo respecto a la manera de conducirse Teodoro, al que en dos meses había descubierto un irresistible miedo al trabajo.

—Pero ¿por qué van y a qué van ustedes a Barcelona?

—Pues...—a punto estuvo de decir que por huir de su esposo; pero encogiéndose de hombros, dijo—: No lo sé; dice que a trabajar...

—El no, porque es un vago; ¿usted?

—Yo tengo un oficio: soy peinadora...

—Él, ¿qué es?

—Electricista.

—¿Y no trae idea de meterse en cualquier fábrica en cualquier sitio?...

—No sé...; ya veremos...

—Pienso—dijo Pepe mirándola con seriedad—que el encuentro con mi persona la va a servir a usté de mucho y bueno.

—¿Sí?—preguntó ella con una mijita de burla.

Muy serio, añadió él:

—¡Sí! Por lo pronto, ¿quiere usted decirme a qué fonda, hospedería o posada van?

—No lo sé.

—Entonces.... ¿se fía usté de mí?

—¡Hombre!

—Con franqueza.

—Sí, me fío.

—Hace usté bien, Julia; yo soy de fiar. Por lo pronto vendrán ustedes a la misma fonda que yo.

—¿Y si él dice...?

—El convencerle es de mi cuenta.

La mirada firme del balear se clavó en la tímida de la madrileña.

—Usté—continuó el hombre, decidido a expresar su más íntimo pensamiento—ha de darme palabra de una cosa.

—¿Qué cosa es ésa?

—Muy sencilla; decirme, pues nos veremos a diario, y yo haré por que nos separemos lo menos posible, lo que él la vaya

proponiendo...

—¡Me alarma usté!

No hizo caso de aquella exclamación, e interrogando más, dijo:

—Ese sujeto, ojalá me equivoque, la trae a usté engañada...

Sonrió Julia.

—¡Que siempre, para enamorar a una, tengan ustedes que desacreditar al contrario!

Altanero, pero con voz queda, dijo Pepe:

—No, yo no desacredito, y para conquistarla, el chulo ese no me estorba... Yo—aquí puso bastante fuego—estoy deseoso de su cariño.

Instintivamente separose ella.

—¡Qué bobada! ¿Cree usté que en pleno día y con toda la gente despierta menos él, iba a forzar su voluntá? No; yo la conquistaré, pero poquito a poco.

—¡Mucho se promete el galán!

—¡Su hermosura!...

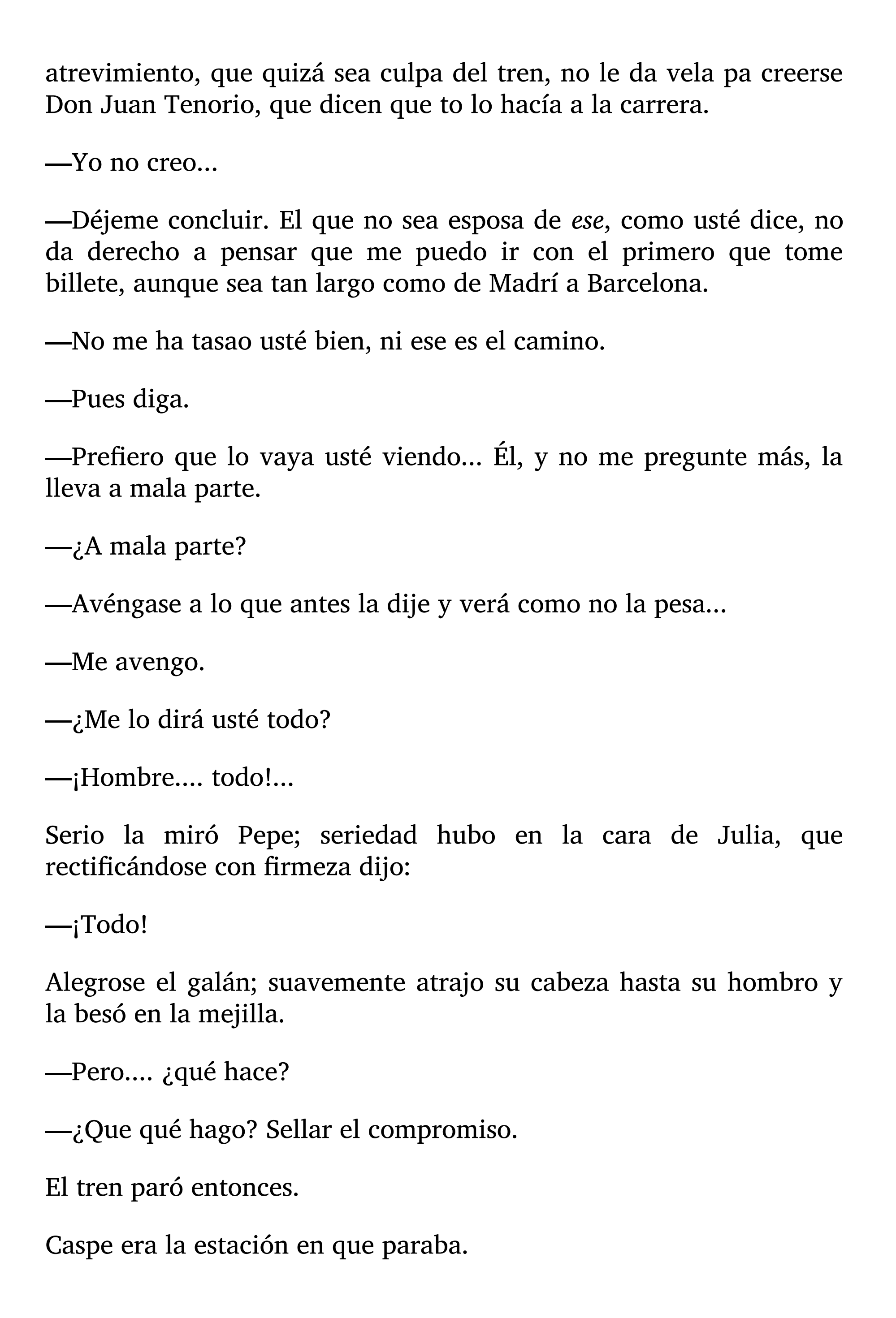
Quedó roto el diálogo por haber descendido el sacerdote en Puebla de Híjar y haber despertado Teodoro, que a poco fue en busca del lavabo.

—Quedamos, pues—susurró el de Mallorca—, en que me dejará vivir a su lado...

—Si usté se empeña...

—Y enamorarla una pizquita.

—Mire usté—dijo la peinadora con aquella decisión muy de su barrio—: el negar que es usté simpático y fino, el decir que se ha portao casi casi como un caballero, pues no ha pasao de algún



atrevimiento, que quizá sea culpa del tren, no le da vela pa creerse Don Juan Tenorio, que dicen que to lo hacía a la carrera.

—Yo no creo...

—Déjeme concluir. El que no sea esposa de *ese*, como usté dice, no da derecho a pensar que me puedo ir con el primero que tome billete, aunque sea tan largo como de Madrí a Barcelona.

—No me ha tasao usté bien, ni ese es el camino.

—Pues diga.

—Prefiero que lo vaya usté viendo... Él, y no me pregunte más, la lleva a mala parte.

—¿A mala parte?

—Avéngase a lo que antes la dije y verá como no la pesa...

—Me avengo.

—¿Me lo dirá usté todo?

—¡Hombre.... todo!...

Serio la miró Pepe; seriedad hubo en la cara de Julia, que rectificándose con firmeza dijo:

—¡Todo!

Alegrose el galán; suavemente atrajo su cabeza hasta su hombro y la besó en la mejilla.

—Pero.... ¿qué hace?

—¿Que qué hago? Sellar el compromiso.

El tren paró entonces.

Caspe era la estación en que paraba.

CAPÍTULO IX

MUESTRARIO DE VICIO.—EL CANTAR DE LAS PERDIDAS.—UN ELECTRICISTA QUE BUSCA "LUZ".—UNA CUENTA, UNA FUGA Y UN VIAJE EN MIXTO.

De las dos caras, como Jano, que tiene Barcelona, solo la alegre vio Julia; la otra, la del trabajo que fatiga y amustia, no quiso Teodoro mostrársela, pues, supremo vago, huía de todo aquello que no fuese diversión y fiesta.

Pocos días llevaba en la capital; pero ya conocía, como si viviese dentro de sus muros varios años, los recovecos de esa calle tan madrileña que del Conde del Asalto se llama. En los bailes sentó plaza de buen bailarín, y en los cafés de camareras, mostrándose generoso, iba siendo ya de los "estimados" y "atendidos".

Las "papillonas";[52] molestos zánganos con faldas más que mariposas de pintado color, engatusando a los hombres para que jueguen y beban de todos los licores que la química catalana sabe fabricar, desde el Chartreux frailuno a una cosa que Atlándida dicen, quién sabe por qué, y sirve para emborracharse con dulzura; le intrigaron.

—En esto—dijo mirando a las tragacopas y engañabobos, que del mostrador cobran un tanto por ciento de lo que hacen gastar a la gente—podía colocarla.

Cuando supo que alguna, sin la adición de las labores propias de su sexo, sacaba tres o cuatro duros diarios, entusiasmose con la idea; pero esta tuvo que ser desechada una noche que, so pretexto de ver el espectáculo de varietés, advirtió que Julia, a la segunda copita de anís, quejábase de dolor de estómago y fuertes mareos.

—A la fuerza—dijo—estas tiotas tienen en el interior un depósito de cinc. ¡Qué asco!

Otra noche, tras haber paseado por el muelle, *expoliarium* donde la miseria y el delito cuchichean en todos los idiomas, fueron por

calles estrechas y largas, llenas de prostitutas de tan diverso tipo como indumento.

Aquí, junto a la puerta de un bar-taberna, una italiana de crenchas negras y ojos de laurel, entonaba, entre dientes, dulzonas y somnolientas canciones de mar; dos pasos más allá, mostrando sus ojos azules y su boca rosada de labios gruesos, una portuguesa cantaba como la otra, pero era su cantar triste y añorante.

—¡Qué murga que dan estas “chais”![53] —dijo, chulapón, el electricista.

Nada contestó Julia, que no acertando la razón de aquel paseo, esperaba, recelosa, a saberlo, ya que el traerla y llevarla de aquí para allá, puede que como muestrario, la tenía en ascuas.

—Ahora—ordenó él—vamos por otra parte.

Julia encogiose de hombros.

Por las ramblas fueron; los armazones de las floristas, aquellos tinglados de hierros vestidos durante la mañana de rosas, claveles y violetas, eran en la noche esqueletos negruzcos de siniestra traza.

En el escaparate de un peinador de señoras, que ocupaba cinco balcones de un entresuelo iluminado con candelabros obscuros, muy semejantes a los que se llevan a los cementerios por los Santos, era una muñeca de cera, pieza de disección de una mujer rubia con los ojos vidriosos y las mejillas decoloradas.

—Pero ¿eso qué es?—interrogó la moza bastante sorprendida.

—No tié pérdida: un taller de los de tu oficio.

—¿Un salón de peinar eso? Pues, hijo, dispensa; pero me pareció así, al pronto, el anuncio de una funeraria con su pedazo de cadáver y todo.

—Es que aquí lo es muy serio.

—Di muy catafalco.

Rieron.

—¡Pues ahora verás!—dijo él.

En una plaza con soportales entraron; un jardincito con verdores lacios y palmeras tristes; que para adorno funerario debieran emplearse, ya que dan la sensación, de monotonía, de sed, de cosa aislada y muerta; varios faroles negros con caperuzas mate y adornos serpentinos de igual tono semejaban hachones en torno de un túmulo.

Pocos eran los paseantes de aquella plaza, que tenía un café sórdido, un guardia de despacioso andar, una vendedora de periódicos que voceaba quejumbrosa y una buscona de tipo francés, fumadora de minúsculos cigarrillos, cuya lumbre brillaba y hacía brillar toda una cantera de piedra falsa amontonada sobre sus dedos largos.

Aquella mujer con tipo de niña, ojos de abismo y pelo estoposo, canturreaba una composición liviana y canallesca.

—Cómo se conoce el aburrimiento—dijo la moza, que quería alejarse de la plaza fúnebre.

—¿El aburrimiento? ¿De qué?

—Toma, ¿no la oyes cantar como las otras de hace un rato?

—¡Ah, sí! Claro que cantan, pero no porque se aburran; es que su vida es así, alegre.... despreocupada...

—Pero ¿qué dices?

—Lo que es, nena. ¿Has visto nada mejor que la vida de las cocotas?[54] No trabajan, no tienen quien las mande; gozan, ríen; lucen y son deseadas...

Nada contestó Julia, que recordando las palabras del mallorquín púsose en guardia.

—Tú—dijo Teodoro—, no puedes hacer lo que ellas hacen.

—¡Felizmente!

—Según; si llamas felicidad a vivir de tu trabajo; a aguantar a las señoras y aun a estas, que son menos guapas que tú y valen lo que la chancla que tú te pones al levantarte, puede...; pero yo no creo que sea una feliz viviendo de un jornal que solo tié como resultao un coci sin gallina ni jamón, trajes sin sedas y zapatos de tafilete de badana...

Esperaba él a que ella refutase o asintiese; pero como no lo hizo, continuó:

—La vida, créeme a mí, es un soplo, o como dijo... no sé quién, un fandango... ¿Merecen los cuatro días que uno va a vivir el sufrimiento de estirarse de una oreja pa no llegarse a la otra? ¿Merece, pongo por comparanza,[55] el que una mujer como tú, es un decir, vaya con lanilla de a dos cuartos el metro cuando otras menos simpáticas, menos bonitas y sobre to menos jóvenes, se rebozan con pieles y cachemires, y tienen toas las joyas y toas las comodidades del orbe?... ¡No! Si el mundo es una colmena, al decir de un amigo mío que es cerero, y lo mismo viven los que trabajan como los que disfrutan viendo trabajar, es tonto, y aquí sí que no hay discusión, tomar el papel de muía[56] en lugar de ir amontao como los propios canónigos de nuestra santa madre...

Cuando esto decía, un auto, iluminado interiormente, guateado todo de una seda malva y estudio de una figura femenina, paró ante la puerta de un restaurante.

—¿Ves?—preguntó Teodoro—. ¿Te enteras? ¿Qué vale esa más que tú? Ni un milímetro, y si es caso tu cuerpo puede darle algo de lo que el suyo no tiene: ángel, salud y como seis dedos más de talla...

De no dominarse, allí mismo, a la puerta del lujoso restaurante que colgados tenía en sus vidrieras finos estores, puede que hubiera soltado la lengua y aun puesto la mano sobre la cara del chulapón.

Con asco miró a otra parte.

—¿Y por este desperdicio—dijo—he dejao yo la paz de mi casa...?

Al preguntárselo sintió que los ojos se le humedecían, que un calofrío azotaba su cuerpo y que sus uñas martirizaban su carne.

Nada de ello fue advertido por Doro[57] , que, avaro, miraba a la gente que iba entrando al establecimiento.

—¡Mi madre!—exclamó con chulona voz—. ¡Vaya una piel que se trae esa sanguijuela teñida de azafrán!

Una joven esbelta, de dorado pelo y ojos grandes, bajaba a tal punto de una berlina arrastrada por un hermoso tronco de jacas negras.

—¿Qué habrá aquí?—preguntose.

Un lacayo, que resultó ser del barrio de Argüelles, le dijo que aquello era una especie de teatro al que acudía la gente de dinero.

—Tal que teatro, propiamente hablando, no lo es—dijo nuestro personaje—. Se trata de un *restaurant*, y mientras la gente cena, ve números de baile y de cante, y luego el baile es entre las mesas, y luego la gente se desparrama por toos los sitios, que eso es como un trasatlántico, y se juega y se charla, y de paso se combalachea[58] en joyas, en fincas o en mujeres...

Pidió Teodoro más detalles; acercose Julia a oír aquello, que era nuevo para su vida de barrio, más pueblo que ciudad, y el criadito matritense habló así:

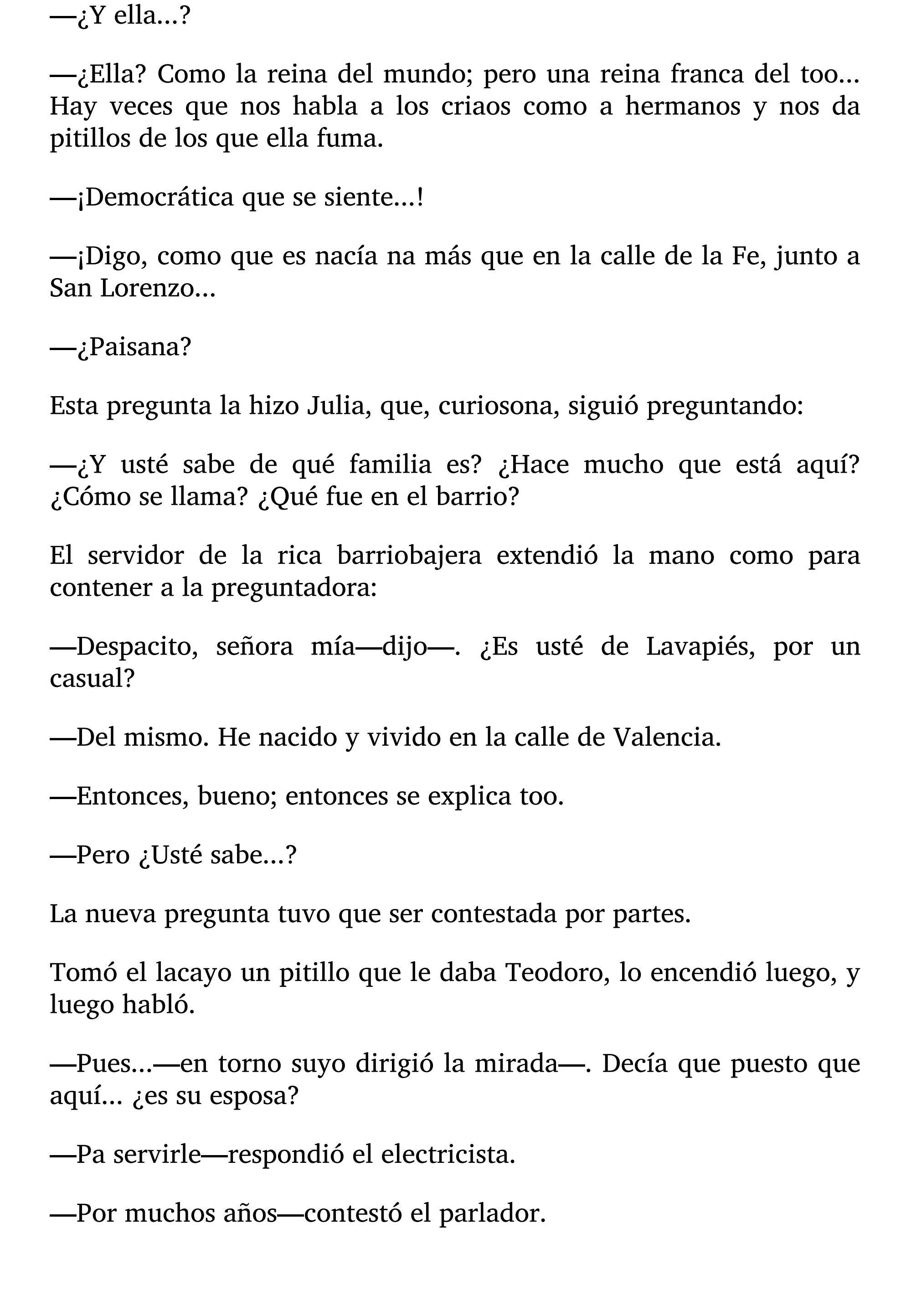
—Esto es lo más elegante y rico de la población; ahora que la gente de bien no viene por las noches...

—Entonces todas esas...

—Amigas y protegidas de los señores; mi ama, que es esa de la piel que ha bajao hace un minuto, es la de un tal Recaséns, al que también dicen “el Pringoso”, porque es millonario en eso de las grasas y los aceites. En Hospitalet tiene una fábrica de lubrificantes que pué que tenga, sin exagerar, más de ochocientos trabajadores.

—¡Vaya talega!

—Eso no es ná; que tié otra en Bilbao, y no sé si parte en obras de



Inglaterra y Nueva York...

—¿Y ella...?

—¿Ella? Como la reina del mundo; pero una reina franca del too... Hay veces que nos habla a los criaos como a hermanos y nos da pitillos de los que ella fuma.

—¡Democrática que se siente...!

—¡Digo, como que es nacía na más que en la calle de la Fe, junto a San Lorenzo...

—¿Paisana?

Esta pregunta la hizo Julia, que, curiosona, siguió preguntando:

—¿Y usté sabe de qué familia es? ¿Hace mucho que está aquí? ¿Cómo se llama? ¿Qué fue en el barrio?

El servidor de la rica barriobajera extendió la mano como para contener a la preguntadora:

—Despacito, señora mía—dijo—. ¿Es usté de Lavapiés, por un casual?

—Del mismo. He nacido y vivido en la calle de Valencia.

—Entonces, bueno; entonces se explica too.

—Pero ¿Usté sabe...?

La nueva pregunta tuvo que ser contestada por partes.

Tomó el lacayo un pitillo que le daba Teodoro, lo encendió luego, y luego habló.

—Pues...—en torno suyo dirigió la mirada—. Decía que puesto que aquí... ¿es su esposa?

—Pa servirle—respondió el electricista.

—Por muchos años—contestó el parlador.

—Puesto que aquí tié curiosidá, y yo no me perjudico ni perjudico al ama, ya que el perjuicio podría llegar porque sus padres se enterasen, y los padres viven aquí con ella...

—¡Comprensión y armonía!—dijo Doro.

—Y buen sentío—añadió el de la librea—. Pues resultando que por lo dicho puedo decir alguna cosa, diré que mi señora, que se llama Eva y fue ribeteadora en la calle de la Encomienda, según me ha dicho su padre, con el que alterno, y sabe, pues no lo ha olvidado, poner tacones y hacer zapatos, tiene unos treinta junios, y me creo que, multiplicaos por mil, otros tantos amadeos.

Deslumbrados quedaron los oyentes; encendió el del sombrero con escarapela el cigarro, que por hablar dejó apagarse, y así terminó:

—Esa es mi ama: una madrileña verdá; y conste que aquí lo madrileño es lo que se cotiza...

—¿Y las catalanistas?...

—Eso es pa lo exterior; pa lo íntimo se busca la seda, y nuestras paisanas son tal que torzal de lo más bueno... ¿Es así, amigo? A usté no la pregunto, señora, porque hacerlo sería nombrarla juez y parte.

—¿Y dice usté que aquí es Madrí quien manda?

—Natural, aunque eso no sea decir que aquí no haya género de esa clase; pero no gusta tanto. Las catalanas pesan mucho y son un poco lija... Es corriente ver que los señores, en público, beben champán de lo de casa; pero en la casa piden de lo de fuera; es más fino...

—Eso es hipocresía patriótica.

—No; necesidá de estar a bien con toos...

Después de aquello despidiose el lacayo, y Julia y su querido siguieron camino del Paralelo, adonde les esperaba, por indicación de Teodoro, el negociante mallorquín, y donde se vende en plena calle, voceándola, la lista de las golfas, con domicilio, hora y precio de... consulta.

Enfrascado en sus cálculos y pensamientos, caminaron sin cruzar palabra; de pronto él dijo:

—¿Ves lo que te decía antes? Una ribeteadora; un padre remendón…

—Ya, ya he oído y hasta creo que los conozco. ¡Si la viera otra vez!…

—¿Dices que la conoces?

—Creo que sí, y hasta me pienso que hemos ido juntas a la doctrina…

—Pues hay que enterarse; a lo mejor puede venir por ese lao la de ganar…

—Sí que iba bien.

—Como una princesa de la sangre… ¡Mujeres así con cerebro y sentido hacen falta!…

No dijo a quién hacían falta; pero desde luego es cosa de presumírselo.

Iba acercándose al sitio de la cita, y otra vez, tras otro silencio, habló la peinadora.

—Si fuese la que me pienso—dijo—, me presentaba, me ofrecía de peinadora y…

El zumbido de un auto evitó el que Julia oyera el decir de su acompañante, que fue así:

—¡Pa eso no!…

Ya estaban en la ancha vía. Las luces de los cafés, los focos que alumbraban las puertas de los teatros, cines y *music-hall*, doraban la negrura de las aceras ya de círculos movibles, ya de rayas temblonas…

Frente a la puerta de un gran barracón, que en letras grandes y

obscuras decía “Folies Bergéres”, paráronse.

—¿Es aquí donde vamos a entrar?—preguntó fingiendo ignorancia la moza.

—Sí; aquí nos espera.

La familiaridad, gracias a la esplendidez del negociante, se hizo patente entre los dos hombres.

—Entonces—dijo como sacrificándose a una cosa… muy de su gusto —saca los billetes.

—Espera, que pué que él los haya sacao… Veremos al de la puerta.

En efecto; el acomodador les indicó una escalera, les dió el número de un palco y a él fueron en el instante mismo que una camarera gruesa, morena y con ojos carbonarios servía al paisano de Raimundo Lulio[59] un vaso de café.

Como no era costumbre ver en los palcos del teatrucho a mujeres decentes, la presencia de Julia vestida sin adornos llamativos, atrajo la atención de algunos hombres que estaban en el patio de butacas y en los anfiteatros.

Unos viejos que se dejaban acompañar por dos artistas, miraron a la madrileña con ojos golosos.

—¿Quién es?—interrogó uno a la que tenía más cerca.

—No la conozco; debe ser nueva en el mercao.

La obra no sacó de dudas al preguntador; pero añadió a lo dicho por su compañera:

—No parece de la cuerda; tiene tipo de mujer honrá.

Ofuscada por la luz, tardó un poco la peinadora en darse cuenta del espectáculo y de los espectadores.

Era aquel un continuo desfile de mujeres de todas las edades, desde la impúbera y fea, que salía a maullar una canción idiota medio

vestida con percalinas satinadas y medias de algodón, hasta la vieja bailaora de “tablao”, que ponía la cara en tensión violenta para así disimular las bolsas de su papada, columna a la que se arrollaban un sinfín de collares.

La presencia en el tabladillo de una joven flaca, vestida de soldado, saludada fue con un coro de risas que la interfecta repelió con gestos canallescos. El cuplé que salía de sus labios era una de esas letrillas carreteriles que, sin sentido ni sintáxis, valen solo para que una golfante diga cosas de putañería, mueva el vientre y señale con los dedos lugares bastante sucios y pecaminosos.

...Yo la enseño a mi nodriza
la instrucción,

cantaba *aquella* con traje de soldado,

y ella sabe muchas cosas,
¡sí, señor!
Ayer la dije: «¡Presenten!»
Y el pecho me presentó.
«¡Apunten! ¡Fuego!» Y la socia
manejó el descargador.

Cuando esto decía llevaba la muy cerda sus dedos, largos como lápices, al sitio en que acababan los botones de su guerrera.

La gente, al ver aquello, coceaba, relinchaba, pedía a gritos algo que vino luego, tras oír:

Y al toque marcial
del marcial tambor
comenzó un meneo
que ¡válgame Dios!

Y Dios consintió que la artista, poniendo los ojos en blanco, mordiese con saña el dedo índice de su mano izquierda, y sujetando con la derecha el bajo vientre, moviera este de tal forma que a los jovencitos extasiara y a los viejos pusiera en trance de ensuciar los pensamientos que bajo los pelos blancos bullían saltarines.

De un palco salió el chasquido de un beso; de otro un ¡ay! reído, y de tras una cortina echada, suspirares que decían algo muy de otro lugar más muelle e íntimo.

—¿Qué asco de mujer!—dijo Julia.

—Pues gana más que con un oficio—exclamó Teodoro.

Y Pepe, ante aquella salida, cerró la boca, encogiose de hombros y miró significativamente a la muchacha.

Una húngara salió después, una francesa luego, y sin parar, como si en fila esperasen y obedeciesen a un resorte, una gaditana, otra disfrazada de holandesa y dos con vestidos cortos que comenzaron a prostituir una de esas canciones que en corro cantan las niñas más pequeñas.

—Y estas mujeres, ¿de qué viven? Porque lo que aquí cobren será tan poco...

El mallorquín iba a contestar a la pregunta, cuando Teodoro, adelantándose, dijo:

—¿De qué van a vivir? De lo que buenamente sacan a unos y a otros.

—¿De manera que estas no son ni más ni menos que lo mismito que las que salen a la calle?

—Hay diferencia—creyó prudente decir el de la electricidad—: aquéllas son públicas y estas son... artistas.

—Pero que se van con el que paga, ¿no?

El balear dijo que sí con la cabeza.

—Pues no comprendo...

—¿El qué no comprendes?

—El que haya mujeres que pasen de unos brazos a otros y digan igual al de este que al de aquel lao, y sobre to, que por dinero, solo

por dinero, se den a un cualquiera.

El silencio fue como de plomo.

La presencia tras las candilejas de una gorda mujer volvió a excitar a los mirones.

Aquella hembra, semejante a globo sonrosado, hizo que uno de sus pechos saliera del corpiño, e indiferente al escape graso, siguió entonando un cuplé que hablaba de zagalas y de flores con igual inocencia que si dijese una Salve o el *dominus vobiscum* de la letanía católica.

Después de aquello, cantó, cosa extraña, pues ninguna repelía, el cuplé de moda, que era entonces uno que finaliza preguntando:

¿Niño, de qué te la das?

Tan descarada y cínica se sintió aquella mujer "empitonando" a un pobre muchacho con cara de demandadero monjil sentado en primera fila, que este se puso en pie como para marcharse.

A tal punto, ella, toda gozosa, le dijo, acoplando su deseo al verso:

Espera que ya te irás,
antes tienes que decirme
¿niño, de qué te la das?

Y el joven, tímido, con voz temblona y gesto de doctrino, la contestó:

—¡¡De permanganato!!

El escándalo fue desconcertante; ella, corrida, escapó por la primera caja, y él, gozoso, ya no parecía tan atontado como al principio, vio premiado su ingenio por una ovación cerrada.

Teodoro reía, y Pepe, iracundo, le miró con asco.

—¡No puedo más!—dijo entonces Julia poniéndose en pie—. ¡Vamos!

Disgustado levantose Doro y satisfecho el isleño.

—Si sé esto—dijo el chulo con ira mal encubierta—no te traigo... ¿Pues qué te habías figurao, que venías a las cuarenta horas?

Como nada le contestara, añadió grosero:

—Nos asustamos de esto, y luego en lo íntimo somos peor que...

No le dejó acabar la moza:

—¿Qué dices tú ahí? ¿Es que te agrada mirar esas guarradas?

—No es eso; es...

—Es que tú no eres lo que parecías. El que una mujer por amor o por ceguera se dé no es pa decir lo que has dicho. A un hombre, bueno; pero a tantos, no. Esa es la diferencia de la mujer y la perra... ¿Pues y hacer en público lo que hacen? Era lo que me quedaba por oírte... ¡No creí que fueses de esa conformidá!

Y la joven lloró, más que iracunda, apenada. El deseo del chulapón llevándola allí donde hubiera vicio, cánticos y riqueza resultaba elocuente.

—¿Qué se habrá figurao?—musitó cerca del balear, que no la perdía ojo—. Yo, a pesar de todo, soy una mujer decente... ¡Madre mía y qué desengaño más grande!

Así llegaron a la fonda, que estaba junto al puerto y era hostal de emigrantes.

Despidiose Pepe de la pareja, no sin antes decirle a ella que deseaba hablarla al siguiente día.

En la alcoba afeó Teodoro el modo de proceder de Julia, asegurando que le había puesto en ridículo; dijo luego de la necesidad de buscar ocupación, ya que el dinero escaseaba, y sin velos ni tapujos vino a ordenar su ingreso de camarera—ya lo tenía él medio arreglado—en un café que cerca de la calle de San Pablo cerraba sus puertas de cristales con cortinillas de tela rosa.

Como nada contestó la lloradora, él se incomodó y en poco estuvo que no la pegara.

Pasado aquello, acostáronse.

Lo que ocurrió al día siguiente puede decirse en muy pocas palabras.

Aprovechando la ausencia del chulón, que dijo ir a ultimar el contrato, Julia y Pepe se vieron y concertaron lo que era de esperar.

—Si quieres le aguardamos para decirle...

—No; mejor es marcharnos.

—Yo no temo nada—dijo él.

—Ni yo; pero es mejor así...

Cuando vino el entendido en cortacircuitos, plomos y dinamos al cuarto de la fonda, vio, más frío que un sorbete, su ropa sobre la cama y junto a la ropa una esquela que así decía: “Adiós: Como no quiero ser lo que quieres que sea, por eso me marcho. Paga la fonda.—J."

¿Cómo pagar si no tenía dinero?

Se confesó con el dueño, que no quiso absolverle, y a manos de la Policía fue.

Después, por indocumentado y sospechoso, vivió en la Modelo, y al fin, gracias a que un vigilante que le conocía desvirtuó la sospecha de que fuese otra cosa que un vago con etiqueta de electricista, le enviaron a Madrid en mixto, para que, con la frescura que ya conocemos, contara lo que contó en los Cuatro Caminos, frente a un frasco de Valdepeñas y un poco de queso en aceite.

Y es que el viajar exalta tanto la fantasía, que ¡oh...!

CAPÍTULO X

“LA PEÓN” MUERDE Y TEODORO VA EN AUTO.—A LOS PIES DE LA VIRGEN DE LA ALMUDENA.—UNA CARTA AMOROSA, UN CHURRERO SALVAJE Y UN GUARDIA “PESAO”.—EN BUSCA DEL COLABORADOR.

Así como baza mayor quita menor y el pez gordo al chico se come, la noticia dando cuenta de la *Huída de un rabioso* fue tragada por oirás tan importantes como las elecciones de diputados, la segunda de abono con Gallo y Belmonte y la colocación de la primera piedra de un monumento que las Juventudes melquiadistas levantaban en pleno Retiro a una señora con dos caretas denominada, no se sabe por qué, “La Ciudadanía”.

¿Quién, tratándose de padres de la patria, toreros de moda y berroqueña bendecida, iba a ocuparse de un hidrófobo más o menos pasional que escapaba de su celda?

Ni aun aquellos a quienes pudiera convenir se enteraron, que ella, entretenida con la confección de la ropa de desposada, el novio con una nueva mixtura entre chufa, limón y patchulí, a la que pensaba denominar “Esencia Chelo”, y Ramiro más que embebido con la exhibición de una película en cincuenta y nueve episodios y diez epílogos, titulada “El Caos”, vivían sin vivir la vida de los demás mortales.

Paco, más contrariado que entristecido, pensó ocuparse de aquello; pero un baile dedicado a los admiradores de Bergamín con sorpresas y regalos de valor, impidieron hacer las pesquisas correspondientes.

—¿Cómo no le busca la Policía?—preguntó alguien, temeroso de los mordiscos y sus consecuencias.

La Policía... Pero ¿es que la Policía estaba para cazar hombres si no es enfermos?

No; la augusta misión de la Policía era muy otra: deportar obreros;

perseguir periodistas de los que no admiten bozal, e ir de este al otro lado en tranvía a fin de evitar el robo de carteras y la rotura de su calzado.

¿Cazar a un rabioso? No; la Policía no descendía a eso; para el menester estaban los laceros municipales.

—¿Y si le soltáramos a “la Peón”?—propuso Martínez—. Esa ya no tiene por qué temer la dentellada.

En broma se lo propusieron y, como si en vez de sangre tuviera azogue en las venas, tembló la infeliz.

—Pero ¿de verdá que está rabioso? ¿Se sabe con certeza?

Mostráronle uno de los periódicos que lo decía, y alocada, aulladora, se arrojó sobre Martínez, sobre Ramiro después y también sobre “Sedalina”, que, aterrado, quería escapar, y los mordió en las manos, en la cara, en el cogote.

Una *habanera* que, con cadencia una miaja dormilona, bailaban los asiduos, quedó interrumpida; las mujeres chillaban, los hombres huían, y en tanto, la fea maestra de baile enseñaba los dientes aun a los más simpáticos.

El desbarajuste fue tremendo; el terror, mayúsculo.

—¿Qué se hace?—gritaba el dueño del “Scottish”, mostrador en la mejilla izquierda de una marca en elipse.

—Lo indicao es aislarla—repuso el civil, soplándose un dedo, que goteaba sangre.

El que nada dijo, pues con la cabeza inclinada sobre el pecho toleró unas pinceladas de yodo, sinfonía de algo tan espantoso como unas gotas de lacre, era “Sedalina”.

—¿Crees—preguntaba a su curandero—que esto es práctico?

—Lo del lacre lo certifico. Lo del yodo, también; ¿no es un *acústico?*

Quien esto dijo fue “el Acreedor”. “La de la Cafetera" no estaba allí;

mujer de más aspiraciones, dedicose a cupletista, gracias a la generosidad de un señor carnicero de la Cava de San Miguel y a la poca conciencia de un maestro músico, que cobraba cincuenta pesetas mensuales por enseñarla a ladrar con alguna afinación.

Los minutos pasaron; la ansiedad crecía, y “la Peón” rasgábase con furia de loca su pobre traje.

—Yo opino—dijo un guardia sin casco ni sable, que era el portero de la casa—que una cuerda con un lazo escurridizo no estaría mal...

—Y enchiquerándola, ¿qué?

Esta idea, salida de los labios de Martínez, fue la aceptada por todos.

—Pero... ¿y cómo la vamos a enchiquerar?

Discurrieron en comandita, y “la Monja”, que actuaba desde la famosa tarde de la Costanilla de las Trinitarias de expendedora de las bebidas, dio la solución.

—Yo—dijo—la llamo, cariñosa, por el lao de la *sacristía;* ella, inocente, se cuela en el saloncito ese de las mesas de mármol, y cuando la tenga cerca cierro de pronto...

—¿Y qué?

—Que, como al verse engañada, querrá salir por la puerta que entró, uno de ustedes la afianza en firme, y así la dejamos, como aquel que dice, emparedá completamente.

En poco estuvo que Ramiro la abrazase delante de toda la concurrencia. Aquel cerebro no era propio de una mujer que, por otra parte, guisaba de primera, y despachando copas resultaba mejor que un dependiente, pues se equivocaba cobrando de más y llenando de menos.

Dispúsose lo necesario con el mayor sigilo, y como “la propia seda” resultó el enchiqueramiento. Ya segura, y para apaciguarla, se la bañó con el contenido de varios sifones; se avisó luego a la Casa de Socorro, y muy bien atada, dentro de una camilla, transportósela

hasta la sala de observaciones del hospital de la calle de Santa Isabel.

En tanto esto ocurría, Juanín pudo pasear libremente y aun morder, si tal fuese su gusto, al mismísimo señor ex jefe policíaco señor De Priego, que por casualidad vio a la puerta de San Luis.

De acuerdo con su conciencia, ya que con su padre no podía ni quería ponerse de acuerdo, buscó entre sus amistades algunos duros, fue huésped de la posada del ya viejo Peine, y desde un "contine" de la calle de Atocha envió a la ingrata su regalo de boda.

Consistía este en los originales de la "cinta" y el drama, acompañados de una bien pergeñada carta—no obstante el poco respeto ortográfico—enternecedora como una rima de Gustavo Adolfo.

Pagado el porte, dada la propina al granujilla uniformado, el destinatario esperó.

Claro es, y huelga el decirlo, que para que no fallase su plan midió el tiempo mejor que un cochero de punto.

—Ahora—pensó—estará la vieja en la compra y el padre tomando el té, si es que se ha levantao, en la taberna de los Tres Peces.

Acertó el mocito en su cálculo de probabilidades, pues a poco, y sobre un papel usado para probar unas tenacillas, había escrito Chelo estas dulces palabras:

"Mi Juan: ¿De verdá que no me olbidaste? Es cierto que heres para mi amor como la color para las flores y el alpiste para el canario que me consuela? La palabra hingrata que me escribes, holga; asta oirme no debes juzgarme. Esta tarde pásate por la Cuesta de la Vega anocheció y me oirás. La vida, cada vez que lo pienso me lo creo con más firmeza, es una cinta interminable, como mi amor. Asta la Cuesta. Tu *Ch*"

De no haber buscado sostén en un pacífico y grueso transeúnte, hubiera el pobre mozo rodado, pleno de emoción, por la dura losa de la ancha acera.

Mientras llegaba la hora feliz, dedicose a pasear por la encuestada villa; parose ante el escaparate de una botica, lleno todo él de medicamentos y ortopedia; ante un comercio de armas, donde los revólveres y las carabinas, caprichosamente colocados, eran a modo de juguetes inofensivos; después, un poco melancólico, frente a la exposición de un funerario, donde, cerca de un elegante ataúd guateado de seda blanca, había blandones muy monos y coronas lindísimas.

Pasó luego por junto a una librería de la calle del Arenal, y tras mirar los tratados de Filosofía que allí se exponen, fue despacio camino de la plaza de Santo Domingo, para, bajando la cuesta, ganar la de Oriente y así ir a ponerse bajo la advocación de la Virgen, que, desde su hornacina, mira, sin ver, las Sacramentales y ermita del santo Isidro.

Iba, pues, a cruzar la plaza del inventor del Santo Rosario, cuando oyó que desde un automóvil le llamaban.

Su intención primera, temeroso de una celada, fue hacerse el sordo; pero como insistiesen, y la segunda vez con más cariño, volvió la cabeza, encontrándose con la de Teodoro, que, chófer del *taxi,* le saludaba a continuación de poner el contacto.

—¿Usté? Pero ¿es usté?

Rio satisfecho el atropellador de perros, gallinas y tal cual vez personas, y dijo:

—El mismo... ¿Qué pasa? ¿Es que asusto?

—No; es que, como desde la noche aquella...; como dijeron que la mujer del... otro, y luego no sé qué de un viaje a Barcelona...

—Pues todo es verdá...

—¿Y no tuvo usté proceso, disgusto, riña?

—Nada tuve.

Entre sorprendido e incrédulo quedó Juan, y el ex electricista; que, gracias a sus compañeros bebedores, era chófer “de los de alquiler”;

contó *c* por *b* cuanto aconteciera desde la noche maldecida que la joven Chelo fingió accidentarse, hasta su vuelta de la capital catalana.

—¿Y no se sabe qué le pasó a Julia? ¿No le ha escrito?

—Yo me presumo que tomó soleta con un gachó de la tierra de la sobreasada...

—¿Y se contenta usté con perderla así como así?...

—Te diré, Juanito; cuando una cosa se compra y se extravía o se la roban a uno, se pasa mal rato y hasta se anuncia en los periódicos; pero cuando lo que se pierde es robado, se achanta uno la mui,[60] porque, de no, puede pasar que el lío se descubra, se enrede todo y acabe la cosa en diligencia judicial.

—Eso, sí.

—¡Digo! En Barcelona, a la que no pienso volver como no sea atao, sin saberse na de lo de aquí, estuve detenido; con que no te digo ná si se sabe...

Preguntó el automovilista por la vida que llevaba el “feto", y este contó con lujo de detalles lo acontecido desde la mordedura al momento aquel de esperanza y miedo...

—Pero ¿de verdá que se casa?

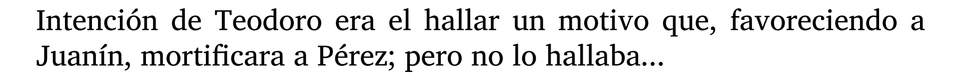
—Eso decía el periódico; pero ¿para qué estoy yo en la calle si no para impedirlo?

—¿Tienes algún plan?

—Hasta ahora, no; pero lo tendré...

—¿No sería buena martingala la de morder al aguardentero, luego al buey de su padre, y así, hacer que los encerrasen a tos?

—Si no me encerraran a mí, bien; pero, después de eso, me río yo de Max-Linder[61] huyendo de sus acreedores...


Intención de Teodoro era el hallar un motivo que, favoreciendo a Juanín, mortificara a Pérez; pero no lo hallaba...

—Por lo pronto, ahora la veré y hablaremos, y de cómo la encuentre de decidida depende lo otro.

—Por su carta parece colaíta.

—Eso parece.

—Pues duro y a ella. Queriendo, como quieres, no hay obstáculos.

—¡Saltaré por cuantos me pongan!

—¡Ole! ¡Eres un tío con todo lo que hay que tener!... Yo, que tú, esta misma tarde me la apropiaba y me iba luego a una casa de huéspedes; decía que erais marido y mujer, y dentro de un par de días, si antes no se presentaban los del “gallo”, enviaba al becerro del cine una cartita que dijese poco más o menos:

“Mi suegro a la fuerza: Ha llegao lo que tenía que llegar, y como nos queremos, pues nos acostamos y... ¿qué se le va a hacer, si ya está hecho? Mande dinero para pagar el hospedaje, y mande lo que guste a su hijo político, *Juan."*

—¡Es una idea!

—Claro que sí; y como consecuencia rápida, la boda, que es lo que te veo desear, pero que con ansia de muerte...

—Usté lee en mi corazón...

—De corrido. ¿No ves que yo también sufrí la pinchada esa allá por cuando la Loreto jugaba a la comba?[62]

Un caballero acercose al del auto, miró un relojito de pulsera, dio una dirección, y Doro hizo girar la manivela.

—Si me necesitas para algo—dijo sentado ya al volante—, en la parada de Fornos puedes verme.

—Gracias.... gracias.

—Que vayas, si me necesitas.

—Iré. ¿Qué duda cabe?

Un resoplido estremeció hasta los guardabarros del coche; una nube maloliente lo envolvió todo, y calle adelante fue poniendo espanto en las viejas y los niños, odio en los pobres y envidia en la carita de las mozas soñadoras.

Viéndole marchar, musitó Juanito con satisfacción:

—¿Ha dicho que en la parada de Fornos? Pues quizá vaya a la parada... Por hacer daño al viejo, es capaz de servirme de cabeza... Un auto es cosa muy útil... Para escaparse no hay nada como un auto...

Y así, dando vueltas y más vueltas a la idea, bajó el muchacho por la cuesta de Santo Domingo y: sin fijarse en los reyes de piedra, ni en las niñeras y amas, que parecen haber nacido para guardarlos en ausencia de su sorche correspondiente; fue, temblando de emoción, camino del punto de cita.

Un guardia, cuando quiso atravesar por frente a Palacio, le detuvo con un decir mal educado:

—¡Que no pase, digo!

De nieve quedó el mozo.

¿Qué era aquello? ¿Le irían a apresar? Intenciones le dieron de salir al galope; pero la mirada de un señor muy serio que fue saludado por el del sable, le contuvo.

A poco pasó un coche, otro luego, y como viera que las dos autoridades se marchaban tras haberse descubierto al paso de los coches, marchose él también, diciéndose, ya sin susto:

—¡Vaya un ratito el que me han hecho pasar sus majestades!... ¡Cuando tenga voto se lo doy a Saborit!...[63]

De una ojeada que acabó con su angustia, advirtió frente a la puerta del Alcázar un grupo de gentes, esas gentes que llegan del pueblo

con idea de comprobar si un rey es o no es de carne mortal como cualquiera de sus amigos.

Después de la observación, que le hizo sonreír, fue, ya sin detenerse, hasta la Cuesta.

Miró y nada vio de lo que ansiaba ver.

—¡Esperaré!—dijo.

Parejas de enamorados descendían por la histórica rampa en busca —cosa es esta que no cabe dudar—de los jardinillos, muy abandonados, con poca luz y con guardias lo suficientemente discretos y humanos para no intervenir en cosas que solo el amor manda y que de antiguo, ignoramos por qué, llámanse de la Tela.

Tras los novios, dicho sea en el sentido piadoso de la palabra, escapó el pensar de Juanín. También él, antes de amar a su Chelo, fue por donde estos iban; también supo de la incomodidad de la hondonada de la Virgen del Puerto, de la dureza de la balaustrada que a la Cuesta sirve de pretil, y recordó, sonriendo, cierta noche que tuvo que convencer a un guardia con dos puros de a quince, y otra que, lleno de pintura—habían pintado aquella tarde la verja,— fue a casa y oyó que le decía su padre con sorna:

—Bueno que la pintes; pero de eso a traerme la ropa al óleo, va un kilómetro.

Gozando el recuerdo, no se dio razón de que la vieja “Huevera” le miraba.

—¿Usté?—preguntole sorprendido—. ¿Y ella? ¿Cómo no viene? ¿La han secuestrado? Diga.... diga, que muero de angustia.

La servidora de quien mejor pagara—Chelo acababa de darle un duro por el servicio—habló suavemente:

—¡Carma, señorito; mucha carma, que no é cosa de sufrí por lo que no tié nesesidá de sufrimiento! Ni la señorita, que es tar que un pimpoyo, está secuestrá, a no ser de su cariño, pues le quiere con seguera y vive ma achicharraíta que er peaso de pan con que se quita er gustiyo der aseite, ni ese es er camino...

—Entonces.... ¿qué ocurre?

—Deje que le relate. La niña de mis ojos, que é tal que una claveyina de hermosa y fresca, no ha podio venir por una catástrofe...

—¿Cómo?

—Sí, una catástrofe horrible.

—¡Dios mío!

—Al resibir su carta de osté, que pa ella ha sío lo que un sorbo de agua pa un muertesillo de caló, el sielo se le vino a la cara: tan guapísima se me puso; luego, lloró de alegría, y luego, queose como pajarito alicortao...

—¿Ali... qué?

—Con las alas paralisás, con el corasón parao der tó... Leía mi angelote de seda su carta, cuando, ¡cataplún!, el pare que aparese...

—¡Jesús!

—Que coge los papeles, que coge su bastón y...

—¡Canalla!

—El sacudir una arfombra fue una cosa así como una carisia con guante, comparao con aquello. Yo intervine; yo me llevé un estacaso en un hombro, y en ves de salir, como ella quería, y con pretexto de no sé qué novena a no sé qué santo, s'ha tenío que quear en la cama con más cardenales que hay a la vera del Papa y sin poder ni mover el deo chico...

—¡Miserable!—rugió aquel conato de hombre.

—Y que lo diga osté, señorito; es ma malo con su hija de su sangre que er verdugo de mi pueblo, ar que llamábamos "Carasucia", que cuando daba garrote se ponía tan contento, que hasta se lavaba.

—¡Oh, el sayón! ¡Oh, el bandido!

Tales exclamaciones lanzaba el pobre Juan y tan llamativas iban resultando que las parejas mirábanle con asombro; eso, que ya es sabido, y aun olvidado, que para los que amor desgranan no existe cosa de más importancia en el mundo que su amor.

—¿Y qué?—dijo tremante—. ¿Me recuerda?

—Recordar es poco; le adora tal que a un San Juan que tié a la vera de su cama; que pa eso é osté así de nombre.

—¿Y habla de mi persona?

—Habla y sueña, y además...

Hizo la vieja parada, y durante ella introdujo por la parte de su pecho una larga y esquelética mano.

—¿Qué hay además?—preguntó Juan, temeroso de una desgracia imprevista, insospechada.

La vieja seguía escarbando en su flacidez, y el mozo, un tanto alarmado, pues era limpio, rascose y separose un poco.

Al fin, “la Huevera” sacó de su escondite un arrugado papel.

—¿Es carta suya?

—Suya...

—¡Traiga! ¡Démela!...

Sonriendo la llevó hasta los dedos del galán, que temblaban y alargaban, después, cuatro pesetas.

La vieja, creyendo que era el instante preciso, gimió gitanescamente; pasó de una a otra mano las monedas, y con una dulzura igual a la de la miel mezclada con azúcar, dijo:

—¡Grasias; muchas grasias, güen moso!...

No estaba Juan para nada en aquel momento de la pega y la quita de monedas. ¡Qué duda cabe!

Marchose la vieja, que a poco se la vio entrar en un tupi vecino, y el hijo de García miró largamente, amorosamente, al papel de su adorada.

Fue hasta los pies de la Virgen con intención de allí leerlo; pero la presencia de un hombre que del palacio del príncipe Fernando saliera con una alcuza y una escalerita de mano, lo impidió.

Como quería gozar la dicha de leer lejos del ruido, separado del tráfago callejero, descendió por la rampa; cerca de un farol iba a sentarse, cuando rumor de besos mercenarios, pues ya sabía él que era la hora en que pululaban por allí bastantes golfas, le hizo caminar.

Tampoco en los bancos de la "Tela" pudo tomar asiento, pues se hallaban ocupados por los "novios", que a veces parecían uno de apariencia monstruosa.

Al fin, y en la mesa de un puesto de buñolería, acomodose.

—¿Qué va a ser?—le preguntó un viejo de barba cana y delantalón sucio.

—Un refresco.

—De eso no se vende aquí...

—Entonces, ¿qué hay?

—Churros calientes, cazalla, triple y anís con moras.

—Pues venga el cazalla y un vaso de agua fresca.

Alejose el hombre, que tardó poco en tornar con lo pedido.

Ya a solas, bajo los rayos mortecinos de un farol con la camisa rota, miró Juanín el papel de su Chelo.

Emocionado lo desdobló, y más muerto que vivo comenzó a leer:

"Mi amor y mi tormento pasional: No sé qué decirte; te amo y soy una cautiba que llora porque no te ve y escucha. Mi padre, que me

maltrata y me tiene mártir y llena de golpes, se empeña en que sea de ese ombre que quiere yamarme su esposa y me ace de que veva unos anises tan empalagosos como sus palabras, que son como si fueran de mostillo.

"Yo quisiera escaparme de esta cárcel, pero no puedo, porque a puesto candao a todos los valcones y se lleva la llave del piso además.

"La criada que de paso que va a comprar fideos va a verte te dará esta carta, que escribo temiendo que aparezca mi padre y me la rompa y me rompa el alma.

"Ven en mi auxilio. Si no vienes, ¿qué aré yo?

"El martes día trece, ¿ves cómo tengo la negra?, quieren que sea el sacrificio de mi juventuz en haras del aguardentero.

"La hora, son las once de la mañana, y la iglesia ya lo sabes, la de San Lorenzo el achicharrao.

¡¡Salbame!!

"Yo te quiero a ti tal y como eres; tú atesoras un espíritu más puro que el de ese Bernardo de mis penas, que ya se derrite de pensar que seré su mujer antes de ocho días.

"Si no corres a salbarme me mataría.

"Tengo seis cajas de cerillas y un cuchiyo de cocina recién afilao para eso...

"Piensa en mi desventura.

"A tus brazos o a los de la muerte.—Te besa, Ch."

De "nieve fría", como dice la copla, quedó el muchacho, que esta vez, gracias al farol, en el que encontró apoyo, no fue al suelo.

Con la vista en el papel, que temblaba en sus manos, jurose mentalmente impedir, si no la boda, pues eso resultaría muy difícil, dado el número de personas que a una boda van, el que se

consumase luego el sacrificio.

Decidido, como un Cid de poca talla, pero de gran coraje, levantose. Pisaba ya la acera de la encuestada calle de Segovia, cuando una mano, sujetándole por el cuello, le paró en seco.

—¡A ver si la frescura la dejas pa el verano!—rugiole feroz el barbudo de la churrería—. ¡Apoquina diez de lo consumido, y transita luego!...

Tan rápida fue la agresión del hombre aquel que Juan no supo ni qué decir.

—¡Que sudes! ¡Que aflojes la mosca!—gritó de nuevo el del mandil manchado de grasa.

Acercose gente, explicó el zarandeador lo ocurrido, y allí fue ella...

Una chula, que colgaba a su brazo varios pares de zapatillas, y que seguramente iba a entregar, rio, y dijo:

—¡Pero si paece que le han alimentao a turno impar y con cañamones tostaos!...

—No digas eso—replicó una lavandera que subía del río—, que eso es deshonrar a los cañamones.

A partir de aquello, la chacota y burla fueron escandalosas.

Intervino un municipal, que, aun cuando Juanito pagó lo por distracción olvidado, pretendía a toda costa llevarle detenido.

—¡Pero, guardia, por Dios, por la Virgen, por lo que más quiera, no me trastorne mi vivir!

—¡A la Delegación!

—¡Mire que ya pagué; mire que soy un hombre honrao!...

—¡A la Delegación!

—¡Considere, guardia, que no hay motivo pa lo que pretende!...

—¡Esto es—dijo seriote el del sable—un escandalazo público!...

La gente, algunas veces tiene virtud la gente, reaccionó, y poniéndose de parte del débil, y tomando a broma a la autoridad, pudo conseguir que esta, temerosa de un desaguisado que pudiera deteriorar su traje y dejar por el suelo su jerarquía, avínose a la demanda del pueblo y dejó sin efecto la diligencia de conducción.

Ya libre, pero rodeado de varias mujeres y chiquillería en abundancia, respiró Juan. Dijo por centésima vez que el no haber satisfecho los diez céntimos de consumo había sido por distracción, y no por otra cosa, y la gente, que primero le atacó, y le defendió luego contra la autoridad, sintiose ofendida con el "cochino del comerciante de churros", que por una miserable perra de cobre había puesto en ridículo a un hijo de buena familia.

—¡Como que el granuja de la pasta pa los buñuelos es un matatías sin corazón!

—¡Y que lo que hace lo hace con lo peor que encuentra!

—¡Así se ponen de malos los que comen de su género!

—¡Como que da veneno por churros!

—¡Y petróleo por bebida!...

—¡Merece que le castiguemos!

—¡¡Es un ladrón!!...

—¡¡¡Y un criminal!!!...

Nadie supo cómo fue ni quién fue, pero alguien arrojó sobre el puesto la primera piedra y tras esa llovieron un centenar.

Repeler quiso el churrero la salvaje acometida; pero el grupo se fue hacia él, y de no intervenir la pareja que vigila, a caballo, aquellos contornos, la justiciera masa lo arroja a la caldera del aceite.

Juan, aprovechando la confusión y temiendo complicaciones, tomó asiento en un tranvía que hasta la Plaza Mayor le llevó.

Y otra vez dueño de sus pensamientos, buscó un banco, sentose en él y diose a pensar con prisa.

—¿Qué hago? ¿Qué es lo mejor? ¿Qué lo más conveniente?

Y a su magín[64] acudieron todas las películas que con asunto semejante a su asunto había visto en el cinema de su padre.

Encaminose luego a una casa de compraventa mercantil, donde dejó un billete de cinco duros a cambio de una pistola y seis cápsulas.

El plan que había de proporcionarle la dicha, una celda en la cárcel o una sepultura en el camposanto, iba tomando forma en su cerebro.

—Sí; el asalto, como en “La firmeza de un corazón", es lo aceptable; pero ¿y si...?

Titubeó y dijo de nuevo:

—¿No sería más práctico una fuga al estilo de aquella que vi en la cinta “Dos sentimientos encontrados”?

Decididamente aquello era lo mejor, y como para hacerlo con alguna probabilidad de triunfo se precisaba de un automóvil, a la caza de Teodoro fue, convencido de que entre los dos darían con el truco más conveniente a sus venganzas.

Satisfecho, casi orgulloso de su plan, comenzó a sonreír.

Verdad es, y dicho sea sin ánimo de ofenderle, que sonriendo resultaba el hombre más feo de la Península.

¡Eso que hay cada Picio[65] por ahí!...

CAPÍTULO XI

UNA CALLE DE PELIGRO.—LA TABERNA DE LA LUNA. PAQUITA REAPARECE.—COCHINERÍAS DE CINE.—PLAN EN PUERTA Y CANÓNIGO A LA VUELTA.

—Llegas pero que ni con cronómetro—dijo el chófer—. Ahora mismito vendrán a relevarme y hasta mañana nada tengo que hacer.

Juan, en tanto el otro apuntaba en una libreta lo marcado por el taxímetro, miró, aprovechando la sombra del kiosco de periódicos y revistas, la ancha calle de Alcalá, deslumbrante a aquella hora de la salida de oficinas y talleres, y a su afluente la denominada con justeza muy psicológica de Peligros.

Coches, autos, bicicletas y carritos de mano ocupaban la calle, que por milagro, aunque desconocido admirado, entrelazábanse en maraña mareadora, y luego, sin interrupción ni dificultad alguna, cosa ensayada al parecer, seguían rodando de acuerdo con los deseos de sus guiadores.

Por entre aquella red, los transeúntes, más mecánicos que conscientes, cruzaban con acelero inconcebible, y era de ver el sortear de dificultades y peligros; la huída del que se ve perseguido por un auto de hiriente farol; el regate de aquel al notar sobre su cabeza el aliento de un caballo que patea nervioso sobre el asfalto negruzco, y el chillido de la hembra que cruza y una mano desconocida la ampara.

Y si esto era en el ancho arroyo, en las aceras la confusión resultaba mayormente sentida: cientos de hombres y mujeres que pasan, ríen y vocean para poder entenderse y escucharse; un viejo, que pausado camina tras una moza de pintada boca que sonríe; un jovenzuelo, que a la cola de una señora va, sin atreverse a decir su querer, eso que los ojos de la matrona le miran incitadores; las mozuelas, que en bandada huyen del obrador y gritan, y son asaltadas por los piropos de varios cómicos y toreros que de la puerta del café hacen su estancia; y un groserote que empuja sin miramiento y corre sin

utilísimo rendaje, y el anciano que calcula la fortaleza de sus músculos y ve por ello la dificultad del tránsito; una buscona de aniñado mohín; un niño vendedor que vocea el primer diario de la noche, y muchas otras gentes que no parecen nacidas para otra cosa que para dar prestigio de gran vía a la irregular y peligrosa callejuela que nace en "Fornos" y muere en la calle de Caballero de Gracia.

Mareado, volvió Juan la cabeza hacia el "Trianón Palace", semejante a la entrada de una chulapona kermés; miró luego a la puerta del café contiguo, muestrario cursi de un vaciador afeminado y decadente, y parose a examinar el encajonado edificio del "Nuevo Club" con demasiada altanería para su contextura deforme.

Y olvidándose de que él, como belleza humana, no era tampoco un modelo, sonrió desdeñoso.

Teodoro, ya libre de obligaciones, le dijo:

—¡Cuando quieras, tú!...

—Vamos—contestó aquel.

Por la calle de Jardines fueron seguidamente, y, atravesando la de la Montera, cruzaron el Pasadizo de Murga.

—¿Dónde me lleva?

—Lo primero a cenar. En una taberna súper de la Luna tengo el abono.

—Es que yo quería convidarle.

—¿Qué más da? Otro día.

La tasca-restorán preferida por el chófer era una especie de Arca de Noé, pues si no un animal de cada especie, sí una persona de cada condición iba a ella. Los impresores de la calle de San Roque y la Madera hacían allí su parada, y los mozos de cuerda de la Corredera de San Pablo, y las golfas que por Desengaño, Valverde y Pez pasean su carne perfumada y podrida.

No faltaba tampoco en el establecimiento ese tipo que hace domicilio de una banqueta y recibe visitas extrañas, que son unas veces de chamarileros y otras de ladrones de voz opaca y mirar receloso, ni el vendedor de periódicos y a la vez lotero que en ocasiones estafa dando participaciones de un número imaginado y que tiene el inhumano capricho de caer, dando con ello trabajo a curiales, policías y vigilantes carcelarios.

—Aquí viene lo peor y lo mejor de cada casa—dijo Teodoro—; aquí igual te topas con un joven "bien" que llega en busca de un prestamista, que con "la Machaco", pongo por golfa; que con el poeta Carrere,[66] que con un señor que hace la revolución con artículos en *El País*.

—¿Y no habrá peligro—preguntó Juan—por lo cerca que está la casa de mi padre?

—No; los que salen del baile, si salen solos, van a un tupi de Tudescos, y si acompañaos, a una casa de la travesía de la Parada. Aquí no vienen bailarines...; la gente de aquí toda es de *negocio*...

Mientras les servían contó el mocito la ocurrencia con el churrero, leyó la carta de Chelo y dijo el plan en que quería complicarle.

—Me parece admirable; para dar al choto ese un disgusto, cuenta conmigo...

—¿Y qué le parece a usté que hagamos?... Mi pensar era...

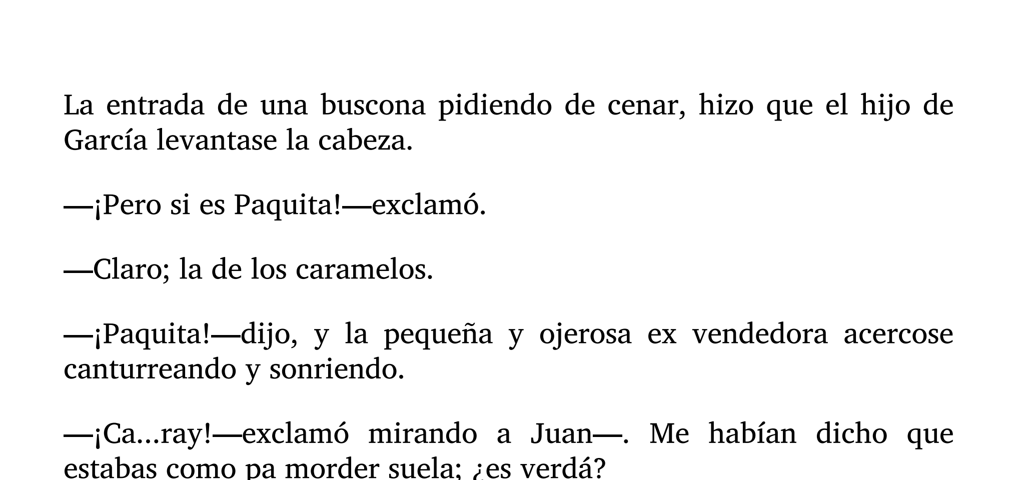
—Deja ahora de pensar; come y bebe, que noche tenemos de largo pa eso.

De una gran fuente de corderito con patatas asadas se sirvió el muchacho.

—¡Más, ponte más!...

—No; tengo poco apetito.

—Se explica: el enamoramiento quita la gana; eso me pasó a mí, creo, que cuando era de tus años...



La entrada de una buscona pidiendo de cenar, hizo que el hijo de García levantase la cabeza.

—¡Pero si es Paquita!—exclamó.

—Claro; la de los caramelos.

—¡Paquita!—dijo, y la pequeña y ojerosa ex vendedora acercose canturreando y sonriendo.

—¡Ca...ray!—exclamó mirando a Juan—. Me habían dicho que estabas como pa morder suela; ¿es verdá?

—Te han dao una falsa noticia. ¡Siéntate!

—Y come con nosotros—añadió el chófer.

Quedose mirando al guiso, y poniendo hociquito de rata sabia aceptó, diciendo:

—Que se agradece y se acepta; a mí el *cabrito* me emociona; con que...

Rieron los hombres y rio también una compañera de paseos que cerca estaba.

La cena fue alegre y chispeante; hablose de todo y de todos.

Creyendo el "Feto" que la convidada debía amenizar la fiesta, preguntó:

—Con que a la buena vida, ¿eh?

—Chico, entre vivir explotá por mi tía; que, según me han explicao, está que echa pringue desde y cuando se llevó tu padre a vivir con él a esa moza que llaman "la Monjita"; y respirar a comodidá, sola y sin ama, he preferido esto...

—¡Ya en el cine!...

—No; cosas de viejos que me enseñaban el catón de este oficio.

—¿Y qué tal se da?

—Voy trapicheando... No soy de las desgraciadas. Felizmente, la carne no está de moda, y como apenas si tengo de eso...

Para convencer a los hombres levantose la manga de un brazo hasta más arriba del codo y mostró unos bracitos de niña, pregonadores de un linfatismo de primera clase.

—Tú te quedaste en el cine cuando salió mi padre, ¿no?

—Te diré: tu suegro frustrao, porque no sé si sabrás que se casa con otro, me dijo si quería de seguir con los caramelos; yo le dije que no había inconveniente; pero a los ocho días escasos un prestamista de la calle de Atocha, que es bastante viejo, me propuso vivir pa él con treinta duros pa el plato y la ropa que necesitara; y... ¿qué iba a hacer? A sudar al anciano que me fui. Aquello duró poco. Un chico que me gustaba y era de la farmacia militar me sugestionó y me largué, sin decir al anciano ni adiós siquiera...

—¿Y el mili?...

—El mili cumplió el servicio, y como yo con el viejo, él hizo conmigo: sin el adiós de costumbre tomó el camino de su pueblo... Después de aquello estuve a punto de hincarla con un tasquén; pero olía tanto a pez, tenía tan negras las manos, que le dije que no.... que se raspara...

—Has hecho bien—dijo Teodoro—: emanciparse es lo primero.

—¡Ole!, y vivo y me divierto lo que me sale del mismísimo moño...

Contó luego algunos sucesos dignos de una antología amorosa; dijo también de una amiga suya mejicana que la regalaba como si fuera su prometido, y acabó por decir su amor al cine, donde acudía frecuentemente y actuaba igual que cualquier hija de familia honrada.

—En el nuestro, vamos, en el del señor Ramiro he querío decir, se está, pa eso, como en casa de la Matildona.

—¿Sí?

—¡Digo! Con el escándalo de aquella duquesa de las sesiones

religiosas, que por cierto me proporcionaron un parroquiano canónigo que paga bien y no pesa ná, se desacreditó el negocio...

—¡Naturalmente!

—No iba nadie, y más porque pusieron muchas lamparitas supletorias que eran tal que ojos de guardia pa no dejar hacer lo que debe hacerse en el cine; pero un día apareció la sala negra como un luto; dejaron los acomodadores en libertad absoluta a los paganos, y con deciros que toas las mañanas friegan la madera del piso...

Como riesen, complacidos, los que escuchaban, ella, que no cesaba de beber, continuó pícara y chulapona:

—¡Hay cada cosa por allí!... ¿No te acuerdas tú—miró a Juanito—de la chica de un tendero de la calle del Tribulete, que era rubia? Pues esa dió una noche el espectáculo: uno de los descontentadizos quiso más de lo corriente y la urgó por la trasera tanto que hasta suspiros se oían. Debieron ponerse los borregos al rojo muy rojo, porque con deciros que al levantarse ella de la butaca y querer andar se quedó, por abajo, en menos que los pantalones... ¡Toda la ropa, desabrochá, se escurrió hasta el suelo!...

—¡Pues sí que fue un rato!...

—Más lo fue y le pasó a la hija de un administrador de la Magdalena, que por la abertura de alante, la falda era de esas, la asomaba un pedazo de tela con toas las señas de haber sido hecha socia de la Cruz Roja.

—¡Pues di que el cine está como pa recomendarlo al colegio de Loreto!...

—No cabrían las colegialas... Desde la oscuridá que os digo, a eso de las ocho se han acabao los billetes en el despacho.

—¿Y la billetera, que ayer la vi y está más feales que nunca, qué hace entonces?

—Descansar—dijo el “Feto”—. ¿Dónde va con su cara?

—Pues te engañas, Juan. Se queda a lo oscuro, busca alguna butaca de Prensa que no esté ocupá y hace sus cosas con el que se atreve.

—¡Ya es valor!

—¡Pero cuando den la luz será ella!

—Antes de eso, la señorita ya sabéis que es lista, se escapa, y así no sufre la decepción; queda agradecida al amigo, y el amigo puede contar en el café su aventura con el detalle de que la del fregao era hermosa... como un sol.

Después de aquella crónica de escándalo, dijo la ex dulcera algo relacionado con Chelito.

—Que se casa es lo que se dice; pero que no quiere al aguardentero, consocio ya del padre, también se cuenta.

Las frases de Paca animaron al joven.

—Eso lo sé de buena tinta—dijo—, como sé también que al acto de la bendición es casi seguro que no lleguen.

—Pues el martes, y somos a sábado, es la misa de novios...

—No será.

—¿Lo impedirás tú?

Quiso sonreír la golfanta; pero el mirar centelleante del enamorado tronchó la sonrisa.

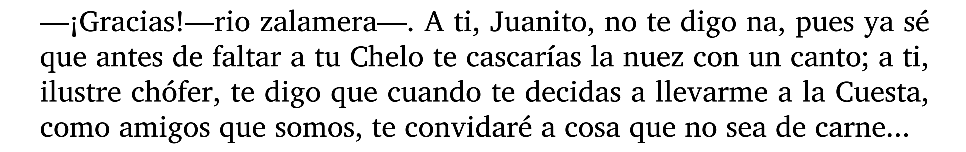
—¿Qué vas a hacer pa impedirlo? Digo, si es que pué saberse...

Confuso pero con firmeza, contestola:

—No lo sé; pero te juro que, o me matan, o será mía esa noche...

No se habló más.

Paquita, que dijo tener un compromiso con el canónigo que antes recordó, levantose.


—¡Gracias!—rio zalamera—. A ti, Juanito, no te digo na, pues ya sé que antes de faltar a tu Chelo te cascarías la nuez con un canto; a ti, ilustre chófer, te digo que cuando te decidas a llevarme a la Cuesta, como amigos que somos, te convidaré a cosa que no sea de carne...

—¿A carne no?

—¿Pa qué?

Después de aquello levantáronse los amigos, dijo Teodoro al tasquero que “apuntara” y, cuesta abajo, marcharon hasta la calle Ancha.

—¡Fuma!—dijo el convidador, largando a Juan un susini.

—No; gracias.

—¿De verdá?

—De verdá que no.

Propuso el desmedrado soñador dar un paseo por la calle en que vivía su novia; pero el mecánico, conociendo la teoría policíaca de que el delincuente va a parar siempre, empujado por algo misterioso, al sitio en que delinquió, negose.

—Hablemos, pues, de mi idea.

—Me parece muy razonable; pero como pa espabilarme del todo necesito de una miaja de café, entraremos en ese de la esquina.

—Entremos.

Era el café elegido bajo de techo, mal alumbrado, con unas columnas idiotamente pintadas de arabescos confiteriles y un piano con desafinaciones insultadoras; pero como lo interesante para los dos amigos era el tomar café, lo pidieron, les fue servido con prontitud y comenzaron a charlar.

—Yo creo—dijo el enemigo de Barcelona—que lo que se piense debe de ser algo grande, algo que asuste, algo que no se lo puedan figurar tan siquiera.

—¿Matar al aguardentero?

—Con disgustos, sí, que es arma que no lleva a presidio.

—¿Qué tal si le desafiase?

—Se reiría; un tendero no sabe de cosas de honor.

—¿Y subir a la habitación del padre, coger a la hija...?

Aceptó Teodoro la idea, que tuvo que ser desechada al decir Juanito que había candados hasta en los balcones.

Quedaron silenciosos. Dio una chupada el chófer, bebió luego del humeante moka y sonriendo picaro interrogó:

—¿Y si el día de la boda...? Pero no; ¡habrá tanta gente!...

—Sin embargo.... con el auto de usté, un revólver...

—Peligroso es el caso; pero... ¿quieres que paseando busquemos la solución más conveniente y extraordinaria?

—Vamos en su busca.

—Sí, porque bien mirao...

—Yo pienso que el golpe está ahí, en llevármela con azahar y todo.

—¿Querrá ella? ¿Tú crees que querrá ella?

Mintiéndose la afirmación, dijo Juanito que sí, que a todo se hallaba preparada.

—¡Mira que esta es una película de gran peligro!...

—¡No importa!

—¡Mira que la cárcel está a la vera de Parisiana!...

—No importa.

—¡Mira que si te acobardas o tiemblas, puedes darte por muerto!...

—No importa.

—En ese caso, a la calle, a pensar.

—¡Y a ejecutar después!

—Eres un valeroso.

—Lo que yo sentiría—cuchicheó Juan—es que por mi culpa se perjudicara usté y fuéramos dos los presos...

—No; yo, con decir que era un alquilao...

—Pero si escapamos y al escapar ven el número del coche...

—¿Qué pasa?

—Que le buscan y tiene que decir adónde nos ha llevao, pero que sin remedio...

—Eso se arregla tapando el cuatrocientos veintinueve, que es el que uso.

Por un instante admiró el hijo de Paco a aquel hombre, todo previsión.

—¡Cuánto le tengo que agradecer!—dijo emocionado.

—No te entristezcas por tan poco y salgamos a la rúa.

—Salgamos....

Giró la puerta. Iba el "Feto" a ganar la calle cuando una mujer, acompañada de un hombre, entraron.

—¡Pase, señora!...—indicó, ceremonioso el guiador de autos, y por poco rompe a reír el escapado del sanatorio.

La que entraba era Paquita, y el hombre, que bien pudiera confundirse con un tocinero, el canónigo de su compromiso.

Venían de uno de los muchos *locutorios* que hay en la calle de las Beatas.

De ello no cabía duda alguna; olían a *eso*… a locutorio, que es una cosa entre caucho y polvos de arroz.

CAPÍTULO XII

EL DÍA DEL AZAHAR.—LO QUE GRITAN LAS VERDULERAS.—LA SORPRESA DE UN MARIDO BURLADO.—¡A CUARENTA POR HORA!—¿SE RÍEN LOS TELÉFONOS?

Sol, risas y palabras picantes.

El día era alegre; perecía reír en todo, en las caras lindas de ellas, en las recién rasuradas de ellos.

El barrio entero salió a la calle, asomose a los balcones, puso comentarios de mejor o peor gusto a la unión de aquella pareja, que a creer a un verdulero dado al tropo era “tal que sembrar nardos en bancales de zanahorias”, o aquel otro que la gente se aprendió y dijo complacida por lo molesto que resultaba para el aguardentero: “Eso es servir vino peleón en copa de champán.”

Verdaderamente no se daba por satisfecho el barrio viendo que Chelito, una de las niñas más guapas de él, iba a casarse con un casi gallego que ocultaría su belleza tras aquellas cubas con aros pintados de purpurina, contenedoras de desdichas sin fin.

Frente a la casa de Ramiro, aquella mañana radiante, estacionose un muro de carne femenina, que luego correría en busca del garbanzo remojado y mezclado con bicarbonato, que lo ablanda, a fin de que la ausencia de la cocina no fuese advertida por el marido, que al día siguiente, notando ardores en el estómago, juraría contra el “cochino patrono”, la “canallesca sociedad” o el “miserable gobierno”, culpables, según su sentir, de todo lo que el obrero padece.

—¡Ya sale! ¡Ya sale!—gritó una de aquellas galochas[67] , que, no obstante haber dado las diez de la mañana, ni se había peinado ni había tenido lugar de lavotearse un poco aquellas manos negruzcas con uñas de esquela funeraria; esto es, con margen negro.

—¡Parece una virgen!—exclamaron aquí.

—¡Una amortajá sí que es!—dijeron por allá, y otras:

—¡Qué guapa!

—¡Qué elegante!

—¡Qué cursi!

¿Era justo aquello?

No puede el novelista contestar a la interrogación, y no puede contestarla porque ninguno de los comentarios se amoldaba a un justo sentir, ya que el odio, la envidia, la simpatía y aun la indiferencia fueron los que gritaron por boca de las mujeres.

Pero como el novelista no puede huir, ya que es reo del lector, dice el novelista que Chelo pasó muy seria y cabizbaja, como si buscase algo que se le hubiese caído, entre el desgarrado decir de curiosos y comadres.

Al cruzar por frente a un puesto de la calle de Torrecilla, una de las verduleras le gritó, picara:

—¡Sonríe, nena, que hasta la noche no será el susto!

—¡Ya, ya verás lo que duele!…—gritó otra.

De tras un mostrador de mondonguería brotó un parecer dispar:

—¡No las hagas caso—se oyó—, que no hay cosa más buena!…

Y una cambianta con dientes postizos y pelo como los dientes creyose en la obligación de suspirar gachona:

—¡Ay, quién pudiera repetirlo!

—¡Digo lo que esa!—rio otra.

—¡Y yo!

—¡¡Y yo!!

Tales risas y tales gritos acabaron en carcajadas, en bendiciones, en

una exaltación de gozo que aquellas pobres hembras, en su mayoría casadas, no era posible que sintieran, ya que oficiando como oficiaban, eran mantenedoras, con su duro trabajo, de los esposos, vagos y desaprensivos, que desde los quicios de las tabernas miraban, bebiendo y fumando, el cruce de la comitiva mañanera.

Verdaderamente, la boda era digna del barrio bajo, pues ni faltaron mantones de Manila ni el cigarro puro por boca, ese cigarro puro legendario que solo vemos en labios de los menestrales los días de fiesta y en los de los quintos el día que se retratan.

A la salida de la casa quiso Chelo subir al auto; pero el "pueblo soberano", que a cambio de unos cuchillos de postre o un aparato de luz comería luego hasta reventar, dijo que aquello era una falta democrática, y con el acompañamiento y el coche a la cola bajó la sacrificada por las calles de Torrecilla, Tres Peces y Ave María, para, entrando por la de la Fe, llegar al templo en el que San Lorenzo preside con las parrillas martirizadoras en la mano.

—Luego, cuando se acabe la ceremonia—dijo al oído de la joven la madrina, una gorda, fiadora de la calle de San Pedro Mártir—, sales la primera, saltas al coche y escapáis.

Ni pestañeó la novia; su pensamiento estaba en otra parte.

La madrina, convencida de que había descubierto una gran cosa, fue hasta donde el novio iba y le dijo lo que a Chelo acababa de decir.

Así, entre chistes de todos los colores y risas de todos los tonos, llegaron los grupos a la parroquia no sé por qué de las "Chinches".

Si es verdad que los felices son sordos a todo lo que no sea su dicha, no es menos cierto que ciegos son también, y tenemos el gusto de hacer este descubrimiento solo para indicar al lector que Juanín, que tras los de la boda caminaba, no fue visto por ningún miembro de su conglomerado. La alegría confía, y el que a divertirse va, mira solo al sitio de la diversión, que siempre va delante, cosa que justifica, según creemos, el que ninguno volviera la cabeza.

Ya ante las gradas del templo dudó el mozo si "colarse" en la casa

de Dios; pero respetuosísimo con la religión de sus mayores, se hizo a un lado, cambió un gesto con Teodoro, que convenientemente embigotado y con la gorra hasta las orejas guiaba el automóvil, entró a un tupi que cerca estaba.

El ex amante de Julia le siguió.

—¿Estás tranquilo?

—Más—contestole el "Feto"—que Lanuza en su propia capilla.

—¡No hables de capillas ahora!

—¿No he de hablar, si mi corazón está moribundo y el de mi Chelo agonizando?

De unas copas del "mono"[68] bebieron.

—¡Ánimo, que ya vamos a lo grande!

—¿Ánimo? ¡Me sobra! ¡O me levanto con ella pa siempre o me matan como a un can!

—En la casa, ya has visto que no he podido servirte.

—¡Ya!

—La gente no quiso que montaran.

Triste se puso Juan.

—¿No montarán tampoco al salir?...

Esta idea obligole a acariciar el revólver, que en el bolsillo de la americana abultábale como un tumor maligno.

Y la bilis le nubló la mirada, y un frío de cero grados corrió por todo su cuerpo con la velocidad de un tren expreso.

—¡No es suya!—dijo semiinconsciente, y un camarero que se disponía a quitarle la copa retiró la mano diciendo:

—¡Dispense, señorito!...

Aun cuando la boda era de las que se pagan bien, pues hasta almohadones pidieron para los novios, fue tan rápida la ceremonia que todos quedaron sorprendidos.

—Es que—dijo uno—tienen pa las once y cuarto un funeral de los caros.

Aquello de mezclar misas de desposorio con misas de difunto fue para muchas comadres de mal agüero.

—¡Milagro será que no tengan una desgracia!

—¡Mal empieza esto!

—¡Y ella gime!

—¡Y él palidece!

Ya terminó la ceremonia; ya salían de la chulona iglesia; sonaban ya los vivas a los desposados, cuando Juanín, más amarillo que un plato de natillas y más tembloroso que un flan, llegose a la puerta de salida, junto al auto se acopló y, buscando con el índice el gatillo del arma, fue todo sentidos.

El instante resultó digno de un drama policíaco.

Ya se acercaba la novia llorando a hilo, y tras ella, dentro de un traje tricot que tenía por basamento unas enormes botas charoladas, el novio, que miraba altanero a todo: a las gentes, al cielo, a los pilares de berroqueña del atrio.

Chelo, al levantar un instante los ojos, vio a Juan, y el enloquecedor veneno de las malas películas fue sonrisa de complacencia en sus coralinos labios.

Un paso más y la cinta iba a su fin.

El paso lo dio ella, que, alada, subió al coche, iba Bernardo a hacer lo mismo cuando el otro, ágil como un gato y decidido como un Belmonte[69] que lidiara esposos, siguió a la casada, amenazó con el arma a la muchedumbre y autoritario dijo a Teodoro:

—¡Arreando pa la felicidá!…

El auto partió y los de la boda quedaron con la boca de a cuarta. Después, la gritería fue digna de una faena de Gaona,[70] y más después, cuando el desfile comenzó, un hombre, el señor Ramiro, fue hasta la tienda de comestibles del seis, que tiene teléfono. Nervioso, manejó la manivela, y cuando un trepidar de metales le dijo que podía hablar, gritó colérico:

—¡Comunicación con la Jefatura de Policía! ¡Aprisa! ¡Pronto! ¡Urge!

En tanto, Bernardo, que de momento sintiose entristecido y algo avergonzado, decía al padrino, pescadero y de Astorga:

—¡Me ha chafao la sinvergüenza esa! ¡Valiente golfanta!

—No digas eso.

—¿Y por qué no he de decirlo?

—Porque ante Dios y el mundo es tu mujer.

Convencido de que así era y de que concepto injurioso que la dedicase, de rechazo iría a su honra, enmudeció.

Durante aquello el padre contaba el suceso a los de la "bofia".

Y un coro de risas llegó hasta sus oídos.

¿Risas?

No sabremos decir en conciencia si risas fueron; quizá no: quizá fuese el chirriar de algún muelle del aparato, quizá el áspero sonido que produce un cruce…

Y es que los inventos modernos son tan delicados, y los policías tan antípodas de los inventos, que…

EPÍLOGO RELÁMPAGO

La cinta de tan largo metraje tuvo un fin trágico: a la salida de Vallecas se rompió una rueda del coche y apareció la Guardia civil.

Detenidos los huidores, ella fue encerrada, a petición del marido, en un convento, donde quizá haga méritos para pasar al santoral como *virgen y peliculera*; él…

Como estaba reclamado por presunto rabioso, al sanatorio fue conducido, y aun cuando ya hacía tres meses de la mordedura, los doctores se empeñaron en que tenía que rabiar… y rabió.

Bastó para ello que le aplicaran la vacuna antirrábica.

A las veinticuatro horas, ¡oh, dolor!, rabiaba como un bull-dog de casta.

No podía ser de otro modo: su perra vida reclamaba un final así.

Y es que el abismo, ¡oh, infecundidad del propósito!, llama siempre al abismo.

Acerca de esto permítasenos airear nuestra cultura y decir que David, el mejor manejador de honda, el constructor de Jerusalén, el poeta de los más bellos salmos, dijo, no sabemos si bailando o tocando el arpa, esta sentencia, que ampara la escrita anteriormente: “Abyssus abyssum invocat”.

Y cualquiera se muestra disconforme con el vencedor de los filisteos, que supo, según la Biblia, poner la piedra donde puso el ojo.

Madrid-Córdoba, 1919.

FIN

Extras

Sobre el autor

- **Nacido en**: Puente de Vallecas (Madrid), 15 de junio de 1878.
- **Fallecido en**: Zaragoza, 24 de noviembre de 1936.
- **Profesión**: Novelista, periodista.

Revoloteos biográficos

Fernando Mora, escritor hoy en día no solo desconocido sino también extraviado de ese listado de escritores coetáneos suyos que se dedicaron a novelar la ciudad de Madrid, es padre de un buen número de novelas largas pero también de una abundante cantidad de novelas cortas de esas que durante muchos años empapelaron los quioscos y puestos callejeros y que tienen, hablando en términos generales, un marcado matiz realista costumbrista.

Dicho en palabras de Javier Barreiro, “fue el escritor madrileñista por antonomasia de las décadas segunda y tercera de nuestro agonizante siglo”.

Realizó sus estudios en el Colegio del Santo Ángel, donde fue internado tras la muerte de su padre, y los continuó matriculándose en la carrera de Comercio, en la que nunca pasó del segundo curso. Sus estudios, sin embargo, le permitieron trabajar durante toda su vida como contable, en una librería primero, después en el Banco Español del Río de la Plata, y años más tarde en un almacén de granos y una fábrica de conservas.

Casado con Leonor Díez de la Torre, profesora de la Escuela Normal de Magisterio con la que tuvo cuatro hijos, de los cuales el único varón murió, los diversos destinos académicos de su esposa les hicieron instalarse sucesivamente en Tarragona, Gijón, Córdoba y Santander.

La carrera literaria de Mora comenzó en 1909 con la novela *Venus rebelde*, escrita, como su libro de relatos *Nieve* (1910), bajo el influjo de Émile Zola, y que ganó la atención de la prensa de la época y de

algunos escritores como Felipe Trigo, con el que compartía prosa de cierto erotismo.

Fernando Mora alcanzó su verdadera personalidad literaria dentro del género madrileñista castizo. Tanto sus colaboraciones en algunos de los periódicos y revistas más populares de la época, como *La Voz, El Liberal, La Esfera, Nuevo Mundo* o *Mundo Gráfico*, como sus numerosas colaboraciones en distintas colecciones de novela corta, básicamente en *Los Contemporáneos*, *La Novela de Hoy* y *La Novela de Noche*, se mueven en el ámbito del Madrid popular y de clases medias, ámbito en el que fue un especialista.

La nota distintiva de Fernando Mora en el género fue el enfoque social con el que abordaba ese Madrid, como en *El patio de Monipodio* (1912). Este era el resultado de unas firmes convicciones republicanas, que le llevaron a militar primero junto a Alejandro Lerroux y luego en la Unión Republicana de Diego Martínez Barrio, y a colaborar en diversos periódicos republicanos, como *El Radical*, *El País* y *España Nueva*.

Su crítica social también alcanzó a los trabajadores "de cuello duro", entre los que él mismo se contaba, en su novela *Los hombres de presa*, basada en su experiencia de trabajo en la banca.

En 1935 pudo viajar a su admirada Francia, cuna del republicanismo, y visitar en París la tumba de Zola. La fidelidad a sus ideas le costó la vida pocos meses después: fue fusilado en noviembre de 1936 durante la dura represión a que fue sometida por los sublevados de Zaragoza, donde se encontraba destinada su mujer.

El diario republicano *El País*, que difundiría como adelanto de publicaciones recientes un fragmento de su novela *Los vecinos del héroe*, le llama correligionario. De hecho, el 25 de julio de 1931 se anuncian como grandes en el semanario republicano de Zaragoza *República* varias de sus novelas, en concreto *Los hijos de nadie*, *La necesidad de pecar*, *El otro barrio*, *Los cuervos manchan la nieve*, *Los hombres de presa*, *La Magdalena en el Colonial*, con el siguiente reclamo: "Correligionarios: Estas rebeldes obras del no menos rebelde FERNANDO MORA, debéis adquirirlas para vuestras Bibliotecas".

Apenas pasado un mes, el 22 de agosto, este mismo semanario avisaba a sus lectores en primera plana que “dentro de breves días comenzaremos la publicación, en forma encuadernable, de una novela de nuestro Fernando Mora, que galantemente ha cedido sus derechos de autor y nos ha permitido que, como regalo a nuestros lectores, sea publicada. La obra se titula *Los hijos de nadie*”, rótulo tan obvio que hace innecesario colocar entre paréntesis “novela de un hospiciano” y que el propio escritor calificaría de “novela de dolor y miseria”.

Esa cesión de derechos es un ejemplo del desprendimiento de la que hizo gala a lo largo de su vida, y ese aviso a los lectores se acompañaba de la siguiente revelación: “se le rindió un homenaje a su autor, ofreciéndole un banquete de más de quinientos comensales, donde se hallaba representado el «todo Madrid». Escritores, poetas, escultores, abogados, médicos y obreros, todos quisieron testimoniar al gran escritor Fernando Mora su simpatía. El hoy Ministro de Estado y Jefe del Partido Radical, le envió una efusiva felicitación”.

Los ideales políticos de Fernando Mora le llevarían a ser vilmente asesinado en Zaragoza el 24 de noviembre de 1936, pocos meses después de comenzada la Guerra Civil. Para él, según afirmó públicamente en una conferencia dada en el Circulo Radical de Zaragoza, “la política es una novia a la que quiero santamente, y la República el régimen que condensa todos mis anhelos, todas mis ilusiones”.

Sus obras costumbristas

Muchas veces en decorados de marginalidad social, pródigos en trasiegos emocionales, da buena cuenta en esas novelas de historias truculentas en las que tanto protagonismo cobran las prostitutas, musas del arroyo en las que no son infrecuentes las sevicias a ellas infligidas por chulos, seres canallas e inmisericordes, de gestos indolentes, los niños incluseros y las madres solteras, los abortos clandestinos, los trabajadores sin empleo, los sátiros, los hampones y golfos de todo pelaje.

Aunque en otras novelas, como en *La Peliculera*, quiso hacer un

libro alegre y divertido, abundante en personajes más conocidos por sus motes, alusivos a andanzas, profesiones, topónimos o comportamientos, que por sus nombres verdaderos.

De entre su variada producción literaria, hay espacio también para algunas tragicomedias, como *La noche de Juan José* (1915).

El ánsia de ver mundo (Pintorescas andanzas de un monaguillo patriota), publicado en 1921, bien puede ser considerado como un libro de iniciación en la estela de los libros de aventuras protagonizados por menores de edad. El protagonista, en un arranque de furor patriótico y amor a la bandera, se escapa de Madrid a Melilla, adonde nunca llegará, para combatir a los moros, que están diezmando a los soldados españoles. Siempre viajando de polizón y sin apenas recursos, su periplo le lleva a un buen número de ciudades: Córdoba, Sevilla, Cádiz, donde erróneamente embarcará hasta Vigo y no a Melilla, y Santiago de Compostela. Desde La Coruña emprenderá el regreso a la Villa y Corte, retornará a lo cotidiano, reencontrándose con su hermana y su madre, callejera vendedora de periódicos. La obra sería laureada con el Premio Marquesa de Villafuerte.

Su novela *Los hombres de presa* es una feroz crítica, con memorable venganza incluida en su final, de los "tiburones financieros".

En algunas de las novelas citadas, el autor tiende a adscribirse al género erótico o sicalíptico, como se decía entonces y, llegado el caso, no escamotea asuntos escabrosos para la moral imperante. Su novela *Venus rebelde*, adscrita claramente a la pauta naturalista, con gráficas descripciones escrupulosamente minuciosas, la dedica a Emilio Zola. Un crítico auguraba que serían muchas las ediciones que tendría este libro que, sin embargo, no pasaría de esta primera.

En otra de sus obras, *Los vecinos del héroe*, su motivo central o leitmotiv será el adulterio, que se repite en *El otro barrio*, que alude al Cementerio del Este donde se desarrolla fundamentalmente toda su acción, trágico final incluido.

Pero la producción literaria de Fernando Mora fue mucho más amplia, es obvio, incluyendo no solo artículos y cuentos cortos en la prensa diaria y semanal, sino también pequeñas novelas pasionales

en esas colecciones literarias de frecuencia semanal o quincenal. Una de estas era *La Novela de Hoy*; que presumía de no dar refritos y de publicar exclusivamente originales inéditos, pues tenía contratos exclusivos con algunos escritores como Fernando Mora.

Se encuentran artículos suyos en el semanario republicano independiente *República*, del que era redactor.

Además de ser masón, su filiación política se correspondía con el Partido Republicano Radical, teniendo amistad personal con Diego Martínez Barrios.

Residió a lo largo de su vida en muchas ciudades españolas: en Santander (1924); también en Tarragona, donde situó su novela *La mujer que se sintió águila*, y en Zaragoza (1929 hasta su fallecimiento).

Se conocen las razones por las que dedicó su vida a la escritura, al ser expuestas y razonadas por él mismo en un artículo titulado *Intoxicación literaria. Lo que piensa mi Fígaro y los consejos que le doy*, publicado en la colección de novela corta *Los Contemporáneos* (Madrid, núm. 422, 26 enero 1917).

Dirigiéndose a su barbero le dice en un momento determinado: “… ¿Qué por qué escribo yo, entonces? Pues porque desoí los consejos desinteresados de un buen hombre que me apreciaba tanto como te aprecio y sobre todo porque ya metido en esa batalla de odios, me avergüenza el huir… ¡Oh si no fuera por eso! Si no fuera por eso, ten por cierto que, como el místico, huiría del mundanal ruido y escondería mi persona en lo alto de la sierra. Allí anidan las águilas; aquí se arrastran las víboras y los sapejos. ¡Y da un asco…!”.

Fernando Mora se presentó en 1912 al Concurso de cuentos, iniciativa de *El Libro Popular*. Los miembros del Jurado (Joaquín Dicenta, Manuel Linares Rivas y Ramón Pérez de Ayala) le envían una carta al Sr. D. Francisco Gómez Hidalgo, a la sazón director de la publicación, en la que dan cuenta de la resolución del concurso. Informaciones y datos sobre este concurso así como el contenido íntegro de esa carta se pueden consultar en el libro de la profesora Amelina Correa Ramón, que publicó en su día un libro monográfico sobre *El Libro Popular*. Los miembros del Jurado afirmaban que “nos

ha parecido también que revelan brillantes cualidades literarias y que, por tanto, son dignos de elogio y publicación los trabajos que llevan los rótulos siguientes …”. Entre ellos se mencionaba *El misterio de la Encarna* de Fernando.

Años más tarde, Fernando llegaría a formar parte de algún Jurado, en concreto en el Concurso abierto por la Sociedad Cultural Deportiva. Los miembros del Jurado calificador que le acompañaban eran los también escritores José Francés y J. Ortiz de Pinedo.

Alrededor de 1915, se vio envuelto, a causa de un pleito literario, en una demanda judicial, de la que finalmente sería absuelto. La querella había sido presentada por supuesto delito de usurpación literaria por don Ricardo García Prieto. La noticia fue recogida por *España Nueva* (Madrid, 19 enero 1916). El diario, que casualmente recogía en ese mismo número y en página diferente la fotografía de Mora con motivo del gran éxito obtenido por su libro *El misterio de la Encarna*, se congratulaba de la solución dada al asunto y felicitaba al escritor “que no precisa beber en fuentes ajenas, ya que en toda su obra palpita un realismo que solo viviéndole puede expresarse”.

Lista de novelas destacadas

Nota: las marcadas con (*) pueden encontrarse gratis en formato ePub en la Biblioteca Digital Hispánica (https://bdh.bne.es).

____oOo____

- 1909, *Venus Rebelde*
- 1910, *Nieve*
- 1911, *Los vecinos del héroe*
- 1912, *El patio de Monipodio* (*)
- 1912, *El misterio de la Encarna*
- 1919, *Los hijos de nadie*
- 1919, *El otro barrio* (*)
- 1919, *La Peliculera* (*)
- 1921, *Los hombres de presa* (*)
- 1922, *La Magdalena en el Colonial*

- 1924, *La necesidad de pecar*
- 1925, *Los cuervos manchan la nieve* (*)

Fuentes:

- Real Academia de la Historia
- Blog La Cueva de Zaratustra: artículo *Fernando Mora (1878-1936) o el olvido de una libre silueta* de Miguel Ángel Buil Pueyo, publicado el 3 de julio de 2012.

Notas

Capítulo 1

[1] **gachís**: (del caló) mujer.

[2] **Belda (D. Joaquín)**: Joaquín Belda Carreras (1883-1935) fue periodista, novelista y humorista español. Novelista muy hábil y poseedor de una gran vis cómica, se dedicó casi en exclusiva al género de la novela erótica popular. Tuvo mucho éxito y, entre 1909 y 1930, pocos escritores españoles vendieron más ejemplares de sus novelas que él; su obra fue muy extensa: novelas, relatos cortos, artículos y pequeñas piezas teatrales.

[3] **chaveas**: (del caló) muchachos.

[4] **máquinas "Singer"**: (de la marca Singer) máquinas de coser.

[5] **gachó**: (del caló) hombre.

[6] **salen de naja**: (coloquial) huyen, escapan.

[7] **gedeonada**: (De Gedeón, personaje quimérico, célebre por sus simplezas y perogrulladas.) Inocentada, perogrullada, simpleza.

[8] **puén**: (corrupción) pueden.

[9] **despimporren**: (coloquial, despiporre o despiporren) alboroto, desorden. Usado mayormente en sentido festivo.

[10] **Ricardo León**: Ricardo Francisco León y Román (1877-1942), novelista y poeta español. Son importantes novelas de este autor *El amor de los amores* (1907), ganadora del Premio Fastenrath de la Real Academia Española; *Casta de hidalgos* (1908); *Alcalá de los Zegríes* (1909); *La escuela de los sofistas* (1910); *Humos de rey* (1923) y *Cristo en los infiernos* (1941). También destacan sus crónicas Europa trágica, además de dos libros de poesía lírica. Fue elegido miembro de la Real Academia Española en 1912 y entró a formar parte de ella en 1915, ocupando el sillón B.

Capítulo 2

[11] **Titta Ruffo**: Ruffo Cafiero Titta (1877-1953), cantante de ópera italiano, uno de los grandes barítonos operísticos de su era; con inaudita potencia en el registro agudo y un esmalte broncíneo característico. Algunos consideran al trío integrado por el tenor Enrico Caruso, el bajo Feodor Chaliapin y el barítono Titta Ruffo, una trilogía irrepetible de la edad de oro del *belo canto*.

[12] **Bertini**: Francesca Bertini (1892-1985), actriz italiana de cine mudo, género en el que trabajó en más de noventa películas. Fue una de las más famosas estrellas del primer cuarto del siglo XX. Con la obra maestra del cine mudo *Assunta Spina* (1915) estuvo a cargo del guion y del papel protagonista. Bertini se convirtió en una estrella popular internacionalmente, y las mujeres de todo el mundo trataban de imitar su sofisticación. En 1915 ganaba 175.000 dólares, lo cual era un récord en la época (ni Mary Pickford ganaba esa suma hasta un año después). Bertini inventó el modo actual de ser de las actrices de cine, convirtiendo la actuación en algo más sobrio, evitando los gestos ampulosos y las maneras histéricas y caprichosas de las divas de su época. Fue una de las primeras actrices de cine que apuntó al realismo, en vez del estereotipo dramático de moda en la época. La clave de su éxito era la expresión genuina de los sentimientos, representaba con la misma soltura tanto la lánguida heroína decadente como la mujer común de pueblo. Francesca Bertini encarnaba el personaje de la mujer pasional más allá de la moda.

[13] **concetos**: (corrupción) conceptos.

[14] **probe**: (corrupción) pobre.

[15] **Creminal**: (corrupción) criminal

[16] **tupi**: (coloquial, de la marca Tupinamba) café.

[17] **discípulo de Prodhon**: Pierre-Joseph Proudhon (1809-1865), filósofo, político y revolucionario anarquista francés y, junto con Bakunin, Kropotkin y Malatesta, uno de los padres del movimiento anarquista histórico y de su primera tendencia económica, el mutualismo.

[18] **denguno**: (corrupción) ninguno.

Capítulo 3

[19] **Raquel Meller**: Francisca (Paca) Marqués López, fue cantante, cupletista y actriz de cine española. Durante las décadas de 1920 y 1930 fue la artista española de mayor éxito internacional. Estrenó famosas canciones como «La Violetera» de José Padilla. Posó desnuda en 1913 para el pintor Julio Romero de Torres en el cuadro La Venus de la poesía.

[20] **la Argentinita**: Encarnación López Júlvez (1898-1945), conocida artísticamente como *La Argentinita*, hija de inmigrantes españoles, fue bailarina, coreógrafa, canzonetista y bailaora de flamenco hispanoargentina, hermana de la también bailarina y coreógrafa Pilar López Júlvez. Fue reconocida en vida como la más alta expresión del flamenco de su tiempo. Con tan solo cuatro años, se inició en el mundo del baile junto a su instructora Julia Castelao. Su primera actuación en público fue con ocho años en el *Teatro-Circo* de San Sebastián. A partir de ese momento se la conoció por *La Argentinita* para distinguirla de la también célebre Antonia Mercé quien recibió el nombre de *La Argentina*. Después de recorrer España como niña prodigio, recaló en Madrid y trabajó en el *Teatro La Latina*, *Teatro de la Comedia*, *Teatro de La Princesa*, *Teatro Apolo* y el *Teatro Príncipe Alfonso*. Conjugaba el flamenco, el tango, las bulerías y los boleros en una suerte de mezclas que resultaron una novedad en su época.

[21] **Gabrielito Maura**: Gabriel Maura Gamazo (1879-1963) fue político e historiador español. Hijo del destacado político conservador Antonio Maura, a lo largo de su carrera llegaría a ejercer en varias ocasiones como diputado a Cortes y senador del Reino. En su faceta como historiador fue autor de numerosas obras. Miembro del Partido Conservador, fue diputado a Cortes por el distrito de Calatayud, representante de España en la conferencia de paz de La Haya de 1907, en la conferencia naval de Londres de 1908 y senador vitalicio en 1919.

[22] **pitillo susini**: (de la marca tabacalera Susini de José Luis Susini y Rioseco) José Luis nació en Gibraltar en 1822. Se estableció

en la Habana y en 1853 inauguró la moderna fabrica de cigarrillos "La Honradez", donde instaló la primera máquina para fabricar cigarrillos de la isla.

[23] **lo quisiera Cambó**: Francisco Cambó y Batlle (1876-1947) fue político y abogado español, de ideología conservadora y catalanista. Cofundador y líder de la Liga Regionalista, llegaría a ser diputado electo en Cortes en varias ocasiones. Firme defensor de que el catalanismo interviniera en la política española, fue ministro de Hacienda y de Fomento en varios gabinetes del reinado de Alfonso XIII. En el tiempo de la novela era Diputado en las Cortes de la Restauración por Barcelona y Castelltersoll.

[24] **sacris**: (vulgar) sacristán.

[25] **el general Ahumada**: Francisco Javier Girón y Ezpeleta, II duque de Ahumada y V marqués de las Amarillas (1803-1869), fue militar español, fundador y primer Director General de la Guardia Civil.

[26] **monago**: (coloquial) monaguillo.

[27] **Terpsícore**: Terpsícore, Terpsícora (del griego, la que deleita en la danza), una de las nueve musas de la mitología griega, hija de Zeus y Mnemósine. Es representada como una joven esbelta, con un aire jovial y de actitud ligera. Guirnaldas de flores forman su corona y entre sus manos hace sonar una lira.

Capítulo 4

[28] **Pedro Mata**: Pedro Mata y Domínguez (1875-1946) fue escritor, periodista, novelista, dramaturgo y poeta español. Sus obras tuvieron un gran éxito y algunas fueron adaptadas al cine. Con su primera novela *Ganarás el pan…* obtuvo el primer Premio del Concurso de Novelistas del Siglo XX de la revista *La Ilustración Española* (1902). Su novela más popular fue *Corazones sin rumbo* (1916), obra que se alzó con la palma del Círculo de Bellas Artes y que contenía anécdotas reales del Madrid de entonces. Sus novelas, de un realismo naturalista, combinaban el romance y el drama con erotismo.

[29] **treinta mil amadeos**: Un amadeo era una moneda de plata de cinco pesetas con el busto del rey Amadeo.

[30] **la chipén**: (del caló, chipé: vida) la vida.

[31] **de alcarabaca**: (corrupción) de carabaca.

[32] **Salvador Rueda y del marqués de Retortillo**: Salvador Rueda Santos (1857-1933) fue periodista y poeta español. Se le considera precursor español del modernismo. Fue estudiante de latín, monaguillo, jornalero, guantero, carpintero, corredor de guías del puerto de Málaga, pirotécnico y oficial primero del Cuerpo facultativo de Archiveros Bibliotecarios y Arqueólogos. Marchó a la capital, donde Gaspar Núñez de Arce le proporcionó un empleo en la *Gaceta de Madrid*. Su poesía fue muy bien acogida en Hispanoamérica y allí viajó el poeta, que agradeció la hospitalidad en su poema "El milagro de América" (1929). Rueda fue solemnemente coronado en La Habana el 4 de agosto de 1910. Regresó sin embargo a Málaga, donde vivió modestamente en una casa cerca de la Alcazaba; cayó enfermo en marzo de 1933 y murió el 1 de abril de ese mismo año.

Agustín Retortillo y de León, diputado a Cortes, consejero de Instrucción Pública y I marqués de Vega de Retortillo, cuyo pago de los derechos devengados por la concesión fue certificado el 26 de enero de 1917. El marquesado de Vega de Retortillo es un título nobiliario español creado por el rey Alfonso XIII.

[33] **simón**: (De Simón, nombre de un alquilador de coches en Madrid). Coche de plaza.

[34] **Enrique Chicote**: Enrique Chicote del Riego (1870-1958) fue actor, cantante cómico, libretista, escritor y empresario teatral español muy popular en la escena madrileña, junto a su compañera Loreto Prado, con quien formó compañía. Inseparables durante medio siglo (1897-1943), aunque nunca llegaron a casarse, llenaron teatros del Madrid castizo como el Romea y el Cómico que, convertido en su cuartel general temporada tras temporada, tomó el nombre de Teatro de la risa. Juntos también solían frecuentar la tertulia del Café Lisboa en la calle Mayor que tenía como uno de sus grandes 'animadores' a Jacinto Benavente. María Luz González Peña

en la voz que le dedica en el Diccionario de la Zarzuela afirma que, lo largo de su dilatadísima carrera, Enrique Chicote llegó a estrenar como intérprete más de 2000 títulos teatrales.

Capítulo 6

[35] **Vázquez Mella**: Juan Vázquez de Mella (Cangas de Onís, 1861- Madrid, 1928), político tradicionalista, escritor y filósofo español, ideólogo del carlismo durante la Restauración. Su papel histórico fue, fundamentalmente, el de la renovación del carlismo, maltrecho desde el fracaso de 1876.

[36] **carca**: (coloquial, carcamal) anticuado, viejo.

[37] **combina**: (apócope) combinación.

[38] "**remontoire**": (del francés, remonter: dar cuerda) en uso figurado, reloj de cuerda.

[39] **el "coci"**: (coloquial) el cocido, la comida.

[40] "**chito**”:

El chito es un juego que consiste en lanzar un disco metálico (tejo, tostón, chanflo o doblón) contra un cilindro (o pieza similar tallada de madera (chito, tuta, tanga o tarusa) situado a una distancia aproximada de 20 metros. Encima del chito se coloca una moneda. El objetivo es tirar la moneda y que el chito quede más cerca del cilindro.

[41] **birle**: (coloquial, de birlar, robar, quitar) robe, quite.

Capítulo 7

[42] **Luis Esteso**: Luis Esteso y López de Haro (San Clemente, 1881- Madrid, 1928), actor, comediógrafo, humorista y escritor español, padre de la actriz y cupletista Luisita Esteso. De gran popularidad en su época, trató con su pluma muchos géneros jocosos, en especial el monólogo, el chiste y el diálogo cómico (sobre todo con su esposa Polonia Herrero) que recopiló y editó en colecciones. Solo de chistes llegó a reunir unos seis mil, que fue publicando en varias

antologías. Practicó asimismo la improvisación en diálogos con el público mientras las vedettes se cambiaban de ropa, improvisaciones que él llamaba "pasarelas" y desafiaban al público más asilvestrado que solo quería ver a mujeres semidesnudas; los demás cómicos imitaron este género de él.

[43] **el Palas o el Riz**: el (hotel) Palas o el (hotel) Ritz.

[44] **geta**: jeta, cara.

[45] **chamullas**: (del caló, chamullar: hablar) hablas.

[46] "**spleen**": (del inglés) melancolía.

[47] **Almodóvar del Valle**: Ducado de Almodóvar del Valle, título nobiliario español con Grandeza de España, concedido por el rey Amadeo I a Eloisa Martel y Fernández de Córdoba el 13 de abril de 1871, mediante decreto, y el 19 de agosto de ese mismo año por real despacho. La reina Victoria Eugenie otorgó el título como regalo de bodas para Eloisa Martel, quien al contraer nuevo matrimonio con Martín de Rosales y Valterra perdía el tratamiento de duquesa viuda de Almodóvar del Río.

[48] **Naturaca**: (coloquial) Naturalmente.

Capítulo 8

[49] "**donas**": (del catalán, dona: mujer) mujeres.

[50] **Canalejas**: José Canalejas (Ferrol, 1854-Madrid, 1912), abogado y político regeneracionista y liberal español. Presidente del Consejo de Ministros entre 1910 y 1912, cargo que ostentaba cuando fue asesinado en noviembre por un pistolero anarquista.

[51] **vosté**: (del catalán) usted.

Capítulo 9

[52] **papillonas**: (del catalán, papillona: mariposa) mariposas.

[53] **chais**: prostitutas.

[54] **cocotas**: (del francés, cocottes) mujeres que ofrecían compañía sexual. A diferencia de las prostitutas de calle, las cocotas tenían cierto estatus social y a menudo pertenecían al gremio artístico.

[55] **comparanza**: comparación.

[56] **muía**: (de muir) muída.

[57] **Doro**: (familiar) Teodoro.

[58] **se combalachea**: (de combalacharse) conchabarse, ponerse de acuerdo.

[59] **Raimundo Lulio**: Ramón Llul (Mallorca, 1232- 1316). Se le considera uno de los primeros escritores en usar una lengua neolatina, la lengua lemosina o, como el mismo menciona en alguno de sus escritos, la lengua vulgar mallorquína, para expresar conocimientos filosóficos, científicos y técnicos, además de textos novelísticos. Se le atribuye la invención de la rosa de los vientos y del nocturlabio.

Capítulo 10

[60] **se achanta uno la mui**: (coloquial) se calla uno la boca, guarda silencio.

[61] **Max-Linder**: Maximilien Gabriel Leuvielle (Saint-Loubès, 1883 - París, 1925). Fue el cómico de cine mudo más exitoso de Francia y de Europa en el período anterior a la Primera Guerra Mundial y al surgimiento de Charles Chaplin, quien reconocería ser discípulo suyo. Encarnaba a un personaje de aspecto distinguido, de atildada vestimenta (lo que le hizo también muy apreciado por el público femenino de aquella época, que más de una vez protagonizó algún tumulto durante sus apariciones), que se veía atrapado en los más insólitos enredos. Su gran éxito lo llevó tan pronto como en 1912 a ser el actor cinematográfico mejor pagado de Francia. Ya incluso por esos tiempos ensayó la dirección de algunas películas, actividad en la que también se mostró igualmente diestro.

[62] **allá por cuando la Loreto jugaba a la comba**: (coloquial) hace mucho tiempo. Similar a las expresiones «de los tiempos del

hilo negro», «de cuando el capitán Trueno era cabo», y muchas otras.

[63] **Saborit**: Andrés Saborit (Alcalá de Henares, 1889 - Valencia, 1980) tipógrafo, periodista y político socialista español. En 1917 participó en la huelga general (la huelga de agosto) y fue condenado a cadena perpetua en el Penal de Cartagena, junto a Besteiro, Largo Caballero y Daniel Anguiano, de donde salió en 1918 gracias el acta de diputado por el distrito de Oviedo, además de ser elegido concejal en Madrid, cargo al que tuvo especial dedicación.

[64] **magín**: (coloquial) imaginación.

[65] **Picio**: del dicho popular «ser más feo que Picio».

Capítulo 11

[66] **poeta Carrere**: Emilio Carrere Moreno (Madrid, 1881-1947), poeta, periodista y narrador español, perteneciente a la corriente poética del decadentismo modernista.

Capítulo 12

[67] **galochas**: (de galocha) de mala vida.

[68] **del "mono"**: (de la marca Anís del Mono) anís.

[69] **Belmonte**: Juan Belmonte (Sevilla, 1892 - Utrera , 1962), llamado *el Pasmo de Triana*, matador de toros español, probablemente el más popular de la historia y considerado por muchos como el «fundador del toreo moderno».

[70] **Gaona**: Rodolfo Bernal Gaona (México 1888-1975), conocido como el *Califa de León*, matador de toros mexicano y figura del toreo durante la edad de oro (1913-1918) junto a Rafael Gómez *el Gallo* y Vicente Pastor.